



Mario Riera Pinilla

Cuentos folklóricos
de Panamá

Recogidos directamente del verbo popular





Prólogo

Siguiendo nuestro camino sobre los senderos folklóricos llegamos al despertar de un interés sano y ordenado que nos conduce a Mario Riera Pinilla. Su apreciable material de cuentos populares de la zona central de nuestro país, particularmente de Veraguas, se encuentran compendiados en su obra *Cuentos folklóricos de Panamá*.

A diferencia de las obras publicadas por literatos de la época como Ignacio de J. Valdés, José E. Huerta, José María Núñez, Gil Blas Tejeira, Lucas Bárcenas, Moisés Castillo, Rodolfo Aguilera, Graciela Rojas Sucre, Ernesto J. Castellero y otros tantos, la obra de Riera surca los senderos del apego a la objetividad del relato de sus informantes. Las narraciones no son simples episodios en los cuales se retrata el sentimiento y pensamiento del autor; no es una narración del escritor sino del pueblo, de su sabiduría popular, la que transmite, vía oral, a otras personas sin importar la recompensa del reconocimiento, sino el goce estético y psicológico del mensaje que se entrega en las reuniones familiares o sociales.

Los *Cuentos folklóricos de Panamá* distan de ser una literatura cuentística criolla o costumbrista criolla, vinculada al ambiente rural e idealización de tipos, de estrecha relación con el periodismo de los letrados. La actitud romántica de aquellos relatos en donde se ahoga la espontaneidad creadora del informante no está presente en las narraciones compiladas por Riera Pinilla. En sus cuentos no se avista la retórica ampulosa, la semilla neoclásica o escolástica de muchos de nuestros costumbristas, ya que los sesenta y nueve (69) relatos sólo aspiran a andar de boca en boca del pueblo, a ser narraciones sencillas, heredadas de generación en generación, tradiciones verídicas en las cuales los narradores tienen el afán de prestarles interés admirativo. Mario

Riera hizo lo que las reflexiones de La Bruyere, citadas por Jean Frappier, indicaran “tomad las cosas de primera mano; bebed en la fuente”. Aquí se distingue lo auténtico de lo sofisticado, a decir de Paul Delarue.

El mayor mérito del maestro veragüense parte de su método de estudio. Los cuentos fueron recogidos directamente de informantes, por medio del método fonético, en comunidades rurales, de preferencia. Todas las muestras fueron oídas por el investigador. No hay invento o palabras arregladas que puedan atribuirse al escritor.

Como bien apunta Riera Pinilla, son relatos que a algunas personas les agrada “echar”, por decir narrar, como lo que sigue: “Había un rey que era viudo y tenía una hija que se ñamaba Isabel. El rey se enamoró de una princesa y se casó con ella. Al principio, la reina trataba bien a la niña, pero depué le jue cojiendo rabia y envidia porque el rey quería má a la niña que a ella...”.

Todos sabemos que esta narración, no es propia del informante. Ella es la muestra oral que llegó a los oídos de aquel campesino y la registró para luego contarla en la ocasión que creyera oportuna. Son cuentos de estructura universal, en los cuales son importantes las cualidades del narrador. Su aptitud para describir en forma oral, de manera que no se afecte el poder de la fantasía, es tan importante como preservar la función de la narración. Es el saber salvaje que denomina Claude Lévi-Strauss en donde hombres del neolítico viven dentro de una civilización que estima la escritura como algo esencial pero que para aquel hombre no resulta igual, en donde la capacidad de memoria, su retención y ejercitación son la tónica de la conducta de sus principales informantes.

Qué nos sobreviene cuando oímos hablar de Tío Conejo y Tío Tigre, o Tío Conejo y Tía Zorra y el Tío Capacho. ¿Animales simplemente? ¡No!, son animales que hablan, discuten, bailan, como cualquiera de nosotros y para que ello tenga visos de completa realidad, el que “echa” el cuento debe imprimir toda su habilidad y destreza como buen narrador. De aquí que algunas personas, aunque conozcan el cuento, no lo relatan porque temen quedar mal, ya que “no tienen gracia para “echarlos”.

El auténtico narrador transporta el auditorio al mundo de la fantasía, lo traslada a un mundo irreal que termina siendo realidad en la mente del oidor. Su

valor es incitante, sugestivo, imaginativo, nutriente de fantasías e ilusiones soñadas.

Es importante destacar la noticia que Riera Pinilla acota al destacar que “sólo ha encontrado un caso en que el informante vive de echar cuento” y fue en Cañazas, Veraguas.

Usualmente el narrador no recibe otro estímulo que la gracia de sus oidores, el premio de la fama de buen “conocedor y narrador de cuento”, o de ser un hombre que sabe entretener o hacer reír a los demás.

De igual forma es oportuno destacar en este prólogo el hecho de que el relato de los cuentos abunda en las comunidades en proporción directa a su distancia de los centros urbanos, apunta Riera. Su relativo aislamiento lo conduce a preservar las herencias culturales, haciendo que las influencias de otros pueblos no se interpongan con la propia.

La clasificación o agrupación de los cuentos comprende diez y seis bloques en donde la función, sus características, la estructura y el sentido del cuento son la técnica que el escritor adopta para la fusión. Es impostergable iniciar el ordenamiento según el criterio de Stith Thompson expuesto en *The Types of the Folklore*. Ejemplo clásico de lo que afirmamos son los cuentos de Tío Conejo y Tía Zorra, de Tía Zorra y la Gallina Fina, los cuales son identificados con el número 122D por el investigador norteamericano.

Cuentos como *Pedro y Juan*; *Pedro Animal*; *El Príncipe Lagarto*; *El Príncipe Serpiente*; *La rana encantada*; *Los tres infantes*; *Blanca Flor*; *Tío Conejo y Tío Tigre*; *La Zorra*; *El compadre pobre y el compadre rico*; *Juan Perezoso*, son identificados en las clasificaciones del cuento universal, con variantes en otras latitudes hispanoamericanas.

Cuentos folklóricos de Panamá confirma la postura de Roger Pinón al señalar que cada cuento tiene un tema. Las muestras de *Pedro Animal* revelan una unidad temática. “Es un mismo tema con diferentes sentidos, por ello constituye una familia temática entre las cuales se pueden distinguir versiones que se refieren, cada una, a un tipo bien determinado”¹.

¹ PINON, Roger: El Cuento Folklórico. Buenos Aires, 1965, Pág. 24.

Para el caso, los cuentos de *Pedro Animal* revelan la presencia de dos hermanos, Pedro y Juan; el primero la víctima de las andanzas del segundo, en algunos casos como hermanos, y en otras como el peón. Igual vemos en los cuentos de animales, *Tío Conejo*, *Tío Tigre*, *Tía Zorra*.

La colección de Riera, con sus cuentos maravillosos, anecdóticos, de animales, religiosos, novelescos, del diablo, nos entrega personajes que no están separados entre sí por barreras biológicas, geográficas, sociales, económicas, temporales o míticas. Como bien señala Pinón, los animales y los hombres se hablan, los héroes recorren el espacio sin restricción real; los héroes pobres se casan con hijas de reyes y éstos no se distinguen de sus súbditos más que por el poder y la riqueza que automáticamente les da el rango; la acción se sitúa en tiempo indeterminado, más allá del tiempo real, en donde el mundo de los vivos se une frecuentemente con el de los muertos.

Obra de grandes dotes, invita a profundizar en su contenido. Para ella el tiempo no pasará. Siempre será fiel vigilante de una postura, portadora de un mensaje de humanidad, de un legado tan antiguo como el propio hombre que trata de reencontrarse en la fantasía de su mente soñadora.

Mario Riera Pinilla, décimo hijo del matrimonio de un ciudadano español de nombre Narciso Riera Roca y madre panameña, Angélica Pinilla de Riera, nació el 4 de febrero de 1920. Educador como su hermano mellizo Jaime, estudió antropología en México en donde ejercía un cargo diplomático. Entre su producción literaria se cuentan: *La muerte va por dentro* y *Rumbo a Coiba*. Riera muere en plena edad productiva un 12 de octubre de 1967.

Continuando esta senda folklórica en Panamá como en otros tantos sitios de nuestro continente, prolifera la leyenda como aquella narración imaginaria, ubicable en el medio físico con fuerte contenido de una moralidad primitiva en donde los pueblos aspiran a despertar un grado de admiración, conmoviendo los sentimientos y trans-

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

mitiendo grandes enseñanzas para dar con ella solución a sus problemas, a su heroico vivir contra las fuerzas de la naturaleza, a la práctica de sus cultos”, a buen decir de G. Manrique De Lara en su trabajo *Leyendas y cuentos populares de España*.

Justo Arosemena Moreno
Panamá, 1999



Introducción

La colección de cuentos que presentamos a continuación de esta nota introductoria es el producto de largos meses de labor, llevada a cabo principalmente en la región de la República que comprenden Veraguas, Herrera y algunos lugares de Coclé y Los Santos. Tenemos que confesar, con toda la honestidad que exige un trabajo de este tipo, que esta labor representa un mayor esfuerzo en la provincia de Veraguas, que por su conformación y formas de vida es zona de gran interés y fuente inagotable de investigación.

Nuestro propósito, en el presente trabajo, ha estado dirigido hacia la base de toda investigación científica, como lo es la recolección y clasificación del material folklórico y no esencialmente al análisis de su contenido, circunstancia que el folklore hace más exigente, cuando se trata de llegar a conclusiones, aun en países en donde toda ciencia ha tenido sus más brillantes cultores, como Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos de Norteamérica, etc.

Ya lo ha dicho el gran folklorista norteamericano, Dr. Ralph Steele Boggs, cuando afirma que “el folklore está todavía muy ocupado en aquellas primeras etapas de cualquier ciencia, en recoger y clasificar sus materiales”.

Aún esta labor de clasificación de los materiales folklóricos constituye un arduo trabajo por hacer. Al respecto, nos dice el propio Dr. Boggs, en su conferencia “El Folklore, Definición”, en uno de sus párrafos: “La extensión y la clasificación de las materias folklóricas son todavía algo oscuras. El índice general de los tomos de la *Volkskundliche Bibliographie* ofrece un poco de claridad, tal como los títulos de las secciones en las bibliografías anuales del folklore del *Southern Folklore Quarterly*, ilustrados por la terminología empleada por los escritores en sus títulos que aparecen en dichas

secciones. El *Índice de Motivos* de Stith Thompson ofrece una clasificación detallada sobre todo de los tipos narrativos. La introducción de Robert Lehman Nitsche a sus *Adivinanzas Rioplatenses* propone un sistema valioso de clasificación, de las adivinanzas. Varios sistemas de clasificar melodías de la música popular se han propuesto. Pero un sistema definitivo y comprensivo de clasificación para toda clase de folklore no se ha propuesto aún.”

Pero si esta dificultad se hace extensiva al folklore en general, impone rígidas disciplinas cuando del cuento se trata. La enorme variedad de cuentos que andan de boca en boca, ha dado como resultado, un número difícil de variaciones que expresan, con sabiduría y belleza extraordinaria, dentro de una concepción no siempre infantil del universo, todas las manifestaciones de la vida popular que constituye el más subyugante panorama que persona alguna pueda imaginarse.

Mas, con todo eso, esta variada colección tiene, en los respectivos países, sus agrupamientos, que corresponden a los determinados ambientes en que se afincan, lo que permite estudiar con relativa independencia los rasgos comunes a una región dada.

Debe recordarse que el relato tradicional, como toda manifestación popular, es el producto de diversas influencias que se mezclan, con el correr del tiempo, sin norma anticipada, en un ambiente determinado.

Por lo tanto, nuestro folklore, como el de cualquier país, es el producto de la mezcla de muchos tipos de influencia extranjera, teniendo como posible base la cultura indígena.

A simple vista, de los factores foráneos, el europeo parece ser el predominante, siguiéndole en grado inferior el africano, como ocurre en nuestros cuentos populares.

En consecuencia, nuestro folklore es digno de la mayor atención y requiere para su estudio, toda la capacidad científica con que pueda contarse. Tenemos la esperanza de que nuestro humilde trabajo pueda servir de base para futuras investigaciones del cuento popular en Panamá, para que investigadores de más prestigio lo superen, como seguramente lo harán, en beneficio de la cultura.

Estudio del cuento folklórico en Panamá

A menos que nuestra propia ignorancia nos vede el conocimiento de estudios anteriores, no conocemos obra alguna en que aparezcan clasificados los cuentos folklóricos de Panamá.

Las únicas obras en las cuales encontramos colecciones de relatos populares panameños, son las de la Profesora Luisita Aguilera Patiño, sobre tradiciones y leyendas.

Narciso Garay, en su conocida obra *Tradiciones y cantares de Panamá*, no nos da versión alguna, de cuentos populares y su trabajo es más bien una colección etnográfica de carácter general. Valiosa obra con la cual el Dr. Garay se sitúa a la cabeza de los investigadores nacionales.

Mas, sin querer restar méritos a autor alguno, y manteniéndonos dentro de la más estricta objetividad científica, tenemos que afirmar que tales obras no son colecciones de cuentos, sino de leyendas y tradiciones que abarcan aspectos distintos del folklore.

Sobre la diferenciación entre el cuento y la leyenda, ha dicho lo siguiente el Profesor mexicano Alfredo Ibarra Jr.:

“El cuento es una narración simple, bella, y de sentido humano. El tema, la estructura y aun el sentido del cuento, varían con el estado de adelanto del pueblo que lo produce. Hay apólogos que tienen como héroes, personas en lugar de animales, y el fin principal es la información aunque en su contenido haya siempre tendencias a defender valores superiores: bondad, nobleza, persistencia, trabajo, honradez, respeto a la ley, etc. Se les considera cuentos. A veces el cuento se confunde con la novela corta.”

Nuestra afirmación tiende, pues, a demostrar que el cuento folklórico, entendido como tal, no había sido aún motivo de investigación en nuestro país.

En “Cuentos panameños de la ciudad y del campo”, de Ignacio de J. Valdés Jr., el autor se explica por sí solo cuando nos dice: “En estos mis Cuentos del Campo, intento retratar lo más fielmente posible el alma de nuestros campesinos con sus grandes pasiones, sus amores y sus odios, sus creencias y sus costumbres patriarcales.”

Como es fácil de ver, Valdés Jr., intenta retratar el alma campesina pero sin desligarse de su propia personalidad, que es, en todo caso, obra artística y literaria, pero que se aleja de la objetividad científica del relato “tal como lo cuenta el pueblo”. El propio Valdés Jr., que vivió su infancia entre relatos que oía de boca de los campesinos veragüenses, habla de “el rico filón, inexplorado aún, por obra y gracia de nuestra desidia y nuestro desprecio hacia lo propio.”

Escritores como José E. Huerta, José María Núñez, Moisés Castillo, Ernesto de J. Castellero, Lucas Bárcena, Rodolfo Aguilera Jr., Graciela Rojas Sucre, Gil Blas Tejeira y otros, se mantienen dentro del marco de la obra artística en la que lo folklórico propiamente dicho, sólo sirve de base para el trabajo literario.

MÉTODODE RECOPIACIÓN

La mayor parte de los cuentos que forman la presente colección, fueron recogidos directamente de informantes, —muchos de los cuales eran analfabetos—, por medio del método fonético, en lugares que se encuentran dispersos; en las provincias antes citadas, con preferencia en las comunidades rurales.

Se aceptaron cuentos escritos sólo después de haberlos escuchado del informante, quien prefirió dictarlo a algún pariente o escribirlo él mismo.

En resumen, todos los cuentos han sido oídos por el investigador, que ha eliminado algunas versiones cuya semejanza con otras, indican un mismo relato.

El autor ha podido observar que a algunas personas les agrada “echar” los cuentos, pero son aquellas que en cada comunidad “se dedican a eso”, lo que

hacen con gran habilidad en velorios, rezos, y algunas ocasiones eventuales, para pasar el tiempo.

Para alcanzar su propósito de coleccionar los cuentos folklóricos, el autor solicitaba el relato de “los cuentos que “echaba la gente de antes”. Algunas personas, aunque los conocen, no los relatan porque dicen que no tienen gracia para echarlos”.

Sólo ha encontrado un caso en que el informante “vive de echar cuentos” y fue en Cañazas, Veraguas, en donde dicho señor, un anciano de traza poco común, recibe como pago por su trabajo, habitación y alimentos de la familia en donde se hospeda con tal fin. Sus oyentes son niños por lo general.

En la vida familiar encontramos informantes que podían ser hombres o mujeres; sobre ésto no hay distinción alguna. Parece depender más del temperamento de las personas. Pero abundan más relatores del sexo masculino, entre los que relatan cuentos en velorios y circunstancias que podríamos llamar públicas. Como era lógico suponer, el relato de los cuentos abunda en las comunidades en proporción directa a su distancia de los centros urbanos. Pero, es más frecuente de lo que pudiera creerse a primera vista, en los pueblos importantes del interior de la República, principalmente entre las personas que viven en la periferia de dichas poblaciones.

El autor presenta con verdadera satisfacción, el cuento N° 28, titulado *Flore*, que fue tomado fonéticamente al informante Francisco Vilora, quien vive en la sierra de Veraguas, en el lugar denominado Cabecera de Río San Pablo. Aunque el relato N° 33, del mismo informante es, evidentemente, una concepción mitológica guaymí, se ha incluido entre los cuentos de animales con el fin de que aparezca en la presente obra porque algunas de sus características permiten hacerlo.

Dictar el cuento es proceso extraño a nuestro pueblo, por lo que se llegó a la conclusión, después de algunas experiencias, de que lo más conveniente era oír recitar todo el relato y después solicitar al informante se sirviese dictarlo. En algunos casos, cuando ésto fue posible, se logró que se recitara nuevamente, después del dictado, lo que permitía hacer las debidas correcciones y se confirmaban algunas palabras desde el punto de vista de la fonética.

MARIO RIERA PINILLA

ORDENACIÓN

La ordenación de los cuentos es el más vasto y complejo problema que pueda afrontar el investigador del folklore en su etapa inicial.

Al agruparlos, lo hemos hecho a base de sus características principales, que hacen que el tema, la estructura y el sentido del cuento, tengan cierta relación entre sí. Sin embargo, en cuentos disímiles, encontramos elementos comunes a otros que son fácilmente clasificables en determinadas series o ciclos.

Hemos seguido la clasificación de Andrade² por parecernos más de acuerdo con esta primera etapa de nuestra investigación.

VOCABULARIO

Para facilitar la comprensión de los relatos, hemos hecho una lista de palabras, en orden alfabético, de los términos regionales más interesantes que aparecen en los relatos, a pesar de que algunos de ellos son ampliamente conocidos.

La puntuación ha sido colocada por el autor. En cuanto a la ortografía, se ha mantenido la corriente del español, en los casos en que el informante tiene el habla común entre los panameños de la clase media.

Frecuentemente nos encontramos con cambios en el habla de un informante, aun en un mismo discurso, como en los casos señalados en los cuentos 2 y 5.

No se pretende en esta obra hacer un trabajo de carácter estrictamente lingüístico; cualquier esfuerzo en ese sentido, ha sido hecho con el fin de facilitar la comprensión de los cuentos.

MARIO RIERA PINILLA

2 Manuel José Andrade: **Folklore de la República Dominicana.**

1.
EL REY Y PEDRO ANIMAL

Dice que había un rey que daba trabajo a too er que iba, y un día jué Juan, el hermano de Pedro Animal, y le pidió trabajo y el rey dijo que sí, que comenzara a deserbar un yucal y un platanal.

Juan comenzó a trabajar y a la sei cuando jué a comer le pusieron una miserable comía que Juan ni siquiera se dio cuenta qué jué lo que comió; al ver que no le daban máj comía, se jué bravo pa la casa y le contó too a su hermano Pedro. Ejte dijo: —Ejperate, que yo me voy a dejquitar. —Y salió disiéndole a Juan que cuidara la casa.

Antonse se jué pa onde el rey, le pidió trabajo y le dijo que sí y que comensara diuna vej. Pedro dijo que güeno, pero qué'ra lo que iba a jacer y el rey le dijo que deserbar un platanal y un yucal. Pero como el rey sabía que Pedro era máj vivo que Juan, mandó una perrita bruja y que cuando esa perrita regresaba ar palacio, que dejara de trabajar y siguiera la perrita.

El primer día, la perra regresó al laj seis de la tarde; el segundo día, Pedro no le dio su almuerzo a la perra y la perra, con jambre, tuvo que venirse temprano como a laj cuatro, y el tercer día se aliñó unoj tre jalambre de puya, y cuando eran como laj doj de la tarde le dio cueraso y la perra salió juyendo pa er palasio. Claro ejtá que como la perra se jué, Pedro también tuvo que dirse también.

El rey al ver que Pedro yegó temprano, le preguntó a la perra qué'ra lo que pasaba y la perra le contó too. Antonse el rey ñamó a Pedro y le dijo: —Mira, Pedro, si tú erej vivo, comeráj hajta llenarte y sí no te irá con jambre.— Lo llamó a la mesa y le sirvieron una onsa de arroz, frijole y un huevo. Pedro, al ver tan poquita comía, se puso a pensá

qué jaría; de pronto se le vino una idea a la cabeza y comensó a comer, comiéndose primero el arroj, y dijo: —Arroj pa loj frijole.— Le sirvieron frijole, se comió arroj y el huevo; luego pidió arroj pa loj frijole. En esa forma, comió hajta dejar sin comer al rey y su familia.

El rey, al ver que Pedro era tan comelón, lo mandó dejar una carta a onde er diablo, para que er diablo se quedara con él¹ pero Pedro le pidió a rey una pinsa de cuarenta y nueve libra; e rey se la dió. Se jué Pedro pa onde er diablo y le entregó la carta; er diablo la leyó y le dijo que se quedara con él, que eso era lo que desía en la carta.

Pedro, jasiéndose er desentendió, se jiso er que no oyó y le preguntó de nuevo; le repitió serca der oío, pero Pedro tenía la pinsa lijta y lo cojió por la narij, disiéndole que él era el que se quedaba con er. Pedro largó er diablo hajta medio pueblo, porque laj señora con suj “alabao sea er santísimo”, jisieron dejnarisar ar diablo.

¹ El empleo de la “l” o la “r” en el artículo o en el pronombre, varía de acuerdo con las circunstancias. El plural se forma empleando la “j” o por la ausencia de la consonante final.

2. PEDRO Y JUAN

Había una vé doj hermano; se ñamaban uno, Pedro, y el otro, Juan. Ejte era muy trabajadol y en cambio Pedro era tó lo contrario, muy malo y peresoso.

Juan tenía un maisal muy bonito y un día le dijo a su hermano Pedro: — Quiero que vayái ar maisal que tá muy bonito.— El le dijo que güeno; el día siguiente, se jué por la mañanítica y se llevó un machete; cuando llegó vio er maisal y por cierto ejtaba bonito; laj mata se movían unaj con otra por er viento. Entonse Pedro viendo ejto comensó a cortá laj mata que máj junticaj ejtaban. Cuando ya laj dejó separá unaj de otra, se jué, porque él desía que era que ejtaban peliando.

Cuando llegó a la casa le dijo a Juan: —Juan, anda vel cómo te dejé tu maisal. Qué mal educáj tenéi tú a esaj mata.

Dise Juan: —Güeno, voy a vel qué jisite con mi maisal, pero como máma tá enferma, aquí deajo ejto jotoi blandito pa que se lo déi cuando ella dijpierta.

Güeno, Juan se jué. Cuando a Pedro le jentró hambre, se comió toíto loj jotoe y como no le jabía dejao naa a su máma, cosinó uno plátano verdesito, comenzó a dale, dale plátano verde y de dale y dale tanto, la máma se atoró y se murió.

Entonse pensó él: —Joo! Ahora que viene mi hermano va a peliá connmigo, porque me dijo que le cuidara a mi máma y la maté y lo que le jise en el maisal.— Entonse, en un momento, le vino un pensamiento a la cabeza. Cojío a la máma, la puso en un cuero, le puso una manotá de arró y una mano de polón, pa cuando Juan llegara la viera dijque tava ejgranando arró.

Cuando Juan llegó, le dise a Pedro: —Joo, Pedro, la mardá que jabéi jecho

conmigo; too el maisal me lo jabei cortao.

Dise Pedro: —Te lo corté porque cuando yo llegué toíta ejtaban peliando y yo loj quise desapartal, porque loj teneij muy peliona.

Dise entonse Juan: —¿Onde tá máma?—. Le contejtó Pedro: —Ejtá ejgranando arró—. Y Juan se jué a fijal a ver si era verdá y cuando la vio muerta, comensó a llorar y disía: —Pedro también me jisite otro mal; matajte a mi máma, lo que máj te dije que la cuidara bien.

Dise Pedro: —Cáyate Juan, mira que si la autoridad se dá cuenta, noj vá a cajtugal. Ejpera que voy a jasel una cosa.

Subió a la máma en una mula, la arriató bien y se jué pa onde el padre dijque a confesajla. Cuando llegó, la puso en el confisionario. El padre jentró y comenzó a tocar la puertesita y le desía: —Diga suj pecaoj, diga suj pecaoj, diga suj pecaoj—. Y le dijo como en trej vese y naíde le arrejpondía.

Entonse le tocó la puerta duro y la muerta se cayó hacia traj y Pedro corrió: —Ay, padre, me mató ujté a mi máma, tiene que pagármela—. Disía el padre que él no había sío, hajta de tanto neciajle Pedro, al padre, que tenía que pagársela, el padre dijo que sí se la pagaba.

Pedro le dijo entonse que él no le daba la plata que le pedía; el padre dijo que sí. Comensó el padre a dajle toa la plata que tenía y lo dejó limpiejito, sólo con la sotana y Pedro se jué muy contento con el platal que le había dao el padre.

3. PEDRO ANIMAL

Era una vez que había un hombre que se llamaba Pedro y que era muy perezoso; no quería levantarse por la mañana, ni hacer nada.

Por la mañana, la mamá le decía: —Pedro, levántate que el que madrugó una telega se encontró.—Y él le respondía: —Máma, más madrugó el que se le perdió.

El rey de esa ciudad tenía una hija que nadie la hacía reír y el rey dijo que el que la hacía reír se casaba con ella.

Bueno, un día, la mamá de Pedro lo mandó a buscar leña y él se fue a buscar la leña y allá hizo un haz de leña muy grande y entonces se vio una tortuga y le dijo: —Ay, tortuga, por la virtud que tú tienes, has que este haz de leña salga huyendo conmigo arriba.— Y ella le respondió: —Bueno, sube.— Y subió, y salió el haz de leña con él arriba.

Cuando pasaron frente al castillo, la hija del rey estaba parada en el balcón y ella al ver eso salió huyendo para donde el rey, diciéndole y riéndose: —Papá, anda ver cómo va Pedro encima del haz de leña.

Pedro les dijo adiós y dijo: —Tortuga, por la virtud que tú tienes, has que tenga un hijo mío.

La princesa tuvo el niño y nació con una flor en la boca y entonces el rey dijo que se haría una reunión y que al que el niño le entregara la flor, ése era el padre y se casaría con la princesa.

Ya iban tres noches de reunión, y Pedro no se había presentado y el niño paseaba y no le daba la flor a nadie. A la cuarta noche, Pedro dijo a su mamá: —Yo voy a la reunión, donde el rey —Y ella le respondió: —No, hijo, vas a que el rey te mate. Y éste dijo: —No, si es hijo mío.

MARIO RIERA PINILLA

Pedro se fue, pero se quedó por fuera y el niño salió con la flor y se fue allá fuera y le dio la flor a Pedro. Entonces el rey se la quitó y volvió y se la dió, y éste volvió y dio la flor a Pedro y así, pues, Pedro se casó con la princesa y el rey le dio toda su fortuna y ya se acostumbró a trabajar siendo el rey ya.

4. PEDRO ANIMAL

Había una vez dos hermanos que se querían mucho y tenían su madre; uno se llamaba Juan y el otro, Pedro. Este, por ser siempre bruto, le apodaron Pedro “Animal”. Un día perdieron su madre, se pusieron a repartir la herencia y como tenían una yegua, los dos la querían; pero Pedro alegó que él solamente se quedaba con la yegua y Juan con todo lo demás, y así se quedó repartida la herencia.

Después, Pedro quedó montado en su yegua y salió. Cuando llegó por un bosquecillo, la mató y la puso a secar: esto era para que se le metieran los gallinazos. Cuando vio que ya la yegua podía volar con los gallinazos que tenía adentro, le puso un tapón atrás y montó en ella. Salió volando en dirección de un castillo que habitaba un rey con su única hija, que nada en el mundo la hacía reír, y al ver la yegua volando, corrió, riéndose, adonde su padre. Este, al verla tan alegre, vino a ver qué sucedía y se dio cuenta también.

Comenzó a llamar a Pedro, pero éste que ya sabía, estaba disimulando no querer bajar, hasta que por fin se decidió.

Cuando bajó, el rey, que había ofrecido casar a su hija con el primero que la hiciera reír, le donó su mano. Después de hacer ésto, le pidió a Pedro que le vendiera su yegua en miles de pesos, pero Pedro se negó, diciéndole al rey que esa yegua era muy cara y que se la iba a prestar, pero antes le había sacado el tapón.

El rey, que no sabía la trampa de Pedro, montó en la yegua y subió muy alto; cuando estaba allá, se desprendió y murió porque los gallinazos se habían salido y Pedro Animal se hizo millonario, con todas las riquezas de la princesa y le envió mucho dinero y bienes a su hermano.

5.
PEDRO ANIMALE⁵

Ejte era un hombre que vivía solo con su mujer en una labranza. El le dijo a la mujer: —Mujer, yo toy fregao de trabajar solo—. Se fue el domingo a bujcar un peón. Entonse se encontró con un hombre; le dice: —Amigo, ¿usté pa onde va?—. Puej yo voy a buscar un pión. —Casualmente, yo también voy a bujcar un patrón. —Pero, usté cómo se llama?—. ¿Por qué me pregunta?— Porque mi señora no quiere saber de Pedros. Dixel otro: —Yo tampoco quiero saber d'él, yo me ñamo Juan—. Dice el otro: —Bueno, entonse noj vamo pa la casa.

Quando llegaron, dise ella: —Cuidao vaj a fregarme.

En la noche, cuando anochesió, bujcaron la habitación pa dormir. Entonse, cuando él le bujcó, ella, no quería dajle en ese cuarto, si no en otro lao, pero él se quedó siempre onde la mujer no quería.

Quando, a laj onse de la noche, llegó el sacerdote, le dise: —Hija mía, no podremo conversal ni tener ningún goso? Entonces dise ella: —No, porque aquí tá un pendejo que trajo el magocho de mi marío y no podemos si no mañana a la dose der día, porque a laj onse voy a dejale la comida—. Dijo el sacerdote: —Hija, aquí te dejo una cadenita y un reló, en el ajíe, dentro del pañuelo—. Er vorvió a ir a laj doj noche. Entonse le dise: —Hija, aquí te traigo una cosa muy importante—. Dice ella: —¿Y qué será? Dijo el sacerdote: —Unaj dormilona de pejla—. Dise ella: —Aquí no podemoj porque aquí tá er tonto—. Entonse er le dise: —Bueno, hija, aquí te traigo ejta chalina también—. Entonse el le dijo a ella: —¿Qué regosijo vamo a tener mañana a laj dose der día? Dise ella:

(5) El presente cuento fue dictado por Jacinta de Rivera, de El Montijo, de 65 años de edad, analfabeta y ha sido transcrito aquí, con la más rigurosa fidelidad. Ha desempeñado oficios domésticos en hogares donde impera una pronunciación culta.

—Un pavo reyno! Entonse dise él:—¿Aqué, hora será? Dise ella:—A las dose y media.

Cuando ella se jué a dejar el pavo, ella creía que el hombre ejtaba trabajando. Entonse ella salió con su pavo y su buena rojca. Entonse tenía que pasar por onde el marío trabajaba y cuando iba ella con el pavo, le dise el moso:—Oiga, aquí ej que tamoj— Entonse dice ella:—aquí tá: ¡jártenselo!— Entonse dijo el moso:—Señora, aquí le tengo unoj!— Entonses dise ella: No loj necesario!— Entonse ella se jué brava y lej cosinó frijole por la tarde.

Lej puso la comida, comieron. Toaj laj noche, a laj mima horas iba el padre. Entonse le dice:—Hija mía, cómo vamo a jasel pa gosar?— Entonse dice ella:—A la una, ven.

El moso oía loj contrato de ello. Entonse cuando jue la una, le pidió permiso al patrón. Dise:—Güeno, si usted ej libre.

Sacó un haj de leña y allegó cuando ejtaba er padre allí.

Entonse ar padre le dio sujto cuando ér tiró el haj de leña. Entonse dise:—¿Quién te mandó a traer leña?— Bueno, mi patrón dijo que pa asar pan. Entonse dice ella:—¿Para qué?— Entonse dise el moso:—Bueno, que voy a'sar el pan que mi patrón me mandó.

Entonse el moso le metió la leña al ojno, onde taba ejcondío el padre. Entonse cuando ér le metió candela, el padre salió juyendo y le dise:—¡Uiga, padre culiquemao!

Dejpuéj el padre se tuvo pa volver, pero no mucho díaj. Entonse cuando volvió, le dise la mujer:—Oye, qué fragaoj tamoj! Dise la mujer:—Pero se va a fregal con nojotro.

Entonse, dejpuéj pasó que cuando él volvió a ir, porque ella le había dicho por la noche:—Mañana vienej a laj doj de la tarde— Entonse, como el moso oía, se alijtó con unoj ejtacone. Ella lo ejperó a laj doj de la tarde. El padre llegó a laj doj de la tarde. Entonse el moso llegó con unoj ejtacone y cuando llegó el padre y ella oyeron el ruido, dise ella:—¡Qué horror! Entonse dice él:—¿A one me ejcondo? Entonse el padre se metió en el ejtante y el moso llegó y dice:—Ay, que mi amo me ha mandao que eche en el crematorio loj ejtantej viejo— Cuando lo agarró en el hombro, le dise ella:—Oye, bandido, ¿qué vaj a jaser?— Entonse dise él: ¡A quemájllo!

Entonse cuando salió que iba lejo, mandó la mujer un chiquillo, onde la mamá del padre, que le dijera la mamá del padre que le pagara al moso por el ejtante lo que pidiera. Entonse, cuando la mamá del padre lo vio ir, le dise al moso: —Trátamelo con mucho cuidao que yo te lo compro—. Entonse jué cuando máj duro lo tiró contra el suelo. Entonse lo alevantó y vuerta y lo tiró. Cuando iba llegando al portal, vuerta y lo tiró. Entonces dise: —Cuánto pide usté por este ejtante? El le dijo que por treinta no se lo dejaba. Entonse ella le dise: —¿Cuánto quierej que te dé? Dijo él: —Sien dólares. Ella se loj dejó. El padre no vorvió a ir maj onde la mujer.

Entonse el moso se ponía a cantar; ella brava. Entonse, por la noche, le dise ella al esposo: —Cuándo vamo a salil de ejte hombre? Dise: —Tú por qué tienej odio? Dise ella: —El no ej malo pa tí, pero pa mí sí—. Le dise el hombre a la señora: —Vamoj a vel qué malej te ha hecho. —Dice ella: —Yo sabré. — Le dice él: —Bueno, pero yo quiero que me digas, porque pa mí, maj bueno no puede sel. No sé cuál ej el sijtema tuyo de tenejle odio—. Dice ella: —Yo sé por qué. Yo lo que quiero salil dé'l—. Entonse le contejta él: —Bueno, tú te arreglará con él, porque lo que soy yo no me meto en matajlo—.

Entonse dise a la mujer: —Eso es muy fácil pa tí, dijo el hombre.

Entonse ella dijcurrió de formar una conversación con el ejposo. Entonse dijo él: —Bueno, tú que dises que lo quiere matal vamo a vel de qué manera. Dise ella: —Bueno, vamoj a invitajlo a un paseo—. El marío dijo que sí.

El moso loj taba oyendo. Amanesió muy contento el moso, cuando le dice ella: —Vamoj a alijtano para ir al paseo—. Dice él: —Como no. Ejtamoj lijto.—Dise: —Bueno, patrona y vendremo aluego?. Dise ella: —Nombre: mañana.

Entonse, por la noche durmieron en un lajero, en el canto der saltito de una quebrá. Elloj se acomodaron loj trej en la orilla de la laja. Cuando llegó la medianoche, le dise la mujer al marío: —Oyeme, ya ej hora de que lo empuje.

Pero resulta que Pedro se había cambiao; se había metío en el medio y dejó al marío pa fuera. Entonse la ejposa le desía: —Ya ej hora que lo empuje! Pedro le desía que él no se atrevía y entonse ella lo empujó. Dejpuéj que lo empujó, le habló Pedro, y le dice: —Te yevó el diablo, porque veij ejtruido a tu ejposo. Erej muy hereje. Yo te voy a desil que yo me yamo Pedro Animal. Gosó

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

de ella y le dise: —Yo soy aquer quien no gujtabaj dé'l. Ahora me pagas, todo lo que a mí me da la gana. Le quitó toa la plata. El era casado con otra.

6. LOS CINCO HERMANOS

Ejte era un señor hacendado quien tuvo cinco hijos y que no le dio educación para poderlos educar por su cuenta de ellos mijmo.

Ya cuando fueron hombrej todoj ya, lej llamó la atención el padre a sus hijos, que él no los había educado para que se educaran cada uno de su cuenta. Así que loj preparó para el viaje a laj ajpiraciones, al mismo tiempo todo cinco. A cada cual le dio un macho y mil peso para el ejtudío de cada uno.

Entonse todoj hisieron viaje despuej de haberle pedido la bendición, todoj loj cinco hermano se jueron junto por un camino.

Fue andar, andar y andar, pasar montañas, sierras y poblaciones, hasta que en una parte encontraron donde se divían cinco caminos del que iban.

Bueno, el hermano máj viejo lej llamó la tensión de que cada uno siguiera el camino que le pareciera cada uno; entonse sembraron cada uno una mata de albahaca; era una seña de muerte pa loj que regresaban: si ayaba la mata muerta era seña de que el hermano había muerto, entonse que no lo ejperaran.

El hermano máj viejo cogió el camino a la derecha. Siguió caminando y caminando mucho tiempo, pasando hambre y tempestad, hajta que un día que iba caminando, oyó, en una montaña, una salomata y gritería y picando con jacha. Antonse él, por curiosidad, se jué derecho donde ejtaba la buya de loj trabajadore. Cuando ayegó ahí se encontró con una multitud de hombre trabajando una embarcación; eran carpintero y maejtro y cuanta cosa. Entonse él lej dio loj bueno día, saludándoloj a todoj y preguntando quién

era el dueño de ese trabajo y qué estaban haciendo.

Entonse él salió el dueño y le dijo que era una gran embarcación. Entonse él se interesó tanto que le suplicó si podía enseñarle y que por cuánto podía enseñarle. Entonse le dijo que por mil peso. Entonse quedó aprendiendo ahí a haser embarcación, hajta que aprendió.

El segundo hermano cojió el segundo camino. Entonse jue andar y andar, hajta que se aburrió de andar, hajta que un día en un llano que ejtaba un hombre que ejtaba tirando para el aire con un rifle y cojía con la mano y comía. Él se vio tan asombrado que se jué para ensima de él a preguntarle qué ejtaba haciendo. Dise: —Bueno día, señor—. Y no le contejtaba. Él se sorprendió, creyendo que ejtaba tratando con un loco. Volvía y le preguntaba repetidas veses y nada, no era posible que le contejtara. Entonse le dijo: —Válgame Dioj, señor, usted se encuentra loco o qué ej lo que le pasa. Yo lo veo tirando para el aire y apañando y comiendo. ¿Usted está loco?

No, señor, —le contejtó —no ejtoy loco. Ej que soy un gran tirador y ejtoy tirando mojcay. Entonse dise el otro: —Y usted por cuánto me enseña a ser un gran tirador? El le dijo que por mil pesos.

Bueno, él quedó aprendiendo ayí, hajta que quedó siendo un gran tirador.

Bueno, el tercero cojió su camino: andar, andar y andar, hajta que un día se encontró con un hombre que ejtaba ejcuchando una “miel de tierra”, añingotándose aquí, agachándose allá y acá y ejcuchando como algo que oía. Entonse él se ensimó para ensima y le dise: —Bueno día, señor. ¿Cómo está usted? Pero ejte no le contejtaba, y el hombre anda pa yá y anda pa cá y él detraj, hajta que ya se aburrió y le dijo: —Amigo, usted está ej loco, qué ej lo que ejtá haciendo que no me quiere contejtar—. No, señor, no ejtoy loco. Lo que soy un gran adivinador, y estoy adivinando onde ejtán loj interese máj grande del mundo. Entonse él se interesó para que le enseñara a ser un gran adivinador y le preguntó cuánto le cobraba. El le contejtó que por mil pesos.

Bueno, él quedó ejtudiando ahí hajta que quedó siendo un gran adivinador.

Entonse, el cuarto, cojió su camino que máj le convenía y jue caminar día y noche, hajta que ya, al tanto caminar se encontró con un hombre dejbaratando una gran peña con puros sincelaso, con sinsel y barreta. Entonse él se ensimó ayá al ver loj chijpero del peñajco que se dejbarataban en el aire. Dejde lejo le gritaba para poder yegar ayá. Antonse el hombre paró y yegó y le saludó y le

preguntó al herrero qué ejtaba hasiendo. Entonse él le dijo que era un gran herrero y taba dejbaratando ese peñajco. Entonse él le dijo que por cuánto le enseñaba a ser un gran herrero y él dijo que por mil peso también. El quedó aprendiendo a herrero hajta que aprendió ayí.

Entonse, el quinto, cojió el último camino a la ijquierda; andar, andar y pasar calamidades, hajta que un día ayegó a una parte onde había un hombre, ejtaba leyendo un gran libro al pie de un ataú. El cantaba, chiflaba, lloraba y leía el libro por varias vese. Entonse él se quedó tan asustado de ver a ese hombre que cantaba, chiflaba, lloraba y se ponía a leer el libro, hajta que llegó él y lo saludó: —Buenoj día, señor. ¿Qué le pasa señor, que está llorando, cantando, chiflando y leyendo el libro? Y éjte no le contejtaba nada. Y por repetidas vese, volvía y le preguntaba y le dijo: !Yo creo que ustedé ejtá loco, señor. Lo que ejtoy viendo no se lo he vijto haser a nadie.

Entonse él contejtó: —Ej que soy un gran resusitador y ejtoy resusitando ese muerto que ejtá dentro de esa caja. —Bueno, señor —dijo el hombre— si ustedé ej tan buen resusitador, por cuánto me enseña a ser un buen resusitador? Entonse él le dijo que por mil peso. Entonse quedó aprendiendo hajta que llegó a ser un gran resusitador.

Bueno, así se jueron pasando loj día y loj mese, hajta que se iba aproximando la fecha de encontrarse en la mijma sajunta de loj camino.

Así que todoj fueron regresando poco a poco, hajta encontrarse todo cinco en la mijma sajunta de loj camino. Hajta que por fin se llegó el plaso en que se encontraron todoj sano en la mijma forma que quedaron aplasadoj encontrase y de la alegría en que se encontraban no se contaron lo que lej había pasado y lo que habían ejtudiado. Entonse siguieron a la casa de su padre, quien loj recibió con una gran fiejta y alegría.

Nadie tuvo la curiosidad de explicarle al papá qué había ejtudiado, ni él tampoco ejtuvo en preguntarle a ninguno de elloj, qué era lo que habían aprendido.

Entonse ya un hijo, el que aprendió a ser el gran adivinador, se salió para el trajpatio de la casa y comensaba a añingotarse a haser variaj seremonia como el que ejtaba ejcuchando la miel de tierra.

El padre se puso muy trijte y yamó suj hijoj y creyó que su hijo ejtaba loco, al verlo haser varias seremonias raras.

Entonse, yamó a sus hijo y lej dijo lo que ejtaba pasando con el hermano de elloj. Entonse todoj se jueron ensima de él a preguntarle qué le pasaba y él no lej contejtaba absolutamente, namáj se añingotaba aquí y se levantaba ayá hasiendo varias semejansas.

Entonse, de tanto interrogarlo, todoj elloj, vino a contejtar, que él era un adivinador y ejtaba adivinando onde taban loj interese máj grande del mundo. Entonse el papá le dijo que le dijera a onde era que ejtaban loj intere máj grande.

Entonse, el hijo le contejtó que loj interese máj grande ejtaban en una peña en el ombligo del mar, donde había una princesa encantada, la máj bonita del mundo.

Entonse le dise el papá de'l: —De qué sirven esoj intereses así tan lejo, si no tenemo fasilidad de ir por falta de embarcación...?

Entonse contejtó el hijo máj viejo: —Por eso no, papá. Yo soy un gran carpintero y sí se trabajar laj embarcacione. Entonse dise el padre: —Bueno, hijo, póngale mano a la obra. Así que el hijo se jué a la montaña y construyó la embarcación. Entonse hisieron el aliño de la embarcación entre toditoj loj hermano y se embarcaron todoj. Cojieron rumbo hasia el centro del mar onde taba el tesoro encantado. Así, de tanto navegar, hajta que por fin, un día ayegaron a una roca muy alta, onde nadie podía subir.

Entonse, dise uno de loj hermano: —Bueno, hermano, tenemo que regresarno porque ej una roca muy alta y no hay aparejo pa subir ayá.

Entonse contejtó el hermano, que era un gran herrero: —Yo soy un gran herrero y yo puedo subir ayá.

Entonse le dijieron que pusiera mano a la obra y empesó a clavar perno, hajta subir arriba.

Entonse, al subir arriba, se encuentra con una imagen, que era una princesa, la máj linda del mundo; era una cara nunca vijta, según de hermosa. Entonse la princesa le dijo que iba a ser muerto, que iba a perder la vida de un momento a otro, porque ella ejtaba cuidá por una dragón jigantejco.

Entonse, él hiso poco caso. Comensó a cojer tesoro y a tirar abajo a la embarcación, hajta que ya loj hermano le avisaron que ya la embarcación

no podía más.

Entonse, él, viendo que la niña se quedaba con todo el dolor de su corasón, la cojió en peso y la tiró abajo a la embarcación, cayendo muerta instantáneamente. El se abajó a la embarcación cuando vio la niña muerta, así que elloj no sabían qué jaser con ella, si arrojarla al mar o qué jaser.

Entonse, como ya taban tratando de tirarla al mar, salió el hermano que era el gran resusitador y dijo: —No la tiren al mar, que yo la voy a resusitar, yo soy un gran resusitador. Entonse, él sacó su libro de resusitador, se puso a chiflar, a cantar y ser varia seremonia, hajta que poco a poco, la princesa fue meneando loj braso y loj pie, hajta que abrió loj ojo y habló, quedando viva, completamente sana.

Entonse jue una alegría para todoj ello, al ver ese milagro del resusitador.

Pero al poco rato dejué, se aparese un nubarrón negro sobre de'llo, en el sielo.

Entonse la prinsesa ejclamó: —Somoj perdido! Entonse le contejta uno de ello: Por qué? —¡Entérese! dijo ella —el dragón ej el que tá en ese remolino y va a hundir la embarcación con todo nosotros.

Entonse, contejta el otro hermano: —Por eso no. Yo soy un gran tirador y enseguida lo tiro yo. Sacó su rifle hajta matajlo.

En ejte momento, la embarcación iba andando mar ajuera, cuando el dragón loj persiguió y el tirador lo mató.

Elloj se jueron felise ya ejtando salvo. Entonse empesaron a ser laj parte del tesoro, que habían sacado de la peña. Al quedar laj parte dividíaj, quedó la niña sin partir.

Entonse el hermano más viejo dise: —Ombe, yo creo que la niña no se puede partir en pedaso para cada uno y yo que soy el hermano más viejo a mí me queda.

Entonse loj otro hermano no convinieron que le tocara a él, porque ello se encontraban con derecho también. El adivinador se ayaba con derecho, porque había adivinado onde se encontraba ella y el tesoro. El otro que hiso la embarcación se ayaba con derecho como el hiso la embarcación para ir ayá. Entonse el otro se ayaba con derecho porque él fue quien subió arriba, quien arrojó el tesoro y quien arrojó la niña abajo a la embarcación. El otro que la resusitó, tenía derecho también, porque la iban a tirar al mar y sino hubiera sío

por él, la hubieran tirao al mar. El otro hermano, porque tiró el dragón que iba a hundir la embarcasi3n.

Como todoj tenían derecho, todo querían la niña, ya se ejtaban para matar uno con otro en medio mar. Nadie quería el interéj ya, si no era la princesa.

Entonse la princesa, viendo lo que taba pasando, lej pidió a todoj que le dieran poder de juees para ella remediar la situaci3n de loj hermano.

Entonse, todo contejaron que sí. Entonse ella lej dise: —Vea, ujtede se van a matar por causa mía. Yo quiero que no se maten; así que llegamoj a tierra y llamamo un juees para que loj medee a todo ustedede y no se vayan a matar.

Entonse volvi3 a reinar la alegría y el contento entre ello, hajta llegar a tierra.

Entonse, cuando llegaron a tierra, yam3 al padre de loj cinco hermano, para que hisiera laj parte como era debido y no juera suseder nada.

Entonse, el padre jiso laj cinco parte del tesoro que habían ayao en el ombligo del mar. Entonse la princesa dijo que la podía partir en cinco parte. Entonse dijo que ésa era la única parte que le tocaba a él. El se qued3 con la prinsesa. Y se acab3 el cuento y se lo yev3 el viento.

7.
EL ELEFANTE ALEJANDRÍA

Había una vez un padre de familia que tuvo tres hijos: el primero se llamaba Abraham; el segundo, Juan, y el tercero se llamaba José Luis.

El padre de estos muchachos buscó un solo padrino que se llamaba el Elefante Alejandría.

Ya este señor estaba muy aburrido de vivir solo, porque estaba muy lejos de esta ciudad, situada en la montaña. Entonces se acordó de su compadre. Dijo: —Me voy a ver si mi compadre me da mi primer ahijado—. Y se vino. Y hablando con el compadre le dijo que diera el primero; entonces, el compadre lo pensó mucho, pero se lo dio y se lo llevó. Al llegar, le dio buena comida.

La casa era muy grande, y antes de anochecer lo llevó al cuarto donde iba a dormir, donde había una cama de esprín y una buena hamaca y cigarrillos, y le dijo: —Tiene que levantarse temprano—. Llegó la hora de acostarse.

El padrino del muchacho se levantó muy de madrugada y lo llamó como a las tres de la mañana; el muchacho estaba dormido y no le contestó; lo llamó por tres veces y no le contestó; entonces entró al cuarto y lo latigueó con una correa y le dijo al ahijado que los hombres de trabajo se levantaban temprano y no amanecen dormidos. Le dijo: —Allí te queda el desayuno en el comedor y el café en el fogón, en la jarra, y el trabajo que le voy a dejar es leerme este libro tres veces. Cuando yo vengo, que haya terminado. Y el libro medía doce pulgadas de grueso, y se fue para la montaña.

El muchacho se desayunó y se puso a leer el libro. Ya lo había

leído una vez y la mitad de la segunda vez, cuando ya tenía mucha hambre. Dijo: —Voy a ver qué me dejó mi padrino de comer, y va a la mesa donde encontró un plato con un pedazo de carne todo gusanoso dijo, él solo, hablando; yo no como esa carne, que ni en mi casa las he comido nunca. Voy a ver los bollos —. También estaban viejos y llenos de limo verde y también dijo las mismas palabras que dijo con la carne. Se fue para la hamaca donde tenía el libro, y dijo: —No leo más, porque tengo mucha hambre.

Cuando vino el padrino, le dice: —¿Me hizo el trabajo? Sí padrino. Entonces le dijo una voz: —No ha terminado el trabajo; leyó el libro una vez y la mitad, y le dio mucha hambre y dijo: “voy a ver qué me dejó de comer mi padrino, y encontró la carne gusanosa y los bollos limosos; entonces dijo que él no comía esa porquería”. El padrino vino y lo mató y lo tiró en un cuarto.

Se tuvo ocho días, desde el día que habían llegado, donde el compadre. Y dijo: —Voy a ver si mi compadre me da el otro ahijado para que me acompañe. Éste se fue a donde el compadre y le pidió el otro ahijado. Lo pensó mucho el compadre, pero se lo dio. Se fueron para dicha casona y llegaron y le dio de comer. Después de haber venido y comido, lo llevó al dicho cuarto donde había llevado al hermano, y le dijo las mismas palabras que le había dicho a Abraham. Juan se quedó en el cuarto; el padrino le dijo: —Allí tienes la cama, la hamaca, agua y cigarrillos—. Llegó la hora de acostarse y se acostaron.

Cuando llegó la madrugada, el padrino se levantó y llamó al ahijado. Pero ya éste estaba levantado, y el padrino le dijo: —Así me gustan los hombres, porque los hombres de trabajo se levantan temprano para ver lo que van a hacer. El trabajo que le dejo es leerme este libro tres veces; era el mismo libro que le había dejado al otro hermano. Y le dijo: —Allí te queda el desayuno en la mesa y en una de las gavetas de la mesa un pedazo de carne y unos bollos para que prepares y almuerces.

Juan tomó desayuno y se puso a leer y cuando eran las once y media, ya había leído una vez y la tercera parte del libro o es decir, casi la segunda vez. Entonces fue a ver qué le había dejado el padrino de comer: encontró un pedazo de carne podrida y llena de gusanos y los bollos llenos de limo verde y hedían a agrio y dijo: —Yo no como esa porquería, que ni en mi casa yo la he comido. Es decir, dijo lo mismo que el otro hermano. Se fue para donde estaba leyendo el libro y dijo: —No leo más; nada con hambre leo.

A las cinco de la tarde que vino el padrino, le preguntó: —¿Me hizo el trabajo? —Sí, contestó el muchacho. Y al decir esto, le contestó una voz: —No, no ha cumplido con el trabajo; es mentira. — Entonces el padrino lo mató y lo tiró en el cuarto que había tirado al otro.

Se estuvo como varios días después de este caso, o serían como quince días después de haber muerto al segundo ahijado. Volvió otra vez donde el compadre, a ver si el compadre le daba el otro ahijado. Y cuando llegó donde el compadre, le dijo: —Compa; vengo a buscar el otro ahijado.

El compadre le contestó: —Usted se llevó ya dos, cómo le voy a dar el otro; entonces con quién me voy a quedar...

Entonces el Elefante le dijo: —No, si los otros hermanos me dijeron que se lo pidiera que ellos querían estar juntos los tres para tener más armonía. Le rogó varias veces hasta que el compadre se convenció. Y entonces el Elefante le dejó una moneda en recompensa de las molestias. Entonces se fueron para la dicha casa y cuando llegaron ya era de noche; lo llevó al mismo cuarto donde habían dormido los otros hermanos.

El muchacho iba muy contento porque creía que iba a verse con sus hermanos. Pero cuando ya estuvo acostado, se acordó de sus hermanos y los esperó hasta que se rindió de sueño. Cuando ya eran las tres de la mañana, ya el muchacho estaba alevantado, que cuando el padrino lo fue a llamar, le dijo: —¿Qué dice, padrino? Entonces el padrino le dijo: —Así es que me gustan los hombres de trabajo que están muy temprano despiertos—. El ahijado le contestó: —Yo, José Luis, nunca amanezco dormido, padrino.

La fiera se iba a su montaña; entonces le dijo al ahijado: —El trabajo que te dejé es de leerme este libro, tres veces antes que yo venga—. Y el buen niño, apenas se fue el mostro, comenzó a leer hasta que le dio fatiga. —Voy a desayunar — dijo — porque ya tengo algo leído de mi tarea—. Así que se desayunó, prendió un cigarrillo y se lo fumó y dijo: —Voy a ver mi tarea y siguió leyendo hasta las doce y media del día, ya tengo mucha hambre—. Pero ya había leído la segunda vez del libro y tenía como tres pulgadas más. —Voy a ver qué me ha dejado de comer mi padrino—. Y encontró los mismos alimentos con las mismas condiciones que los anteriores. El muchacho dijo

que él era muy pobre y su padre, pero que nunca le había dado esta clase de comida, pero el muchacho se aconsejaba a él mismo y dijo: —Yo nunca he comido esa comida, pero dice el dicho que el hombre que no sale, no sabe de trabajo, pero esta carne me la como yo—. Hirvió agua y sancochó la carne y lavó los bollos con agua caliente. Hizo esto tres veces. Entonces saló la carne, le echó cebolla en rebanadas y la puso a freír y a la vez estaba virando los bollos. Cuando estuvo la carne, se la comió y dijo: —Está muy buena; ahora descanso una media hora para terminar mi trabajo. Así fue que terminó muy temprano; entonces dijo —Doy mil gracias a mi Dios que me ha dado fuerzas para terminar mi tarea y por ahí mismo se quedó dormido.

Cuando llegó el padrino, le preguntó: —¿Me hizo el trabajo?—. —Sí—. Y cuando dijo sí, una voz contestó: —Sí terminó el trabajo; leyó en la mañana dos veces y tres pulgadas más de la tercera leída. Contestó el padrino, así es que me gustan los hombres.

El muchacho permaneció en el cuarto. La siguiente madrugada, lo llamó el padrino, pero ya él estaba en pie y contestó: —¿Qué dice, padrino?—. El padrino contestó: —Así es que me gustan los hombres—. Y entró en el cuarto y le dijo al muchacho: —Aquí tiene este poco de yave que cada yave tiene su candado.

Todos estos cuartos estaban llenos de riqueza en distintas formas: había plata en cuarzo, plata en pedazo, plata en barra, en monedas gruesas y monedas medianas, había plata en la forma que usted quisiera. En las mismas condiciones, había en oro y había prendas en distintas formas, es decir, que todos los cuartos estaban ocupados con riquezas. Entonces el muchacho, desde que le entregaron las yaves, que fue como a las tres de la mañana, comenzó a abrir puertas y como a las seis menos cuarto le faltaba un cuarto por abrir y ya faltaban diez minutos para las seis, y abrió la puerta de un cuarto y vio un caballo lo más bello del mundo. Allí también estaba la silla y el freno, todo estaba adornado con oro.

El muchacho se encantó tanto que cogió el caballo y le puso la jáquima. El caballo le dijo: —Póngame todo, pero no me monte, hasta tanto yo le diga—. Pero el muchacho lo que quería montar ligero, pero el caballo no se dejaba. Ya faltando cinco minutos para las seis, le dice el caballo: —¿Quiere montarme? Vaya busque por esos cuartos un paquete de ceniza, un paquete de alfiler, un

paquete de jabón y un paquete de sal—. Esto lo sabía el caballo porque era del encanto.

Y el muchacho con ganas de montar el caballo; estaba muy apurado que todo este tiempo quería montar, pero el caballo no lo dejó, porque a la seis era la salida. Pero el muchacho se apuró tanto que faltando un minuto para la seis, le dijo el caballo: —¡Monte! Pero el caballo le dijo: —Estamos todavía en peligro de perderme; monte, pero agache en la puerta todo lo que pueda. Como tú toques algo de la puerta, somos perdidos.

Así fue que salieron y el joven rozó el sombrero en la puerta.

Cuando ya salieron, le dice el caballo: —Usted va a hacer lo que yo mando—. Y todos los paquetes que había ido a buscar, era para defensa del mostro. Si en el último no se lo ganaban, eran de muerte. Así pues, salieron de la dicha casa. El animal, como era de encanto, él corría velocidad y también volaba, para alcanzar a ver su enemigo. Cuando el enemigo iba cerca, le dice el caballo al joven. —Estamos en peligro; nos viene alcanzando el mostro, mi amo; agárrese porque voy a volar. Cuando yo le digo: tire un paquete, lo tira, pero a la parte atrás de mi cola; si lo tiras a la par o adelante, nos perdemos. Así lo hizo el muchacho. Cuando ya iban en peligro, iba la fiera alcanzándolos—. Tira el paquete, mi amo —dijo el caballo—, mucho cuidado—. Este paquete de ceniza se volvió un neblinal muy espeso, que la fiera perdió el camino, mientras éstos iban adelantando terreno.

Andar y andar, caminaba y volaba, hasta que se pasó la fiera y le dice el caballo: —Mi amo, estamos en peligro, se pasó el enemigo; alerta y mucho cuidado; agárrese que voy para el aire, viene alcanzándonos. Tire el paquete de alfiler—. Esto se volvió un cañaveral, que la fiera se detuvo y no los pudo alcanzar. Mientras, éstos iban adelantando camino. Andar y andar, iban muy lejos, cuando se pasó la fiera del cañaveral y le dice el caballo al muchacho: —Estamos en peligro, se pasó el enemigo—. Pero ya ellos iban muy lejos y le dice el caballo: —Mi amo, nos viene alcanzando, tamos en peligro, agárrese que voy para el aire; y así fue. Estando en el aire le tira el paquete de jabón y se volvió un lajar feo, que no podía subir el enemigo. Mientras ellos iban ya lejos, y el enemigo luchó y luchó y luchó y luchó, hasta que se pasó. Y le dice el caballo: —Mi amo, estamos

en peligro, vamos a tirar el último recurso, y agárrese que voy para el aire—. Estando en el aire le tiró el paquete de sal y la sal se volvió un brazo de mar y ellos quedaron del otro lado. Pero el caballo le había dicho al joven que no fuera a decirle sí al padrino, que él tenía que llegar, que lo que iba a perder era el caballo. Pero como el caballo le había dicho que cuando quedaban del lado, que le quitara la silla y se pusiera a bañarlo.

Y cuando el mostro llegaba que le decía: —Ahijado, tráigame el caballo..., que le contestara que si lo quería que lo fuera a buscar, y el mostro se tiraba al agua, y como no sabía nadar, se aplanaba y tenía que regresar para el mismo lado. En fin, le decía el caballo: —No le digas nada, que lo venga a buscar. Esto se lo dijo hasta la tercera vez y el ahijado le contestaba siempre que lo fuera a buscar, y cuando le dijo la cuarta vez que le llevara el caballo, el ahijado le contestó: —Si lo quiere tanto al caballo, venga a buscarlo—. Cuando éste le dio esa respuesta, el Elefante se degoyó él mismo. Entonces salieron ya, cuando este animal se había matado y que habían ganado su lucha.

Se fueron para la ciudad y un poco antes de llegar a los arrabales, le dijo el caballo a José Luis, que se surcara un pañuelo por la cara, que él iba a quedar vuelto como un buboso y que él se iba a volver en un caballo flaquito peludo y la silla toda fea, enchicharróná. Esto lo hicieron antes de llegar a la ciudad vecina de donde venían.

Llegaron a la ciudad y se hospedaron en los arrabales, donde una señora que era méndiga; la señora méndiga los trató muy bien; el joven le pidió hospedaje para su caballo; la señora le mandó echar el caballo a un patio que tenía en la huerta. Entonces el muchacho decía que no, que si le daba un ranchito que tenía la señora; ella le dijo que sí; el joven metió su caballo y era todo su amor y su tesoro era el caballo.

Como la señora le dio de comer a él, ella le dijo que no le daba comida más buena porque ella recogía limosna era los domingos y no tenía plata. Entonces el joven la mandó que le aporriara la barriga al caballo y así lo hizo; cuando el caballo se peyó y al peerse cayó una moneda de oro que valía cien pesos y la señora se la llevó; el muchacho le dijo que la cogiera para que comprara comida y lo que necesitaba. Ella se fue a comprar su comida. Pero el joven le preguntó a la señora que dónde podría conseguir un trabajo. La señora le dijo que onde el rey podía conseguir.

Entonces el caballo lo mandó donde el rey, que consiguiera trabajo y consiguió. Pero el rey lo trató muy mal y le dijo que era un buboso y lo largó de allí y le dijo también que no le tocara ni los pilares de su casa; pero siempre lo mandó donde la hija que estaba en el balcón y ella le dio siempre trabajo de jardinero. La niña bajó a decirle cómo debía de hacer y siguió trabajando. Se fue a ver su caballito y le dijo todo lo que había pasado.

El caballo le dijo que eso tenía que pasarle, pero que él iba pasar mucho trabajo, pero él se casaba con la hija del rey. Pero que se dejara llevar de él, como debía de hacer.

Siguió trabajando bien; a él lo llamaban el buboso y él entendía.

Ya tenía dos meses de estar trabajando, cuando un día le dijo el caballo que se hiciera el loco y tumbara las flores y que contara las ramas.: éste lo hizo conforme le dijo su caballo.

Cuando la princesa se paró a lavarse; él estaba tumbando flores y ramas. La princesa le decía: —Recoge las hojas secas y maduras—. Pero él no le ponía cuidado, hasta que la princesa se puso brava y le tiró la espada para matarlo, pero no pudo porque él se la jugó y la cogió; ya no tumbó más flores ni ramas. La niña querría que le diera la espada y él decía: —No, esta espada es mía—. Y que no contara con la espada.

Ya el caballo se lo había dicho que no entregara la espada, que por la espada iba a tener compromiso de matrimonio. Y así fue.

El dicho buboso le dijo la niña que él si le entregaba la espada, pero si firmaba un documento de compromiso y que al día siguiente se casaban. Al firmar este documento, él le dijo: —Yo no sé firmar—. Entonces ella le dijo que ella firmaba por él. Cuando se lo leyó y que iban a firmar, dice él: —Mas que no pueda, yo voy a firmar y firmó. Cuando la niña vio la letra, la halló linda, más linda que ninguna letra.

Cuando al día siguiente que iba bien aconsejado del caballo fue a entregar la espada, era por la mañana, y le dijo la niña que a dónde estaba su espada; él le contestó que si se casaba con él, él le daba la espada. Entonces ella dijo que no, porque ella no sabía si su papá la dejaba casar; él le dijo que eso no tenía que hacer y que ésa no eran palabras.

Al ver que éste no le iba a entregar la espada, se obligó a decir que sí se casaba. Pero el buboso le dijo que le diera el documento y se lo dio.

Ya el rey quería matar al buboso. Pero el buboso le dijo al rey que su hija estaba comprometida con él para casarse. Entonces el rey mandó a su hija y al muchacho a vivir en un gallinero. Ya el buboso no tenía sueldo, ya recogía limosna y con eso se mantenía. Cuando marchó a la hija, él se puso enfermo de las vistas; buscó remedio en su mismo pueblo y no hubo quién.

En eso, se le presentó una guerra, que lo venían a atacar y él no podía solucionar este problema porque estaba enfermo de las vistas.

Entonces se ofrecieron los dos yernos y en esto vino el buboso a decirle que él estaba a la disposición de él; lo que dijo el rey: que se largara de allí, que él hedía mucho. El muchacho le contestó: —Aunque no me quieran voy a ir—, y se fue. Cuando iban para el frente, tenían que pasar una laguna que atacaba y sólo los caballos fuertes eran los que se salían del ñango.

Los otros yernos del rey, cuando pasaron por la laguna, le pegaron unos cuerosos y lo insultaron y después que se fueron, le dijo el caballo: —Mi amo, límpiese la cara con el pañuelo—. Y quedó el hombre más perfecto y el caballo se sacudió y quedó hermoso como antes y se fueron; alcanzó a los dos caballeros y pasó, cuando ya venía de regreso con su bandera blanca, que había ganado la guerra. Entonces los dos hombres le hicieron una pregunta y una propuesta al hombre elegante del caballo lindo: le ofrecieron plata, pero no la aceptó, sino que les dijo que si se dejaban poner el casco del caballo en la nalga, les daba la bandera; estos dijeron que sí. El casco del caballo era como una marca que dejaba para toda la vida. El muchacho se vino adelante y llegó a la laguna; entonces lo dijo el caballo que se pasara el pañuelo por la cara y que se bajara para sacudirse y quedar lo mismo que antes. Cuando pasaron de regreso, los yernos del rey le volvieron a pegar. Los yernos del rey llegaron a su casa y le entregaron la bandera de paz, que habían ganado la guerra. Pero en ese mismo día el rey les dijo que necesitaba un médico y que fueran a buscarlo. Éstos se fueron, pero también el yerno buboso. Cuando él vino con el doctor, ya habían llegado los otros, y llegando de los arrabales, le dijo al doctor que siguiera, que él no podía llegar a esa casa junto con él porque el rey lo odiaba y no quería saber de él.

Los dos doctores examinaron al rey, pero no le encontraron nada; estos dos doctores eran los que habían traído los dos yernos del rey. Cuando lo

examinó el doctor que había traído el buboso, el doctor le dijo: —Usted se cura con un lavado en los ojos, pero con el agua que bebía el Elefante Alejandría.

El doctor ordenó que fueran a buscar el agua; los dos yernos del rey fueron a buscar el agua. Poco después buboso fue a la del rey y le dijo que él estaba a su disposición para ir a buscar el agua y que le dieran una vasija para traerla. El rey le dijo al buboso delante de los doctores que se largara y que él no podía estar entre medio de la gente. El doctor que ordenó el agua le dijo al rey que eso no importaba y que mandara que dieran una basenilla sucia. El buboso dijo: —Está bien, mi majestad. Aquí mismo le traigo, aunque la basenilla esté sucia. Como su estado era de encanto, en un momento estuvo en la laguna, donde lo encontraron los yernos del rey y volvieron y le pegaron. Ya habían pasado los dos yernos del rey, cuando el caballo le dijo al muchacho:

—Mi amo, límpiese la cara con el pañuelo y bájese que me voy a sacudir: de una vez quedó convertido en un penco de hombre y el caballo muy hermoso. Y como el caballo era encantado, volaba; en un momentico estuvo en el castillo de su padrino. Llegó, se acostó en una hamaca y quedó convertido en señor. Cuando llegaron los yernos del rey, ya estaba descansando. Entonces los hombres le pidieron el agua y se las dio, pero les dio del agua que no era.

Cuando ya los hombres habían hecho rato que se habían ido, él cogió la basenilla, la llenó de agua, pero la de donde bebía el padrino. Después de haber cogido el agua, se vino, se alcanzó los hombres y se los pasó. Cuando llegó a la laguna se convirtió en el buboso de antes para darle entender a los yernos del rey que todavía está ahí atacado; volvieron y le pegaron. Y cuando los yernos llegaron, le dieron el agua al doctor; el doctor la examinó y dijo que esa agua no era. Y cuando llegó el buboso con su agua, se la dio al doctor y enseguida la examinó y dijo que ésa sí era el agua, pero lo que tenía era que estaba un poco sucia porque la vasija estaba sucia y que tenían que colarla. Colaron el agua, le hicieron el lavado al rey y se curó. Cuando ya estaba bien del todo, que veía bien, el doctor le dijo al rey que él le debía la vista al buboso y que tenía que quererlo, porque le había dado la vista y que la vista le había quedado como a un niño de doce años. Entonces subieron al buboso en brazos y lo pasieron en la casa.

Entonces fue cuando celebró el matrimonio del buboso; el rey se lo iba a celebrar. El matrimonio se hizo a los tres días después de haber conseguido la

vista. Las hermanas fueron a vestir a la muchacha del buboso, pero cuando al abrir la cajeta del traje, se quedaron con la boca abierta, porque nunca habían visto un traje tan lindo. Se casaron; el desayuno lo tomaron en la casa del rey; pero cuando terminaron de desayunar, el muchacho le dijo al rey que la celebración del matrimonio iba a ser en el palacio de'l.

Antes de salir para el castillo, le hizo ver al rey que así como buscó el agua para que viera, así mismo se había ganado la bandera de la guerra que venía atacarlo y también trajo el mejor médico.

Le preguntó el rey que si tenía pruebas; entonces José Luis le dijo que sí, que le dijera a sus otros yernos que le mostraran la marca del casco de su caballo.

El rey se fue junto con su yerno para el castillo del Elefante Alejandría, que cuyo dueño era el ahijado que se llamaba José Luis Alejandría. El rey se quedó con los príncipes unos quince días y los tres fueron felices.

8.
JUANITO
Y EL OGRE DEL PALACIO ENCANTADO

Era una señora que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y Juanito. Pero la señora estaba muy enferma y murió muy pronto. Entonces el hijo mayor, Pedro, le dijo a sus hermanos que se iba a rodar tierra, que dejaba una matita de verdolaga y que si la mata se moría, era porque él había muerto.

Pedro se fue en busca del ogro del palacio encantado. Este ogro tenía una niña prisionera y era muy rico, pues todo el que pasaba junto al palacio, si el ogro lo veía, lo convertía en piedra y si llevaba riquezas, las cogía el ogro.

Pedro siguió el camino, y se topó con un señor que tenía muchas llagas; el señor le dijo que le hiciera el favor de limpiarle las llagas y le contestó que él no era mozo de ninguno y menos de un viejo tan cochino. Más adelante, Pedro se encontró con una casa solitaria que estaba encantada y sólo había, tendida en un alambre, una camisa. Pedro se pasó junto a la caserona y una voz le dijo que se midiera la camisa; que si le quedaba, le quitaba el encanto de la casa. Pedro lo hizo, pero la camisa no le quedó; éste no le importó y siguió caminando hasta que se topó con un gallo y un halcón que estaban peleando; entonces oyó una voz que le dijo que los despartara. Pedro lo intentó pero salió todo arañado sin despartarlos. Al día siguiente, como a las doce, llegó al palacio y tocó la puerta, pero el ogro venía ya del monte y lo vio y enseguida lo convirtió en piedra.

Pablo y Juanito, que estaban pendientes de la matita de verdolaga, se dispusieron cuando vieron morir la matita. Entonces Pablo le dijo a Juanito que se iba a vengar a su hermano y para si sufriera la suerte que él sufriera, también le dejaba una matita de verdolaga.

Pablo corrió la misma suerte que Pedro. Entonces Juanito se alistó y fue a

vengar a sus hermanos.

Cuando Juanito se topó con el viejo llagoso, le lavó las llagas y le dio una muda de ropa, el viejito quedó muy agradecido y le dijo las palabras mágicas que quitaban el encanto de la casa. Cuando Juanito llegó a la casa, dijo las palabras mágicas, la camisa se achicó hasta que le quedó a Juanito y la casa se desencantó. Entonces el dueño de la casa le dijo que para poder despartar el gallo y el halcón, tenía que buscar agua de un pozo que estaba a cinco kilómetros de allí y echarle el agua a los animales. Juanito hizo lo que el viejo le dijo y los animales dejaron de pelear. El gallo salió huyendo, pero el halcón le dijo a Juanito que estaba muy agradecido y por eso le iba a dar el poder de convertirse en halcón cuando quisiera.

Juanito se volvió halcón y se fue al palacio y se puso en una rama del árbol que había en el patio. La niña estaba jugando; lo vio y le dijo que por qué estaba allí; entonces Juanito le dijo que le dijera al ogro que lo cogiera. La niña le dijo al ogro y éste lo cogió al halcón.

Al día siguiente, cuando el ogro se fue para el monte, Juanito se convirtió otra vez en Juanito y le preguntó a la niña que cómo tenía que hacer para matar al ogro; la niña le dijo que tenía que matar la primera paloma que matara por un cerro que estaba junto al palacio, después de las cuatro de la mañana y sacarle los huevos, los cuales tenía que estrellarlos al ogro en la frente.

Juanito mató la paloma y cogió los huevos y los guardó. Entonces, en la noche, fue con la niña donde dormía el ogro y le estrellaron los huevos en la frente; el ogro se murió se acabó el encantamiento del palacio. Los hermanos de Juanito, Pedro y Pablo, junto con miles de personas que estaban convertidos en piedra, volvieron a cobrar vida y todos le daban a Juanito la mitad de su fortuna.

Juanito fue feliz, viviendo en el palacio, con Carmen que se llamaba la niña. Lo mismo que sus dos hermanos, en su pueblo natal.

9.
DON LUIS EL ENCANTADO

Era una vez una señora que tenía cuatro hijos: tres varones y una mujercita, la que se llamaba Juana. Éstos se dedicaban a la agricultura. Todos los días a Juana la mamá la mandada a dejarle la comida a sus hermanos al monte.

Cierto día, Juana dijo a sus hermanos que una voz siempre le salía en el camino y le decía: —¡Espérame allí!—. Que sentía miedo; que la fueran a acompañar. Pero estos, siempre que ella les decía esto, le decían que eran mentiras de ella y que decía eso para no venir a dejar la comida. Así pues que no le hicieron caso y Juana les dijo que si no le creían, cuando regresaba iba a esperar la voz para que se la llevara, y así fue que al regresar la voz otra vez le habló y la esperó y entonces se le apareció un hombre que se volvía pájaro y se la llevó.

Cuando en la tarde llegaron sus hermanos y preguntaron por su hermanita, su mamá les dijo que no había regresado, que creía que se había quedado para venir con ellos, pero estos dijeron que no y pensaron que aquello que ella les decía era verdad y se pusieron muy tristes.

Uno de los primeros de sus hermanos le dijo a la mamá que le acomodara un bastimento para madrugarse ese otro día, para ir en busca de su hermana. Ésta se lo acomodó y se fue. Después de andar bastante, se encontró con una hacienda, y preguntó: —¿De quién es esta hacienda?— Y le contestaron: —De Don Luis Encantado que vive en alto y peña, tiene una niña más bella que una estrella—. Y dijo él: —Ésa es mi hermana, yo voy por ella.

Y uno de los empleados de la hacienda le dijo: —Juega este toro; si no te tumba, eres de vida; pero si te tumba, eres de muerte. — Éste lo jugó, pero lo tumbó. Él siguió y después de andar bastante, se encontró con una piara y él

preguntó: —¿De quién es esta piara?—. Le contestaron: —De Don Luis Encantado que vive en alto y peña, tiene una niña más bella que una estrella—. Y él le contestó: —Ésa es mi hermana, yo voy por ella—. Y un señor le dijo: —Mata este puerco y si no chilla eres de vida, y si chilla eres de muerte—. Éste lo mató y chilló, pero él siguió y después de andar se encontró con una lavandera en un río y preguntó: —¿De quién es esa ropa que lava?—. Y le contestaron: —De Don Luis Encantado que vive en alto y peña, tiene una niña más bella que una estrella—. Y él contestó: —Ésa es mi hermana, yo voy por ella—. Y éste le dijo: —Mídete este pantalón; si te queda, eres de vida; si no te queda, eres de muerte—. Éste trató de medírselo, pero no le quedó, y siguió su camino hasta que vio un hermoso castillo, y cuál fue su sorpresa cuando él vio a su hermana que molía masa porque ése era el trabajo que ella hacía. Al ver a su hermano, le dijo: —¡Ay, hermanito! ¿Por qué has venido? ¿No sabes que Don Luis te puede comer?—. Cuando en eso oyó un ruido y era Don Luis que venía y le dijo al hermano: —Escóndete en esta puerta; pueda que no te halle—.

Cuando llegó Don Luis, enseguida dijo: ¡Fó! ¡Fó! Me huele a carne humana, si me la hallo me la como—. Y la niña le dijo: —Aquí no hay nadie—. Pero él no le hizo caso y buscó hasta que halló y se lo comió.

Mientras tanto, en la casa estaban preocupados y el segundo de los hermanos dispuso irse para saber lo que le había pasado al otro hermano, pero en el camino le pasó lo mismo que al anterior.

El último hermano, viendo que no regresaban, también dispuso irse y así lo hizo. Después de andar bastante, se encontró con la hacienda y preguntó de quién era y le dijeron que Don Luis vivía en alto y peña; tiene una niña más bella que una estrella. Y él decía: —Ésa es mi hermana, yo voy por ella.

Le dijeron que jugara un toro y si no lo tumbaba el toro, era de vida; pero que si el toro lo tumbaba, era de muerte. Lo jugó y venció al toro; así, pues, que iba de vida.

Más adelante, se encuentra con la piara; le dijeron que era de Don Luis y que si mataba un puerco sin chillar, era de vida; él lo mató y no chilló y siguió, cuando se encontró con la lavandera, preguntó y le dijo que era de Don Luis que vivía en alto y peña y tenía una niña que era más bella que una estrella. —Ésa es mi hermana, yo voy por ella, contestó él. La lavandera le

dijo: —Mídase esta ropa: si le queda, es de vida; pero si no le queda, es de muerte—. Se la midió y parece que hubiese sido hecha a la medida de él.

Siguió. Después de andar, se sentó al lado del camino y se puso a comer el bastimento que llevaba. Cuando estaba comiendo, vio una hormiga que quería comer de lo que él tenía y le echó unas migajas. Ésta, muy contenta, y para agradecerle, vino y se sacudió y le dio una patita y le dijo: —Toma esta patita y en el peligro que te encuentres, di: “Dios y una hormiga”—. Éste le dio las gracias y siguió; cuando por fin vio un castillo, se dirigió allá y vio a su hermanita moliendo, que al verlo, le dijo: —Hermanito: ¿para qué has venido? ¿No sabes que Don Luis te va a comer como a mis otros dos hermanos?—Pero éste le contestó: que nó, que a él no se lo comería, que le avisara cuándo Don Luis venía, y que cuando él viniera, y después que había comido y estaba refrescándose, le preguntara dónde tenía él la vida para ella saber en caso de que le pasara algo a él. Y así fue, que cuando venía, ésta le avisó y el hermano dijo: —¡Dios y hormiga!—, y se transformó en hormiga. Así que, cuando Don Luis vino, le olió a carne humana, buscó pero no encontró nada, y después que comió se acostó en su hamaca y la niña se le acercó y con cariño le preguntó que dónde tenía la vida y él le dijo que su vida la tenía a la orilla del mar, en un palo de higuerón, que cuando a ese palo le tumbaban una rama, enseguida él se venía para su casa con dolor de cabeza y cuando al palo lo tumbaba, de él salía una venada corriendo y si la mataban, salía una paloma volando; cuando a ésta la mataban, salía un huevo que iba en dirección al mar. Si a éste lo apañaban, él estaba bien grave y a ese huevo tenían que rompérselo en la frente para entonces morirse.

Toda esta conversación la oyó el muchacho y cuando Don Luis se fue, él se transformó en persona y le dijo a su hermanita que no le contara nada, que él la había oído toda; que solamente le diera una escopeta y una hacha. Enseguida llegó Don Luis a su casa mal. Cuando ya lo hubo tumbado, salió la venada corriendo y con su rifle enseguida la mató. Salió el huevo y también lo apañó con su sombrero. Después de tenerlo en sus manos, se fue a la casa de Don Luis que estaba bien grave y le dijo que le arrojara sus dos hermanos. Éste los arrojó y le quebró el huevo en la frente y enseguida murió. Los cuatro se fueron a su casa muy contentos y todas las riquezas de Don Luis le quedaron a la niña.

10. EL PÁJARO GRIFO

Éste era un señor que tenía tres hijos; al que más quería era al más pequeño que se llamaba Luis.

En un país cerca donde él vivía, había un rey que tenía una hija. Ésta sufría de una enfermedad que sólo podía curarse con la manzana más roja que alguien le llevara.

Esta noticia se publicó por todo el país. Los hijos de Joaquín, que así se llamaba el hombre, supieron esto y llevaron manzanas y al pasar por un camino, encontraron a un enano. Éste le pidió algo de comer y preguntó hacia dónde marchaba; Pedro respondió con grosería que a él no le interesaba hacia dónde marchaba y lo que él llevaba allí eran piedras; el enano respondió que en piedras se habían de convertir y que una gran paliza le daría.

Pedro entró a la casa del rey y no logró conseguir nada y regresó a su casa.

Fue el segundo y le pasó lo mismo; luego fue Luis, el más chico, a quien Joaquín quería más, sólo había una manzana en un árbol.

Luis le pidió permiso a su padre para ir a la casa del rey; Joaquín no quería, temía le sucediese algo, lo mismo que los otros hermanos. En el camino, Luis se encontró con el enano; éste le preguntó que qué llevaba y así a dónde iba y que le diera algo de comer. Luis le dio un pedazo de pan y le dijo que llevaba una manzana para ver si podía curar la enfermedad de la hija del rey.

El enano le dijo que él le ayudaría a conseguir eso.

Luis lo llevó al rey la manzana, la princesa se la comió y mejoró su enfermedad. El rey dijo que para poder casarse con ella, era necesario la pluma del pájaro grifo, hacer un barco que navegara por mar, tierra y aire. De inmediato pensó que esto no lo conseguiría, pero sin embargo se dedicó a construir el barco.

Un día que andaba por el bosque, se encontró con el enano que le había ofrecido ayuda y le preguntó qué hacía; Luis le contestó que una obra muy difícil; el enano le dijo que no entristeciera que él solo lo haría.

Después de varios meses, logró llevar el barco a casa del rey, ya que él había hecho esto con el fin de que su hija no se casara con él. Luego le mandó así al lugar donde se encontraba el pájaro grifo y le trajera una pluma. Para llegar a dicho lugar, tenía que pasar por un inmenso río y el señor que remaba en la canoa tenía varios años de estar allí. Luis le dijo que lo pasara, que él iba donde estaba el pájaro grifo; el remador le dijo que lo pasaba con el compromiso de que le preguntara al pájaro donde se encontraban las llaves del castillo que tenía mucho tesoro.

Luis logró llegar al bosque donde se encontraba este pájaro; él no estaba allí; sólo se encontraba una anciana que cuidaba al dichoso pájaro. La anciana le dijo que se fuera, que allí vivía el pájaro grifo que tenía cabeza de pájaro y cuerpo de león, cubierto de vistosas plumas. Luis le respondió que había llegado con el fin de conseguir una de ellas y hacerle ciertas preguntas. Luis le dijo a la anciana que lo escondiera donde el pájaro no pudiera encontrarlo.

Ya era tarde cuando llegó el pájaro; sintió un olor a gente y le preguntó quién había estado allí; ésta le contestó que había ido un chico pero que se había marchado. Cuando el pájaro se durmió, la vieja avisó a Luis para que cogiera la pluma; el pájaro despertó cuando Luis cogió la pluma y dijo que alguien lo había tocado; la vieja le contestó que era ella la que lo había arropado y le dijo que le contestara las siguientes preguntas: dónde se encontraban las llaves del castillo y qué haría ese señor que remaba en ese río por encanto.

El pájaro grifo dijo que las llaves del castillo se encontraban enterradas junto a la puerta del castillo y que lo que debía hacer el remador era que cuando pasaba alguien, le entregase el remo; el muchacho oyó la respuesta y dio las gracias a la vieja y salió.

El remador preguntó a Luis qué le había dicho el pájaro grifo; Luis dijo que se lo diría después que le pasaba al otro lado. Cuando Luis estuvo al otro lado, le dijo que el pájaro le había dicho que cuando pasaba alguien por allí, le pusiera el remo en la mano. El señor lo llamó para que él cogiera el remo, pero éste no hizo caso.

Llegó al castillo y dijo: —Las llaves se encuentran enterradas jun-

to a la puerta del castillo.

Lograron abrir el castillo y llevó gran tesoro para la hija del rey. El rey, entusiasmado por lo que Luis había llevado, fue allá para ver si podía conseguir tesoro. El remador le puso el remo en la mano y quedó encantado para siempre en este río. La princesa se casó con Luis y disfrutaron de gran felicidad. Se acabó el cuento y se lo llevó el viento.

11.
EL AGUA DE LA VIDA

Éste era una vez que una humilde anciana vivía con sus tres hijos. Eran muy felices, hasta cuando cayó enferma la señora y ya se estaba muriendo, pues todos los curanderos del pueblo habían venido a curarla, pero ninguno le quitó el mal.

Uno de los hijos hizo venir a una vieja curandera, casi olvidada por el pueblo. Ésta, al llegar y ver a la señora, le dijo a sus hijos: —Esta señora le queda muy pocos días de vida y con lo único que se puede curar, es bebiendo el agua de la vida.

El mayor de los hijos de la señora dijo: —Yo seré el que iré a buscar ese remedio—. La vieja curandera le dijo que estaba bien, que ella le iba a decir dónde quedaba esa fuente del agua de la vida. Le dijo: —Tienes que cruzar muchas montañas, derribar muchos dragones y que si lo llaman, que no volviera para atrás, y que si se encontrara con alguno, que no le rechazara el hacer favores a alguno.

Así fue, y el día siguiente se fue el mayor que se llamaba Juan. Al llegar a una quebrada, una anciana estaba llorando y al ver a Juan, le dice: — Buen muchacho, ¿llevas prisa? Hacedme el favor de cruzarme a la otra orilla. Al verla Juan, le dijo: —¿Qué crees, vieja, que estoy hecho para cargarte? Y siguió su camino; la vieja, disgustada, lo maldijo.

Llegó la noche y Juan todavía seguía su camino. Ya ha cruzado la montaña de oro y la de plata. A la mañana siguiente, llegando al monte del dragón, oyó que lo llamaban. Éste, no queriendo obedecer los consejos de la vieja curandera, volvió a ver hacia atrás; en ese momento se convirtió en una piedra.

Pasaron dos días y no volvía Juan, y entonces Miguel dijo: —Yo voy a buscar esa agua—. Y al día siguiente partía, pero le sucedió lo mismo que a Juan. Pasó otros dos días más y Pedro, viendo que no venía Miguel ni Juan, decidió irse. La vieja curandera le dio los mismos consejos.

Al día siguiente, muy temprano, partió Pedro. Al llegar a la quebrada, vio la anciana llorando y le dijo: —Buen muchacho, ¿lleváis prisa? Hacedme el favor de cruzarme a la otra orilla—. Al ver este pedido, Pedro le dijo: —Llevo prisa, señora, pero le haré el favor de cruzarla al otro lado de la quebrada—. Así lo hizo.

Al llegar a la otra orilla, Pedro bajó a la señora y ésta le preguntó: —¿No te duele la espalda?—. El muchacho le dijo: —Sí, señora. Mire cómo está mi espalda toda cortada y derramando sangre. Fíjese cómo tengo la ropa. Pero no importa, ya le hice ese favor que me gusta habérselo hecho.

La señora lo llamó y le dio una piedra que ella le otorgara el favor. Pedro agradeció a la señora y se fue. Cruzó el monte de oro y el de plata y llegando al del dragón, sintió que le llamaban y acordándose de los consejos de la vieja curandera, no volvió su vista atrás.

Siguió su camino; al llegar al monte del dragón, se le apareció uno y venía el dragón encima y se acordó Pedro de la piedra y le pidió que cortara las siete cabezas del dragón y así sucedió. Pedro cruzó el monte y al llegar al otro lado, oía una bulla inmensa: era del agua de la vida, y éste le pidió a la piedra que le concediera el deseo de poder llegar hasta donde se encontraba el agua, y así fue. Al llegar al arroyo, se encontró con un águila, que le dijo: —Pedro; tomad esa jarra que está en un rincón, coged de esa agua y bebed. Llévate si quieres y al ir en tu camino, riega gotas de agua por donde pases y no vuelvas a mirar atrás hasta que hayas llegado a tu casa.

Y así lo hizo Pedro y por su camino regaba las gotas de agua. Faltaba una hora para que la mamá de Pedro muriera si no bebía del agua esa y cuando llegaba Pedro, le faltaba medio minuto. Al entrar a la casa, dice la vieja curandera: —Ya era tiempo, muchacho, le falta muy poco tiempo de vida a tu madre; busca un vaso y sal de aquí—. Pedro fue en busca del vaso y se lo dio a la vieja curandera. Ésta le dio el agua, pronunciando unas palabras raras y la anciana recuperó vida; estaba como nueva.

MARIO RIERA PINILLA

Luego le dice la vieja curandera a Pedro: —Asómate a la puerta y ya verás algo que Dios te compensará, dándote bienes y fortuna. Al mirar Pedro, vio una multitud de gente y entre ellos, Juan y Miguel, que él les había dado vida, regando gotas del agua de la vida. Después de un tiempo, Pedro se casó, siendo muy feliz, cumpliéndose las palabras de la vieja curandera.

12. EL NAVÍO

Éjte era un señor que tuvo trej hijo. Ejte señor era un hombre acomodao. Un rey de una siudad había dicho que el que hasía un navío que anduviera por agua y por tierra y por aire, se casaba con su princesa de'l rey.

Loj hijo de ejte señor pensaron en laj palabra que había votado el rey.

El hijo de ejte señor, el máj viejo, dijo: —Yo voy aser el navío y le pidió a su papá que le diera dinero pa él aser el navío y éjte le dio dinero, y el muchacho se jue a tumbar el palo que por sierto era muy espesial, pa ejta clase de trabajo. Ejte muchacho bujcó suj peone y compró todo lo que necesitaba para trabajar, que jueron: jierro de trabajo y alimentación. Ya ejtaban en ejte trabajo y salían a comer a laj dose del día; ya ejte palo ejtaba lo máj cayendo. Puej se jueron a onde taban jasiendo la comía y en eso que elloj yegan, también yega un agüelito y le pide agua y ejte muchacho le niega el agua al agüelo, y el agüelo le pidió comida y le dise: —Yo no tengo comida pa regalar, ni alcansa pa los piones. Conteja el agüelito: —Anda, que te irá muy bien.

Dejpué que había reposao la comida se jueron a trabajar, que ya eyoj creía que ya ejtaban acabando de tumbar el árbol. Cuando va, ejtá el palo intacto, como si no le habían jecho nada. Se pusieron jachar nuevamente y todaj laj jacha se'lej ejboquinaron y se puso bravo y dejó el palo. Cuando llegó éjte a la casabravo, dijo: —Yo no jago el navío, porque no pude tumbar el palo—. Dise el otro hijo maj nuevo: —Yo sí lo voy aser—. Y se alijtó y le pidió al papá y se acomodaron y se jue al día siguiente y comensaron a tumbar el palo. Cuando ya, a laj dose del día, ejtaba el palo ya cayendo, le dise el muchacho: —Noj vamo. Porque mientras comemo, eai el palo—. Cuando elloj yegan, también yega el agüelito y le dise: —Buen joven: regáleme un poco de agua que me

ejtoy secando de sede—. Dise el muchacho: —Yo tengo agua, porque no me alcanza pa loj peone—. Y le pidió comida; también se la negó. —¡Anda, muchacho!— dijo el agüelo y se jue. Y elloj quedaron ayí. Así que reposaron la comía, se jueron a cabar de tumbar el palo y le incuentran lo mijmo como lo habían comensao por la mañana. Se puso bravo. Dice: —Noj vamo, porque yo no voy a cabar de jacer naa—. Y se jueron pa la casa.

Al llegar a la casa, dise el hermano máj nuevo: —Yo sí voy aser el navío, si Dioj quiere. Ejte, dejde ante de comensar, se acordó primeramente de Dioj y se alijó. Le pidió a su papá que le diera dinero que él iba aser el navío, si Dioj quería, y se jue con su gente que había bujcao pa trabajar y yegaron a la dicha parte onde taba el palo. Ya cuando eran laj dose del día, ejtaba el palo cayendo y dise Alberto con su gente: —Noj vamo a comer, porque mientraj que comemo, se cae el palo—. Y así fue: cuando elloj ejtaban a medio comer, cayó el palo, pero cuando ejtoj yegaron a donde taban jasiendo la comía, yegó también el agüelito y le pidió agua, le contejtó Alberto: —Sí, como no; el agua no se niega a nadie porque el agua ej de Dioj, ej pa too el mundo. Y el agüelito le pidió comía y le contejta Alberto: —Sí, como no. Pero usté va comer junto conmi-go. Y comieron.

El muchacho le dise al agüelito: —Quédese aquí, que nojtroj noj vamo a trabajar— Y se pusieron a dejpencar . Ya cuando acabaron de dejpencar el palo, ya eran la cinco de la tarde y se jueron pa su casa.

El viejito le dise a Alberto: —Váyase pa su casa que yo le voy a jacer el navío—. Ejte Alberto se jue muy tranquilo pa su casa y vorvió el día siguiente, cuando lo ejtaba ejperando el viejito y le dise: —Aquíe ejtá tu navío. Tú ere el hombre que te vaj a casar con la hija del rey. Jaga la prueba con el navío pa que vea—. Y salió Alberto y jayó muy bien su navío. Le dijo el viejito a Alberto: —Lo único que te encargo, que recojas todo el que encuentre por tu camino y llévatelo.

Así lo jiso Alberto, y el primero que encuentra ej un jombre que taba amarrándose un riel de un pie, para coger un venau. Y le dice Alberto: —¡Véngase!—. Dise el otro: —Ejperate un momento que ahora mejmo lo cojo—. Y el venado ejtaba por la mitá del llano, y le dice Alberto: —¡Qué vaj a cojer ese venau!—. Y le dijo que se ejperara un momento, y arranca y se pasó al venau y regresa para trás y lo coje por loj cacho y lo trajo a donde taba,

Alberto y entonse lo sortó y montó en el navío y este hombre se llamaba Correrín, y se jueron anda y anda y camina y camina.

Máj alante se encuentra con un hombre y le dise Alberto al hombre: —¿Qué hase aquí?—. Le dise el hombre: —Voy a beber un poquito de agua—. Y se pone a tomar el agua. Cuando acordó Alberto, taban loj pejcao y sardina saltando en el arenero porque taba completamente seco el río y montó en el navío que lo ejtaba ejperando Alberto. Éjte se llamaba Beberín.

Salió el navío, anda y anda, hajta que se encontraron otro hombre que iba a comer un desayuno y tenía, pa comerse, siete fondo de comía. Alberto, cuando lo vio, le dijo: —Noj vamo, buen amigo—. Y ejte le dise: —Ejérese un momento que me voy a desayunar—. Así que se comió la comía, montó en el navío y se jueron. Ejte se llamaba Comerín.

Camina y camina, encontraron otro hombre que ejtaba con un arco y una flecha apuntando pa arriba y llegó Alberto y le dise: Amigo, ¿qué hase ayí?—. Dise el otro: —Voy a cojer un sancudo—. Dise Alberto: —Cójalo y noj vamo—. Dise el otro: —Sí, ejpérame un momento—. Así, cuando cayó la flecha que venía el sancudo en la punta, le dise el hombre: —La viste, Alberto—. Sí, vámonos—. Y ejte momento montó y salieron. Ejte se llamaba Flecharín.

Caminaron y caminaron bajtante, cuando se encontraron otro hombre que taba lijto pa cagar y le dise Alberto: —Apúrese que noj vamo. Donde taba ejte ombre, era una gran callejonada y dise: —No ha acabado de cagar—. Y montó y se jueron y yegaron a la dicha siudá. Ejte ombre se llamaba Cagarín.

Ejtoj llegaron a ejta suidá por agua y se anclaron y salió Alberto y jue a donde el rey y lo saludó, Dice: —Señor rey: yo ha hecho un navío; como yo oí disir cuando dijo que el que hasía un navío le daba su princesa para casarse. Contesta el rey que sí, pero primero tenía que haserle uno trabajoj, y el primer trabajo que le puso jue cojer un venado por carrera y Alberto le dise que sí pero se jue muy trijte para donde tenía su navío y yegó y le sale el amigo Correrín y le pregunta: —¿Qué le pasa mi amo? Contejta: —Qué me va pasar, que el rey me dijo que tengo que cojerle un venao por carrera—. Y contesta Correrín: —Eso ej connmigo. No tenga cuidao—. Al día siguiente se jue Correrín aser el trabajo y como Alberto era igualito a tooj ello, el rey no se dio de cuenta que no era el dicho Alberto, sino Correrín. Ejte se puso a marrarse un riel en la garganta del pie; así, cuando se amarró el riel, dijo que le sortaran el venao

y que lo iba a dejar cojer un poco de ventaja. Así que le cojió ventaja, arranca Correrín y se pasa y regresa pa trás y lo cogió y le dijo al rey que ya taba hecho su trabajo.

Se jué pa onde taba Alberto y dice: —Ya tá tu trabajo, Alberto.

Al día siguiente, se jue Alberto pa onde el rey y ejte le dio otro trabajo que tenía que secarle un río que pasaba por la siudá y éjte le dijo que sí, pero se jue muy trijte para onde tenía su navío porque él creía que el rey lo iba a matar. Y éjte yegó a ande taba su navío y le sale Beberín y le dise que qué le pasaba que venía tan triste. Y entonse le contejta Alberto: —¿Qué me va apasar? Que el rey tendrá que matarme porque el trabajo que me puso jue que le secara el río que pasa por la suidá—. Y dise Beberín: —Eso ej conmigo, no tengaj cuidao, Alberto. Al día siguiente, se jue Beberín y comensó a beberse el agua del río y lo secó todo y unoj pozo que habían en la suidá y terminó con el pozo brocal del rey y los secó y jueron toda la gente de la suidá a decirle qué había hecho, al rey. Dise que no había agua pa aser café, ni con qué aser la comía, ni los frijole, ni pa amasar, ni pa cosinar la cajne, y le dijo Beberín al rey: —Cumplí con mi trabajo.

Al día siguiente se jue Alberto a donde el rey y le dise; —Yo creo que ya puedo casarme con su hija, porque yo le'echo trej trabajo: en primer lugar, que se la gané con la hechura del navío que ni usté lo ha hecho a pesar que tiene plata—. Y dise el rey: —Tiene que haserme trej trabajo máj—. Y le dise Alberto que cuál ej el otro trabajo y dise el rey que el trabajo que va a serme es tirarme una paloma que hay en aquel cerro que no le veía nadie porque era una paloma de casa y muy lejo. Al día siguiente, pa no cansajle, se jue Tirarín y hiso el blanco dejde el balcón del palacio del rey. Todo ejto lo jacía el rey con todo el pueblo reunido y Tirarín hiso el blanco con su flecha y la misma flecha regresó con la paloma muerta en la punta de la flecha y ejta flecha regresó al mijmo lugar onde taba Tirarín. —Ya tá mi trabajo— dijo Tirarín y se jué pa su casa, pa su hojpedaje.

De seguida va Alberto onde el rey en la noche y le pregunta cuál ej el trabajo que va a jacer, y le dice el rey que el trabajo era comerse toa la comía que le iba a mandar a aser desde por la mañana, hajta la seij de la tarde; y mandaron a jacerle pero en gran cantidá y jué Comerín y comenzó a comer y terminó de comerse toas laj comía y le dise: —Señor rey, quiero máj comía,

que no me ha yena y estoy con jambre. Déme máj comía que eso no ej too mi comer y mi trabajo ejtá terminao—. Y se jué Comerín pa su hojpedaje.

Por la noche se jue Alberto y le dise al rey que cuál era el otro trabajo; ya Alberto yaba molejto y le dice el rey: —Tu trabajo ej yenarme ejta cayejonada de mierda—. Y se jue Alberto triste pa su casa, y le sale Cagarín y le dise: —¿Qué te pasa, Alberto, que vienej triste? Qué me va a pasar —contejta Alberto— que el rey siempre me ganará y me matará porque ahora quiere que le llene una callejonada de mierda. Cuándo voy yo a llenar eso; ni en mil años lo llenaré—. Le dise Cagarín: —No tengas cuidado que yo voy a aser ese trabajo y Cagarín se jue a donde el rey y le dise que cuál ej la callejonada y dice el rey que la ve él ayi y comenzó Cagarín a cagar hajta que el mijmo rey le pidió por Dioj que no cagara máj, porque la mijma casa del rey taba hundiéndose en la mierda y así lo paró, y dice Cagarín: —Ejte no ej too mi cagar, porque toavía ha quedado con muchaj gana —.

Así que le dijo al rey: —Ya terminé mi trabajo y ejte se jue pa su hojpedaje.

Pero ya el rey no podía con Alberto; tooj loj trabajo que le puso se loj hizo tooj.

Pero ya Alberto se havía vijto con la princesa, la segunda ves y se habían gujtado ambos y cuando ejte ya había terminado, el rey no le dio ninguna seguridad de matrimonio con su hija y él había quedado con la princesa que ella se iba con él, quisiera o no quisiera su papá. Y ejte la jue a bujcar tarde la noche y se la robó porque la niña le vía dicho que se juera porque el papá lo iba a matar. Lo que'j que él se la robó y se jueron. El rey, cuando la niña no vía amanesido ayí, puso sus barcos a alcansarla y no pudieron alcansarlo. Ejtoj yegaron a otra suidá y se casó Alberto con la niña y jueron muy felise y ejtoj cinco hombre no eran tales hombre de ejte mundo: eran alma de otra vida. Y un día le dise Alberto: —Nojotro noj vamo. Ya ujté no pasa máj trabajo. Ujté vive muy felís. Alberto: tú seas siempre bueno con loj pobre; dale la limojna quien te la pida y adiój que noj vamo. Vuévano la ejpalda.

Y cuando Alberto loj bujcó de nuevo, no había nadie, y se acabó el cuento y se lo yevó el viento.

13. NO, MARÍA

Éste era un viejo pescador que vivía con su esposa en un pequeño pueblo, con la única hijita que tenía. Éste sostenía la pequeña familia con los cuantos peces que cojía en la noche; a su hija le gustaba mucho la iglesia y siempre jugaba con pequeñas crucesitas alrededor de una piedra.

Un día, fue el pobre pescador a pescar más temprano que de costumbre; del mar salió un hombre en un caballo blanco y le dice: —Buen hombre, ¿has pescado?—. Le contesta: —¡No! El cabalgante le dice: —Qué prefieres: ¿una canoa de plata o una canoa de pescado? El pescador contesta que él desearía una canoa de pescado. El cabalgante dice de nuevo: —Yo te la doy si me das lo primero que sale a tu encuentro—. Pero el pescador tenía una perra que siempre salía a su encuentro y le contestó que sí. El cabalgante le entregó la canoa de pescado, la tomó el pescador y salió rumbo a su casa y lo primero que salió a su encuentro fue su única y querida hija.

Él buscó la compañía de sus vecinos y llevó los pescados; vendió, regaló a sus compañeros y le quedaron para su sustento para unos días.

Pasa días y ven días, el pescador se encontraba disfrutando de una sana felicidad, hasta que llegó el plazo vencido del compromiso. Faltando unos ocho días para entregar la niña, cuando empezó a entristecerse; no comía, ni dormía, ni veía por el inmenso dolor de dar su pobre hija. Pero una noche le preguntó la mujer y el pescador, llorando, le contó dicha historia; entonces, la valerosa mujer le dijo que eso no importaba, que la diera, que ella podía tener más de una.

El tercer día, la iba a entregar, pero la niña había escuchado todo lo que su padre le contó a su mamá; la pobrecita niña los últimos días los pasó dentro de una pequeña capilla del pueblecito. Llegó el último día para entregarla, la niña

pasó todo el día jugando con sus crucesitas, hasta la tarde, cuando el pescador tomó su hija y salió para el mar a entregar la promesa. La dejó sentada en una piedra, pero la niña se había llevado las crucesitas y al verse sola, empezó a jugar sentada en la piedra; empezó a poner las crucesitas alrededor de la piedra; muy humilde, se puso a cantar cantos religiosos cuando sintió un vendaval que arrasaba con todo lo que iba encontrando y llegó el hombre cabalgando el caballo blanco y le decía a la pobre niña: —Niña, suba a mi caballo—. Y ésta le decía que no. Él le dijo: —Deme la mano para que se venga conmigo—. Ella le contestó: —Si quiere que me vaya con usted, sáqueme de aquí.

El caballero al ver que no podía llevarse la niña, dio un salto con relámpagos de fuego y se tiró al mar. La pobrecita estaba con miedo y al verse sola, se puso a llorar. Al largo tiempo, oía una dulce voz que le decía: —María, ven conmigo; no llores; ten valor, ten valor. Ella le contestaba: —Si quiere que me vaya con usted, venga a sacarme de aquí—. La tierna voz le contestó: —Espera, niña—. Cuando en eso ve un pequeño bote que se acerca y le dice una linda mujer: —Ven, criatura de alma pura y valerosa. La niña, con alegría se fue con la señora al buquecito; salió mar adentro y la niña no supo más del mar, hasta cuando llegó a una linda y hermosa vivienda en los cielos.

La pobrecita fue criada hasta los quince años cuando un día la señora le dice: —María, toma todas estas llaves y abre todas las puertas pero menos la del cuarto prohibido. La joven empezó a abrir puertas y más puertas, pero la que le había dicho, María no se atrevía a abrirla. Pasan días y ven días y pasan días, hasta que un día la jovencita abrió la puerta; salieron muchas llamas de candela para encima y muy asustada cerró la puerta, se quedó callada. Por el temor de que supieran, se escondía. Un día, María le preguntó: —María, ¿tú abriste la puerta del cuarto prohibido?—. Contestó: No, María—. Nuevamente le preguntó y contestó lo mismo. A la tercera vez le dijo: María, dime la verdad; si tú abriste la puerta del cuarto prohibido, te quedas conmigo, pero si no me dices, te llevo para la tierra en donde te encontré y nuevamente le contestó: No, María.

Entonces la Virgen se disgustó y la trajo a la tierra y la dejó en una espesa montaña, donde habían tigres, culebras, arañas, lagartos. Pero estos animales se atemorizaron al ver tan linda belleza de la tierra con una cabellera negra, larga, que le arrastraba por la tierra. María se alimentaba de fruta de los árbo-

les, de hojas verdes; estuvo un tiempo encerrada en la espesa montaña, hasta que dio con la salida y empezó a caminar y sólo se cubría el cuerpo con su cabellera.

Cansada de caminar, con hambre se quedó en un pequeño llano, comiendo frutas de un árbol. Cuando estaba cogiendo una fruta que no podía alcanzar, la sorprendió un joven muy rico de la ciudad, nieto único del rey, que quedaba cazando por ese lado y le dice: —¿Qué haces por aquí, bella doncella?—. Ella no le contestó, mientras él cogía muchas frutas para que comiera. Ya cuando se iba, le dijo: —Vamos conmigo para nuestra casa—. La subió a su caballo. Estando en la casa, le dijo a su abuelo que se quería casar con esa mujer tan linda; se arreglaron para una boda privada. Al tiempo de casados, concibió la mujer un hijo; cuando iba a dar a luz, le buscaron una mujer para que la cuidara.

En esos momentos, cuando María iba a tener la criatura, la portera le dio más ganas de fumar y se fue a fumar afuera. Cuando llegó la Virgen y la atendió y le preguntó: —María, ¿tú abriste la puerta del cuarto prohibido?—. Y le contestó: —No, María, yo no la he abierto—. María, por favor, ¿tú no quieres a tu hijo?—. Le dijo que sí; nuevamente le preguntó: ¿Tú abriste la puerta del cuarto prohibido?—. Le contestó que no.

Yo me voy a llevar a tu hijo y se fue la Virgen con el niño. Cuando llegó la portera, le preguntó. —¿Dónde está el niño, señora?—. María le dijo que ella no había tenido nada. La portera se fue a decirle al rey que la mujer no había tenido ningún hijo. El rey no dijo más nada. Al tiempo, se salió embarazada de nuevo; al tiempo de criar, le buscaron dos mujeres para que la atendieran. En esos difíciles momentos, a una le dio ganas de fumar y la otra se fue a calentar una'gua, para lavar bien a la criatura. Cuando llegó la Virgen y la atendió y le trajo el otro niño, le preguntó de nuevo: —María, ¿tú abriste la puerta del cuarto prohibido?—. Y le contestó María: —No, María—. La Virgen le dijo: —Si me dices la verdad te dejo los dos niños— Y le preguntó por última vez y se llevó los dos niños. Cuando llegaron las mujeres y le preguntaron dónde estaba el niño, ella le dijo que no había tenido nada. Las mujeres fueron a decirle al rey. El rey, bravo, empezó a insultar al nieto con la loba, la lagarta, esa perra, una yegua, leona, serpiente que se comía los niños. Cuando pasó la furia al viejo rey, dijo: —Cuando traen el otro, le voy a poner tres parteras y si

no nos da ni un nieto, te la voy a quemar. ¿Oistes, animal? El joven, muy triste, contestó que sí; lloraba desconsoladamente porque él quería mucho a esa mujer.

Al tiempo, de nuevo se salió embarazada; cuando se le acercó la hora difícil, vinieron las tres mujeres: a una le dio ganas de fumar; otra se fue al servicio y la otra se fue a cocinar. Cuando llegó la Virgen, atendió a María y le trajo los dos niños: —Te dejo los dos niños, si me dices la verdad—. Le pregunta otra vez y le contestó María que no. La Virgen se llevó el otro niño y cuando llegaron las parteras, le preguntaron dónde estaba el niño. Ella le contesta que ella no había tenido nada, se lo fueron a decir al rey. El abuelo se puso bravo y dijo a sus criados: —Carguen toda la leña que puedan para la plaza para quemar a esa fiera.

Pasa días y ven días, hasta que llegó el plazo de cuidar a una mujer recién parida, cuando el nieto del rey, llorando, le dijo: —Cuando vas a quemar a mi esposa quémala en mi silla de oro que yo me voy a morir a la montaña—. Y se fue. Al día siguiente estaba la plaza llena de gente para ver la quema de la loba. Llevaron a María a la plaza y la rodearon de leña y la prendieron. Entonces llegó la Virgen llevando los tres niños donde estaba María y le pregunta: —María ¿tú abriste el cuarto prohibido? Y le dijo: —No, María—. La Virgen le dijo: —Mira, María, que te vas a quemar con tus hijos. Dime la verdad. ¿No te duele que se quemen tus tres hijitos? Mira qué lindos están tus hijitos, y me dices te saca de aquí y vivirás feliz con tus hijos y tu esposo. Mientras la Virgen estaba allí, las llamas no los quemaban y María se quedó pensando largo rato. Entonces le dijo: —¡Sí, María! ¡Sí, María! Yo abrí el cuarto prohibido! Al instante se apagó la barrera de llamas y aparecieron los tres niños y el rey, al ver sus nietos, salió corriendo, dando tumbos; se caía y se rompía la cabeza para llegar pronto hasta donde estaba la mujer y dio orden que fueran a buscar a su nieto. Cuando llegaron los criados a donde el joven, estaba con su puñal para matarse y le gritaron: —¡No, no se mate patrón que su mujer y sus hijos están vivos! Salió el joven corriendo en su caballo hasta su casa, desesperado de alegría por su esposa y sus hijos. Quedó viviendo feliz nuevamente y después le contó su esposa cómo fue el pasado de su vida.

14.
EL PRÍNCIPE LAGARTO

Éste era una vez un señor que tenía tres hijos. Él era un gran comerciante y hacía grandes viajes y su hija más pequeña le dijo que le trajera una mata de ruda en el próximo viaje que hiciera.

Él aceptó, pero cuando regresaba se dio cuenta de que se le había olvidado la mata de la pequeña. Él pronunció una exclamación al darse cuenta, y un lagarto lo oyó y le dijo que le daba la mata si le entregaba lo primero que le salía al encuentro, y él, como siempre le salía al encuentro era una perrita, aceptó el trato con el lagarto. El lagarto se la llevó al fondo del mar y desapareció.

Pero la niña sentía que todas las noches dormía una persona con ella. Al tiempo, el lagarto le dijo que fuera a ver a su familia. Ella se fue.

Una mujer le dijo que cogiera una vela y que le alumbrara el ombligo a la persona que dormía con ella. Al regresar ella al encanto, así lo hizo; pero cuando ella lo estaba mirando, vio que en el ombligo habían mujeres lavando, habían mujeres aplanchando, otras tejiendo y una que estaba cosiendo se le cayó un dedal y no lo encontraba. Entonces ella que lo estaba viendo, gritó: —¡Véalo; allí está!—. Y al oír esto, el príncipe se despertó y le dijo que lo volvería a ver cuando rompiera cuatro pares de zapato de hierro. Ella aceptó, se compró un par de zapatos de hierro y comenzó a buscarlo por todas partes y anduvo mucho para encontrarlo; pero todo fue inútil. Ella fue donde el sol y él le dijo que no había visto a ningún príncipe lagarto. Mandó todos sus súbditos, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, no lo pudieron localizar.

La niña siguió su camino y fue donde la luna y ésta también mandó sus emisarios por toda la faz de la tierra; tardaron mucho tiempo en regresar, pero cuando regresaron, dijeron que no habían encontrado a ningún príncipe lagarto. La niña siguió su peregrinaje por toda la faz de la tierra. Fue donde el rey de

las águilas para que la ayudara y mandó todos sus súbditos, pero regresaron con la noticia que no lo habían encontrado por ninguna parte de la tierra. Por fin, ya la niña con la esperanza perdida de encontrarlo, entonces se dirigió al reino de los gallinazos. El rey de los gallinazos le prestó cooperación; todos sus servidores recorrieron la faz de la tierra; regresaron con la noticia de que no lo habían visto, pero faltaba “El Cojo”, un gallinazo que siempre andaba solo. Al fin regresó diciendo que el príncipe lagarto se iba a casar y que él venía de un palacio encantado. La niña le dijo que la llevara allá. Él aceptó, pero le dijo que se llevara cinco libras de carne para que se las diera en el viaje; ella aceptó y el gallinazo la llevó onde el príncipe y entonces ella le dijo que quería hablar con el príncipe y la prometida del príncipe le dijo que sí, pero cuando el príncipe tomaba su chocolate, se lo narcotizó para que el príncipe no oyera nada de lo que la muchacha le dijera cuando hablaban todas las tardes.

Pero un amigo del príncipe le dijo que una muchacha le decía que ella era su antigua prometida y entonces esa tarde el príncipe no tomó el chocolate que la prometida le dio. Entonces, él pudo oír todo lo que la muchacha le decía: oyó que le decía que ella era su antigua prometida y que había rotpido cinco pares de zapato de jierro y que había cumplido lo que él le había mandado. El príncipe retiró su boda con la otra princesa y se casó con la niña y fueron muy felices.

15.
EL PESCADOR

Una vez estaba un señor pescando en un río; había pasado el santo día pescando sin poder coger un solo pez.

Cansado ya de esta faena, pensó retirarse hacia su casa y de repente apareció un anciano y le dijo: —Si me das lo primero que salga a encontrarte, te llenaré la red de peces. El pescador pensó un momento y se acordó de que lo primero que le salía a encontrar era una perrita y aceptó la proposición. Tiró la red y al momento la sacó llena de pescados. Marchó hacia su casa y lo primero que salió en su encuentro fue una niña de nombre Juana. Él se llenó de tristeza y dijo a su esposa lo que sucedía; se resignaron a entregar a la niña y después de entregarla se fueron para su casa.

Estando la niña en la superficie del río, entró a un castillo bonito y allí se encontró la compañía de un hombre apodado Aidemí. Una noche llegó al castillo un cuerpo arrastrándose y se acostó en la cama de Juana y decía: — ¡Aidemí!—. Una voz respondía: — ¡Señor!—. La voz preguntó: — ¿La bañaste?—. Sí, señor—. ¿La empolvaste?—. Sí, señor—. ¿La vestistes?—. Sí, señor—.

Pasada una noche, le dijo: —Aidemí, llevála a sus padres—, y al atardecer regístrala bien y que no traiga nada—.

Aidemí respondió: —Sí, señor.

Al día siguiente, marchó hacia su casa, Juana, y estando allá, su abuela que era bruja, aprovechó la oportunidad para estudiarla y decirle lo siguiente: —Juana, junto a ti duerme alguien. Coge estos fósforos y esta vela; guárdala bien sin que nadie te la vea y la prendes cuando oyes sonar algo.

Así lo hizo Juana y cuando la prendió se dio cuenta que junto a ella dormía un bello príncipe. Sin darse cuenta, se le cayó un pelotita de cerita y se disgustó.

tó y dijo: —¡Aidemí!, lárgala de aquí y dile que cuando logre encontrar el castillo del príncipe en la bahía roja, podré aceptarla como criada y tener a su padre lleno de pescado siempre. —Al día siguiente, Juana tomó de la mano su morral y siguió hacia la casa de un rey.

Estando en la casa de este rey, se cambió el nombre y se puso Juan; la mujer del rey se enamoró de Juan y no lo acepta porque era mujer también alegando que era mujer y entonces la mujer del rey lo indispuso ante su marido diciendo que la trataba de enamorar. El rey ordenó su muerte, pero éste se escapa y continúa viaje. Entonces se encuentra con un anciano y la pregunta en dónde podía encontrar el príncipe del lago rojo; el anciano le contesta: —Seguid, y en la primera casa que encuentre, comprad ocho huevos y reventad seis de ellos y los otros dos reventadlos en el río y decid: “Príncipe azul del lago rojo, salid que quiero verte—. Así lo hizo y le salió un pájaro rojo, que le dijo: —Esperad que pase un pájaro verde y no lo enseñéis que así encontrarás a tu príncipe azul en un bello castillo—.

Así lo hizo y pudo volar junto con Aidemí, que era el Príncipe Azul.

16.
EL PRÍNCIPE SERPIENTE

Había una vez un rey y una reina que querían tener un hijo. Pasaron los años, hasta que al fin tuvieron uno; pero era serpiente lo que había tenido. Creció que ya no podía estar en el palacio y le hicieron una galería bien larga donde él vivía.

Un día la serpiente dijo que quería casarse, pero nadie se quería casar con ese monstruo, y si no se casaba, acabaría con la ciudad. Una de las muchachas se casó con él y al día siguiente amaneció muerta. Y así siguió todos los días matando una, hasta que quedó una que era la más linda y la más pobre.

La abuelita le aconsejó diciéndole que llevara una yesca, fósforo y eslabón, y que cuando estuviera dormida la serpiente, prendiera la yesca. Así lo hizo la muchacha y lo que vio a su lado fue un príncipe, muy tímido, acostado.

De la nerviosidad se le cayó la yesca encima del príncipe y éste despertó vuelto serpiente. Él le dijo que ella había sido su salvadora y que para que él se convirtiera en príncipe, tenía que prender la serpiente.

La muchacha lo hizo y en pocas horas de la noche empezó el incendio que no se podía apagar y casi medio pueblo se quemó.

La serpiente se volvió un príncipe muy bonito, y quedó con la muchacha pobre y fueron muy felices.

17.
EL REY PAJARINO AMOR

Había una vez en una ciudad donde una serpiente se llevaba todos los días una muchacha. Pasó el tiempo y ya sólo había una niña en la ciudad, que era huérfana de madre y tenía que desaparecer ese día. Pero ella se encomendó al alma de su mamá y al irse hacia el llano donde llegaba la serpiente, que era lo que acababa con las niñas de la ciudad, oyó esta voz: —Hija, no tengas miedo, esa serpiente es un príncipe encantado; ponte siete enaguas. Y cuando la serpiente se metió entre las piernas, ella botaba una enagua y la serpiente votaba un cascabel; a las siete veces la serpiente quedó convertida en un príncipe: Y le dijo a la niña: —Eres tú la única que me ha sacado del encanto y te pido que no digas este secreto; si lo dices no me volverás a ver.

Al día siguiente, la niña amaneció en el llano, y la gente estaba emocionada al ver que la serpiente no se había llevado a la niña y le preguntaban, pero ella no quería decir. Pero la mamá de la serpiente o mejor dicho la mamá del príncipe encantado le rogó tanto a la niña, que se vio obligada a decirle el secreto. La madre de la serpiente le quitó a la niña los siete cascabels y los echó a la candela.

Al rato apareció el príncipe encantado donde la niña, y le dijo: —Anda, ingrata. Lo primero que te dije fue que no dijeras el secreto y fuiste lo primero que hiciste. Tres pares de zapato de hierro tendrás que romper para volverme a ver y se desapareció.

La niña se puso a llorar y compró los tres pares de zapatos de hierro y se fue, caminando y caminando, hasta que al fin llegó a la casa del viento y la niña se encontró con la mamá del viento y le preguntó: —Señora, su hijo que sopla partes no me dará cuenta del rey Pajarino Amor?—. Ella le dijo:

—Escóndase aquí y cuando él llegue, le preguntaré—. Llegó el viento y dijo: —¡Fo! ¡Fo! Me hiede a carne humana; si me la dan me la como—. La señora le dijo: —No, hijo. Aquí hay es una niña que quiere saber que si tú le darás cuenta del rey Pajarino Amor—. Él le contestó: —Yo no se nada de él—.

La niña se puso otro zapato de hierro para seguir su camino y la señora le regaló una totuma de oro. Se fue la niña y después de andar mucho, llegó donde la mamá del sol y le hizo la misma pregunta que le hizo a la mamá del viento, y ella le contestó lo mismo, que se escondiera detrás de la puerta, que ella le preguntaba cuando el sol llegaba. Llegó el sol y dijo lo mismo que el viento, y la mamá del sol le contó al hijo que había una niña que quería saber que si él que lo alumbraba todo, no le daba cuenta del rey Pajarino Amor. Él le contestó: —No, no lo conozco—. Y la niña se puso el último par de zapato de oro, y la mamá del sol le regaló una peinilla de oro.

La niña se fue y después de caminar mucho, llegó donde un señor, que éste cuidaba todas las aves del mundo y ella le preguntó que si él no sabía dónde estaba el rey Pajarino Amor. Él le dijo: —Espere un momento—. Y empezó a llamar con pito todas las aves y fueron llegando. Sólo faltaba un cacicón que era el más grande de las aves; al fin llegó y le preguntó el señor que si no le daba cuenta del rey Pajarino Amor, y dijo: —Casualmente, que de sus bodas vengo—. El hombre le dijo que esa niña quería que la llevara allá. El cacicón le dijo que bueno, que montara sobre su pescuezo y ella montó y antes de irse, el buen hombre le regaló un par de patos de oro.

Se fueron y llegaron a la ciudad donde se encontraba el Rey Pajarino Amor. Ella, al día siguiente se fue a bañar y se puso a peinarse con la peinilla de oro, y la empleada del rey Pajarino Amor, le dijo a su esposa: —Señora, usted es rica, pero nunca ha tenido peinilla de oro, como la que vi a una niña bañándose—. La reina le dijo que fuera donde la niña y le dijera que en cuánto le vendía la peinilla de oro. La empleada fue, y la niña le dijo que por ninguna plata, que sólo se la daba si la dejaba conversar unos minutos con el rey Pajarino Amor. La reina le contestó que sí.

Pero antes de llegar la niña, la reina le dio al rey una taza de café y ella le había echado opio para que se durmiera cuando la niña llegaba. El rey se la tomó y enseguida se durmió en su cama. Al lado del rey se encontraba un enfermo. La niña llegó al cuarto donde estaba el rey y le dijo: —Me dijiste que

zapatos de hierro tenía que romper; ya los rompí—. Pero el rey no le contestaba nada porque estaba adormecido, y la niña tuvo que salir.

Al día siguiente, la niña hizo lo mismo; se fue a bañar y llevó la totuma de oro. Le pasó lo mismo; la empleada del rey la vio y le dijo lo mismo a la señora del rey y ella le mandó a decir las mismas razones que la vez anterior y la niña le contestó lo mismo de antes, y la reina le contestó que sí.

La reina hizo lo mismo: volvió a darle café que contenía opio y volvió a dormirse y la niña tuvo que salir del cuarto. El rey, cuando despertó el enfermo que estaba al lado de él, le contó que al día siguiente no tomara el café que le daba la reina porque ella le echaba una sustancia que lo adormecía y que él no se daba cuenta que aquí, a ese cuarto venía una niña que le decía: ¡Ay, Rey Pajarino Amor! Me dijiste que zapatos de hierro tenía que romper para volverte a ver; ya los rompí y aquí estoy, y ella lo besa a usted y usted no se da cuenta.

Al día siguiente, sólo le faltaba a la niña llevar al río el par de patitos de oro; ella se fue para el río a bañarse y llegó otra vez la empleada del rey y le vio el par de patitos de oro. La empleada le dijo a la señora del rey Pajarino Amor lo mismo, que ella era muy rica pero que no tenía patitos de oro. Volvió la reina a mandar a la empleada donde la niña a que le vendiera los patitos de oro. La niña le mandó a decir que no se los vendía por ninguna plata, que sólo se los dejaba si la dejaba conversar con el rey Pajarino Amor. La reina le contestó que sí; volvió la reina a darle una taza de café, pero él, como ya estaba advertido del enfermo, votó la taza de café, escondido de su esposa, y se fue para su cuarto. Llegó la niña y le dijo lo mismo y la reina fue a ver y los vio besándose y de rabia se mató y la niña se casó con el rey Pajarino Amor.

18.
LA RANA ENCANTADA

Éste era un rey que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y José. Un día le dice José a su padre: —Papá, me voy a rodar tierras—. Dice el rey: —Bueno, vayas—. Pedro y Pablo se casaron con unas muchachas muy bonitas, vivían cerca uno del otro. Pero José tuvo la mala suerte de encontrarse por el camino con una casa muy bonita donde vivía una señora con sus dos hijas, una rana y una muchacha muy bonita.

Éste le pidió posada por unos días; a él le gustaba la muchacha. Pero quedó tan admirado de ver cómo la rana preparaba la comida y cómo tenía la casa que era un palacio. Éste, de la misma emoción le dijo a la señora que le vendiera la rana, que él no tenía quién le hiciera las cosas. Ésta le contestó que ella la daba para casarse, pero que no la vendía. José aceptó casarse con la rana.

Le daba pena llegar donde sus hermanos a su esposa que era una rana; él se sentía avergonzado, pero ya no podía hacer nada. Llegó donde sus hermanos y las esposas de éstos, le presentó a su esposa y quedaron emocionados al ver que su hermano se había casado con una rana.

Un día le dice el rey a sus tres hijos que les iba a dar unas tiras para que le hicieran unas camisas: la rana se disgustó y quemó todas las tiras. Se llegó el día de la presentación. José, pensando qué iba a hacer se echó a llorar, porque su padre le había dicho que el que hacía una mala presentación lo mataba. La rana tenía una perra que le llamaba Catalina; la llamó y le dijo: —Catalina, anda donde mi mamá y le dices que en el plan del baúl hay un dedal, que me lo mande—. Regresó Catalina con el dedal; la rana de sol dio a José, éste se fue donde su padre. Ya los otros hermanos tenían sus camisas en representación; llegó José y le entregó el dedal a su padre; éste lo iba a matar al ver que su hijo

no le entregaba la camisa; el rey abrió el dedal y de éste salió una camisa que fue la más linda.

Por segunda vez le dice el rey a sus hijos: —Voy a darles un perro para que me lo traigan bien gordo; el que no lo cumpla lo mataré. La rana se enojó y mató al perro, mientras las otras mujeres estaban comprando carnes en el mercado para darle a sus perros. Se llegó el día de la presentación; José, pensando cómo iba a llegar a donde su padre, se echó a llorar. La rana, muy de mañana, llamó a Catalina y le dijo: —Anda donde mi mamá y dile que me mande un cofrecito que hay en el plan de mi baúl. Fue Catalina y se lo trajo, la rana se lo dio a su esposo que ya estaba pensando cómo iba a aparecer frente al padre sin el perro. Apareció José donde el rey sin el perro, éste le entregó el cofrecito y cuál no sería su sorpresa, al ver que de éste salía un perro muy bonito y le echó perfume al rey. Fue el perro más lindo de la presentación.

Al siguiente día les dice el rey: —Voy a hacer una fiesta para ver cuál de las esposas de mis hijos es la más bonita— y les dijo: —la que sea la más fea, la mataré—. Ahora sí, decía José, me va a matar mi padre, pues mi mujer es una rana—. Se echó a llorar en la cama. Ya las otras mujeres estaban preparadas con sus esposos para ir a la representación. José estaba dormido; la rana llamó a Catalina y le dijo que cuando se levantara a las doce, que fuera donde su madre y que le dijera que le mandara una vela, el traje más bonito, un vaso con agua. Cuando vienes me llamas y me tocas este almohadón.

José estaba dormido; la perra llegó, hizo como todo lo que le había indicado la rana. Ésta se tomó un vaso de agua, encendió la vela y le hizo una cruz a José. Cuando éste despertó, cuál no sería la sorpresa de él, al ver una linda mujer vestida al lado suyo para ir a la presentación.

Se fueron en el carro hacia donde el rey. La gente ya tenía una impresión de que la esposa de José era una rana. Todos quedaron admirados de ver la mujer de José que era la más linda y la que lucía mejor. Se sentaron a comer; la rana se echaba la comida en el seno; las otras la vieron e hicieron lo mismo. A medida que la rana iba bailando, caían rosas perfumadas; en cambio las otras regaban gran cantidad de huesos y se formó una pelea de perros.

Al fin la rana fue la que lució mejor, y allá estará viviendo con José, feliz y encantada de la vida.

19.
LA RANITA ENCANTADA

Éste era un rey de los tiempos de antes que tenía tres hijos; cuando los jóvenes llegaron a poder casarse, el rey les entregó una flecha a cada uno: al primero le dio una de oro; entonces al segundo le dio una de cobre y al último una de madera pa que la tiraran y donde callera la flecha, con la mujer que viviera allí se juntaba. Entonces el primero tiró su flecha y fue a caer en la casa de un rico hacendado que tenía una hija muy bonita: tiró el segundo y la flecha fue a caer en la casa de un rico labrador que tenía una hija muy hermosa; entonces tiró el tercero su flecha y fue a caer en una laguna donde vivía una ranita.

Al papá no le gustó que su hijo tuviera que casarse con una rana, pero como palabra es palabra, no tuvo más que aceptarla como nuera; entonces los casaron y el príncipe se fijó que la ranita tenía los ojos verdes y muy bonitos, y se le hizo raro que una rana tuviera los ojos tan bonitos, pero no dijo nada.

Al poco tiempo se le vino encima un problema al rey y era que se sentía enfermo y quería darle el mando a uno de sus tres hijos, pero tenía que escoger uno entre los tres, y como él los quería a todos, no sabía cuál escoger. Entonces el rey les puso una obligación y era que sus mujeres hicieran un pastel y el que fuera más bonito y más sabroso iba camino al trono. Entonces el menor de los príncipes se puso muy triste ya que él decía que una rana no podía hacer un pastel.

Así llegó a su casa muy triste y le contó a la ranita lo mandado por su padre. Entonces la ranita le dijo que —no se molestara, que ella haría el pastel y que estaba más que segura de que ganarían.

Entonces encerraron a las tres mujeres en su cuarto y le dieron todo lo que era menester para hacer un pastel. Entonces, cuando la ranita se vio sola,

se quitó su capa y se transformó en una hermosísima princesa de unos ojos verdes lindísimos y entonces comenzó a hacer el pastel que iba a llevarla al trono.

Entonces por la tarde todas presentaron su pastel y los jueces dijeron que el más bonito era el de la ranita, que tenía ganada la primera prueba. Entonces, como segunda y última prueba les pusieron que fueran a una fiesta y cual de las tres fuera más bonita, esa ganaba. Entonces sí que el príncipe se puso de verdad triste porque él decía que cómo iba a ganar la ranita. Entonces la ranita le dijo que no se molestara, que se fuera él para el baile y que la esperara allá y que cuando ella entrara al baile, él la reconocería por los ojos. Entonces el príncipe se fue adelante, y cuando todo el mundo estaba en la fiesta, llegaron las esposas de los príncipes mayores, y no se podía decir cuál era más bonita.

Entonces el príncipe menor pensaba que si su esposa tan siquiera fuera una mujer en vez de rana. Pero de repente se vio cuando llegó un carruaje y de él se apeó una mujer tan bonita como jamás se había visto. El muchacho se acercó a curiosear a la bella desconocida y cuál no sería su sorpresa al ver que la mujer tenía unos ojos igualitos a los de la ranita, y entonces comprendió que era su esposa.

El rey y los jueces estuvieron de acuerdo de que el que se merecía el trono era el príncipe menor y su esposa.

20.
LA MADRASTRA ENVIDIOSA

Éste era un rey que tenía como única heredera de su trono a una linda princesa, que perdió su madre cuando sólo contaba quince años.

El rey, celoso de que los jóvenes, al ver la hermosura de su hija, se la enamoraran, mandó encerrarla bajo siete llaves y ni en la muerte de su madre quiso sacarla.

Su padre quiso casarse nuevamente, pero temía al escoger una madrastra para su hija; sabía bien que éstas siempre tratan mal a sus hijastras. Decidióse siempre y eligió nueva compañera, que fue a la que sirvió un anillo que el rey mandó a medir a todas las damas de su aristocracia.

Nos dice el cuento que poseía su majestad un espejo, un caballo y un árbol de manzanas, que eran recuerdos de su primera esposa. Cierta día salió el rey fuera de la ciudad y a su regreso encontró el espejo quebrado. Con honda tristeza preguntó a su mujer que cómo había sido eso, respondiéndole ésta que quién más iba a ser sino su querida hija. El rey creyó lo que su madrastra compañera le dijo.

Salió nuevamente su señoría y al volver halló el caballo muerto en su pesebrera; adelantóse su mujer para mentirle nuevamente que su hija lo había mandado a matar. Al regreso de su tercera salida, encontró el árbol de manzanas derribado y por tercera vez la reina le mintió diciendo que su hija había mandado que lo derribaran. Esto no fue más que obra de la madrastra, sintiendo envidia al ver que su esposo seguía adorando las reliquias de la difunta reina.

Una tarde, el rey le dijo a su hija: —Hija mía, dile a tus doncellas que te vistan con tus mejores ropas y prendas, que irás en mi compañía a recorrer la ciudad—. Extrañóle esto a la joven, pero obedeció.

Después de haber paseado por todas las calles; desvióse el padre por un sendero que se metía en la montaña y llegando a una sima, le cortó las manos y le sacó los ojos y los echó en una fosa. La desdichada joven le echó una maldición al padre y fue ésta: —Quiera Dios que al montar tu caballo te claves una espina en el pie y que no te sea sacada hasta que yo no tenga manos y ojos—. Y así fue que, al montar, clavóse el rey tamaña espina en el pie que lo hizo tomar cama tan pronto llegó a su palacio.

Dije que por allí por donde taba la niña, pasó un hermoso joven y al oír los ayes que la niña daba, corrió para allá. Al mirar hacia la sima quedó espantado cuando vio a la princesa. Le dijo que le iba a tirar una soga para que se atara y entonces alarla, pero la princesa dijo que no, que de nada a ella le serviría en ese estado en que estaba. El joven insistió hasta que la sacó y quedó maravillado con la belleza de la niña.

La llevó a su casa y se la dejó cuidando a su madre.

El muchacho se casó con María Isabel, que así se llamaba la princesa y al poco tiempo ésta salió encinta. El muchacho tuvo que salir y le dijo a la mamá que le avisara cuando la muchacha daba a luz. Cuando nació el niño, la madre le avisó enseguida a él. Para llegar a donde estaba el muchacho, el mozo tenía que pasar frente al palacio real.

La reina, que consultaba con una hada mala, supo por ésta que su hijastra no había muerto y sabía todo lo que pasaba con respecto a la princesa. La mala mujer llamó al mozo para que descansara. Éste, que se sentía rendido, aceptó. La reina le dio al mozo algo que lo hizo dormir por varias horas y se robó la carta que el hombre llevaba. Después que la leyó, hizo ella otra y la metió donde venía la primera. Esta carta decía así: —Tu mujer ha dado a luz una cosa que no se sabe si es perro o gato—. Al fin despierta el mozo y fue a llevar su carta. Cuando el padre leyó la carta, mandó a decir que fuera lo que fuera iría a verlo. De paso el portador de la carta, fue llamado de nuevo por la reina y ésta hizo lo mismo que la otra vez y puso una carta que decía: —Mamá, amárrale el niño a mi esposa al cuello y que se vaya donde no sea visto de nadie.

Al leer la carta, la abuela empezó a sentenciar en alta voz al hijo para cuando llegara; la muchacha, que había todo, le dijo a la suegra que hiciera lo que se le mandaba y tanto insistió la joven que la pobre anciana obedeció.

La pobre madre con su hijo al cuello se fue introduciendo a tientas por el bosque, allí oyó una voz que le decía: —¿María Isabel, oyes un arroyo?—. Ésta, sin saber quién hablaba, contestó que sí. La voz prosiguió: —Bueno, mete tus brazos en él y tendrás manos; te lavarás los ojos y tendrás la vista mejor que nunca y por último baja a tu hijo y dale de mamar.

La princesa hizo lo que la misteriosa voz le indicaba y después de haber dado de comer al niño, la voz le habló nuevamente: —Ahora sigue, y en un llano encontrarás una casita donde hay un loro, hospédate allí.

La niña llegó a dicha casa y comió. A poco rato de estar allí, el loro, que era Dios, le dijo: —María Isabel escóndete que viene tu marido—. Éste había seguido las huellas de su esposa.

Después de estar escondido, el niño, como pudo, salió del cuarto y fue a ponerse junto al forastero. Entonces el loro le dijo: —Pero niño, ¿quién ha visto que los chiquillos oyen en las conversaciones de los viejos? A esto contestó el forastero: —Déjelo, eso no importa—. Y diciendo esto, lo tomó en sus brazos.

El loro le dijo al joven: —Si tu esposa se te apareciera, ¿tú qué harías?—. Y él le dijo: —Me hincaría ante ella para pedirle perdón, porque todo lo que ha pasado es por culpa de la madrastra.

Entonces el lorito llamó a María Isabel, diciéndole que su esposo la buscaba. Ésta salió y su esposo cayó de rodillas ante ella, pidiéndole perdón y quedando maravillado al advertir cómo había cambiado su esposa.

Allí lloraron de felicidad y luego, por mandato del loro, tuvieron que abandonar la casa y cuando miraron hacia atrás, ésta había desaparecido. La joven fue llamada donde el rey para ver si ella podía sacarle la espina y ésta fue. Tan pronto miró el pie al rey le vio la espina que ni los mejores cirujanos la habían podido ver. Estando en presencia de su padre, el niño empezó a decirle a María Isabel que le contara el cuento que siempre le contaba. Ella no quería, pero el rey le dijo: —Niña, dígale el cuento.

La hija comenzó su cuento que no era más que su pasado y, a medida que le iba contando el cuento, ella le iba cogiendo el pie a su padre y entonces dijo: “Y la hija como maldición le dijo al padre que la espina que se metería en el pie no le saldría hasta que ella no tuviera manos y ojos no le sacaría nada...”, y en el preciso momento le sacó la espina al rey.

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

Éste, reconociendo a su hija, le pidió perdón y le rogó que se quedara a vivir con él y que mandara a buscar a su esposo, pero ella no quiso aceptar y perdonando al padre, salió. El rey, viendo el engaño, mandó matar a la madrastra. María Isabel vivió muchos años felices junto a su hijo y su esposo. Y aquí se acabó el cuento y se lo llevó el viento.

21. ISABELITA

Había un rey que era viudo y tenía una jija que se ñamaba Isabel. El rey se enamoró de una princesa y se casó con ella. Al principio, la reina trataba bien a la niña, pero depué le jué cojiendo rabia y envidia porque el rey quería má a la niña que a ella. Entonse la reina, pa que el rey le cojera rabia a la niña, un día le quebró un poco e losa y cuando vino el rey le dijo que era la niña; depué mató un loro y le tumbó un palo de mansana. Cuando vino el rey preguntó: —¿ Quién me tumbó el palo e mansana?—. La reina le dijo: —Quien má pue que tu consentida—. Y por último le mató el cabayo al rey. Entonse cuando vino el rey le dijo que era Isabelita, entonse el rey creyó ejto y se puso bravo. La reina, como le tenía rabia a Isabelita, le dijo que lo que tenía que jacer era matajla; el rey aceptó y se la llevó pa la montaña; allá le cortó laj mano y le sacó loj ojo. Cuando el rey jue montar el cabayo, se le metió un chuso y dijo: —¡Ay! ¡Qué chusaso me dao!—. Y la niña oyó eso y dijo: —Papá, puea ser que naide te saque ese chuso, hajta que yo tenga mano y ojo pa sacájtelo—. Dejese momento, el rey cayó malo con el chuso.

La niña, andando, comía hoja, yerba o lo que le sobaba a la boca. Un día Isabelita oyó una voj que le dijo: —Isabelita: sigue ese camino que lleva y te encontraráj una quebradita; te lava laj mano y tendrá mano, te lava la cara y tendrá ojo—. Así jue que ella jiso lo que le habían dicho y tuvo mano y ojo. Entonse ella salió caminando hajta que se encontró con un príncipe que le preguntó: —¿Qué le pasa niña que anda sola por aquí?— Entonse ella le contestó lo que le había pasao. El príncipe se la llevó pa su casa y se casó con ella y tuvieron un niño.

Al tiempo, el príncipe le contó a Isabel que el rey de la suidá taba malo con un chuso y que naide se lo podía sacal. Ella le dijo al príncipe: —Vamos a vejlo

cómo sigue—. Y se juearon. Cuando iban en el camino, Isabel le dijo al niño, que ya tenía cinco año: —Mi jito, cuando temo allá, ujté va desil: “Mamá, écheme el cuento”—. Y le dise el niño: Sí, mamá.

Cuando yegaron onde el rey, le preguntaron que cómo tava y él le dijo que taba mal. Se pusiero a conversal; dipué de tanto conversal, dijo el niño: —Mamá, eche el cuento—. Pero la señora no le jiso caso y el niño siempre seguía disiendo lo mijmo, hajta que dise el rey: —Pero señora, échele el cuento pa vel qué ej lo que quiere—. Entonse Isabel empezó el cuento que era su historia: —Mi padre era un rey que se casó con una reina que me cojió rabia y me tenía envidia y le hacía caso máj malditura a él disiendo que era yo, hajta que un día le mató el cabayo y dijo que’ra yo, hajta que mi padre se puso bravo y me llevó a la montaña me cortó laj mano y me sacó loj ojo. Entonse cuando jué a montal, se le metió un chuso en el pie y yo le jeché una maldición que naide se lo sacaba hajta que yo tenga mano y ojo. Hajta que un día oí una voj que me dijo lo que jisiera pa tenel mano y ojo y... deme acá el pie pa sacale el chuso—. Se lo sacó y el rey quedó bien.

Entonse dise el rey: —Yo jui ese padre malvado que pol cuenta de una mujel te ha jecho sufril tanto, Isabel. Pero, perdóname—. Y mandó a matar a la reina. Se quedó viviendo con su hija, el príncipe y el niño. Vivieron muy felise y se acabó el cuento.

22.
EL PEJE PASCUAL

Dice que había una vez un hombre que lo único que hacía era pescar todos los días; él tenía unas hijas que mantener y a él no le gustaba trabajar. Cuando un día que se fue a pescar, se topó con un viejo y le dijo: —Oiga, amigo, usted quiere sacar ruma de pejes, vaye a pescar un viernes santo por la madrugada y el primer peje que saca, le parte la cabeza y le saca una piedra que tiene allí y lo echa de nuevo al agua, para que usted vea que entonces sí va a sacar ruma.

Así mismo fue: el hombre cogió el concejo y se fue a pescar. Cuando sacó el primer peje, el peje le habló y le dijo: —Oiga, mi buen amo, no me mate que yo le voy a dar una virtud que dice así: “Peje Pascual, por la virtud que Dios te ha dado, que des tal cosa”, o sea lo que tú quieras.

El hombre se admiró y lo tiró al agua y se fue para la casa. En el camino sacó un viaje de leña y dijo: —Voy a ver si el peje me cumple lo que me dijo—. Entonces comenzó a decir: —Peje Pascual, por la virtud que Dios te ha dejado, que yo monte en este viaje de leña y que salga juyendo—. El montó y el viaje de leña salió huyendo hacia el pueblo donde vivía.

En ese pueblo había un rey que tenía una hija bajo de siete llaves. El rey, ese día, la sacó al balcón, para que cogiera aire libre. La muchacha, al ver pasar el hombre montao en el viaje de leña le causó risa; entonces el hombre la miró y le dio mucha rabia y dijo: —Peje Pascual, por la virtud que tú tienes, que Dios te ha dejado, que esa niña se salga embarazá sin yo tocarla—. Y se fue para su casa.

Así fué; entre muy pocos días, la muchacha cayó enferma y el rey bajó la mano buscando remedio; buscó en todos los doctores. Los doctores sabían que era embarazo, pero ellos no le querían decir nada.

A los nueve meses, la muchacha dio a luz. El niño salió con un abanico en la mano. El rey no sabía quién era el papá del niño y no sabía cómo hacer para saber quién era. El rey ponía a la muchacha en confusión; le metía cuera sobre cuera y ella no le contestaba ni papa. El rey inventó de hacer una fiesta de tres días para ver si así conseguía quién era el papá.

Así fue, pues; hizo la fiesta y invitó a todo el mundo, a todo el pueblo. Puso al niño en una mesa y todo el que llegaba a la fiesta tenía que ir a visitar al niño, para saber si el niño se reía o hacía alguna mueca.

Al tercer día de fiesta, la abuelita del muchacho le dijo que, si no iba a la fiesta, el rey lo iba a castigar.

El muchacho obedeció lo que la abuelita le dijo y se fue siempre, pero él no quiso entrar al palacio del rey; se quedó afuera, arrecostado en la pata de un mango.

En la fiesta había otro príncipe y le dijo al rey que ahí estaba un sucio y no quería ir a visitar al niño; él no quería entrar porque estaba sucio y todo rasgaíto. Entonces el rey lo llamó; el muchacho todavía no había llegado donde estaba el niño y ya el niño se estaba riendo y abiendo el abanico. Allí el rey conoció que ése era el papá y se paró frente a la muchacha y le dijo: —So sucia, sinvergüenza, descarada, ¿con quién te has enredado tú?—. Le metió una cuera y le dijo: —Desde hoy sales de la puerta de mi casa.

Así fue; la muchacha cogió el niño y salió a la par del sucio. El sucio le dijo: —Margarita: ¿con qué fin te vas conmigo?. Ella le contestó: —Desde que mi papá me despachó de la casa, tú tienes que ser mi marido de ahora en adelante.

El muchacho pensó de llevársela a rodar mucho mundo para darle martirio. Salieron a andar y a los pocos días llegaron a un puerto y en el puerto había un bote; ellos se metieron ahí y se jondieron al mar; ellos no llevaban ni un solo canaleta, ni alimentos, ni ollas para cocinar.

El día siguiente, en un descuido, dijo: —Peje Pascual, por la virtud que Dios te ha dado, que me des un platao de guacho todos los días. El muchacho llamó a la muchacha a comer y el Peje Pascual le daba todos los días el guacho de gandule. La mujer, al ver que su marido le daba comida sin cocinarla y sin saber de dónde la sacaba, ella se puso a pensar que él tenía que saber algo y le preguntó que si él sabía algo. Él le decía que no y ella con su necedá, pregun-

tando todos los días, hasta que al sucio le dio rabia y le dijo que era una virtud que él tenía que decía así: —Peje Pascual, por la virtud que Dios te ha dejado, dame tal cosa.

Entonces ella, al día siguiente, le pidió al peje que le pusiera un desayuno superior a los que el rey se comía; el muchacho se indignó; por eso es malo decirle a las mujeres lo que uno sabe. La muchacha dijo: —Bueno, marío, hasta hoy estamos por aquí—. Ella le pidió al peje que los sacara a tierra; entonces el peje los sacó al mismo puerto donde llegaron. Por la noche dice la muchacha: —Bueno, Peje Pascual, yo quiero que nos ponga un palacio frente al de mi papá y que, si el de mi papá es bonito, que el de nosotros sea mucho más y que el palacio tenga un palo de pera y que el palo de pera tenga tres peras colgadas y también que mi papá no nos conozca quien somos nosotros.

Así fue; el peje se los consiguió.

Ese día, el rey vio aquella hermosura y llamó a la reina, corrieron hacia allá para conocer los dueños. Allí la muchacha les preguntaba: —Usted, señor majestad, ¿qué desean ustedes de nosotros?—. El rey contestó: —Yo y mi esposa no necesitamos nada—. Pero él después le pesó lo que había dicho y le preguntó: —Y ustedes, ¿qué desean de nosotros?—. La muchacha contesta: —Nosotros tampoco necesitamos nada.

Dijo el rey: —Nosotros vamos a hacer una comilona para invitarlos a ustedes namás—. Contestó la muchacha: —No, nosotros vamos a hacer una primero para que ustedes vengan.

Cuando hicieron la comilona invitaron a los dos reyes a comer; después que comieron el rey se pasó y dijo: —Jóvenes, ¿qué desean ustedes de mí?—. Contestó la muchacha: —Yo lo que deseo es que usted me ponga tres policías cuidando las tres peras que están en el palo y que cuidado se me pierda una antes de que amanezca. Así fue: el rey puso a cada policía con una pera en la mano. Por la noche, los policías parece que se durmieron y cuando amaneció, se había perdido una pera; de una vez el rey puso el denuncia y llamó a todo el pueblo, para ver quién se la había robado.

Lo que es que habían registrado a todo el pueblo y no la habían encontrado y namás faltaba los de la casa del rey y el rey de tanto registrar a la gente, ya estaba sudando. Entonces metió la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo y lo primero que tocó fue la pera. La sacó del bolsillo y con mucha pena la

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

enseñó al público y dijo que estaba en su propio bolsillo. Aquí dice la muchacha: Vea papá, yo soy su hija y así como se le metió la pera en su bolsillo, así mismo se me metió el niño en mi barriga sin naide tocarme. El rey le dio qué pensar. Llamó al sucio y le dijo: —Toma mi corona que tú serás el rey de ahora en adelante, y la reina se quitó la de ella y se la puso a la hija, y ellos quedaron gobernados del sucio y la muchacha para todo el tiempo.

COMAN PAN Y BEBAN VINO EN EL BAUTISMO
DE ESTE NIÑO, HIJO DE MI PROPIO HIJO
Y HERMANO DE MI MARIDO

Había una vez un rey que tenía una hija y la tenía bajo de siete llaves y ésta a pesar de que estaba de que no podía hablar con nadie, se enamoró con un hombre que no se daba cuenta el rey y esta niña lo quiso, o, es decir, que vivió con ese hombre y se salió embarazada y en todo este tiempo del embarazo no se había dado cuenta el rey.

Se llegaron los nueve meses para el parto y mandó a decir al rey que ella quería una señora que fuera honrada y mayor de edad y que se la mandara allá. Así fue que le consiguió el rey la señora. Ella pidió la señora porque dice que había mucho chinche y quería que la fuera a limpiar de esos bichos, pero que se estuviera un mes con ella. Ella le pedía así porque ya estaba en el mes mayor, o es decir, que ya estaba para dar a luz. Ésta dio a luz y le dice a la señora: —Me guarda el secreto. No se lo diga a nadie que yo le voy a pagar bien paga. Llegó el momento que dio a luz; después que salió del parto, ella tenía una canastilla ya lista para acomodar el niño y ésta la acomodó en la canasta y acomodó una chácara de plata y una carta que decía que el que encontrara esta canastilla que lleva una chácara de plata; quien la encuentra que cría este niño y a la señora le regaló toda la ropa que ensució en el parto y le dio también plata.

Había un viejito pescador que todos los días iba a pescar a la playa y ese día fue y se puso a pescar y vio venir en la solas una canasta y la esperó y le tiró el anzuelo y la enganchó con el anzuelo y la sacó. Dice el viejito: —Esta será mi suerte o mi desgracia. Y cogió la canasta al hombro y se la llevó y la abrió en la casa. Dijo la señora del viejecito: —Hay que comprar una vaca para

la leche del niño—. Estos viejecitos nunca en su vida habían tenido hijos y el niño les cayó en gracia, que los viejecitos estaban locos con el niño y así lo fueron criando hasta que estuvo grande. Ellos lo echaron a la escuela y cuando el niño estuvo un poco más grande, le dice al papá: —Quiero que me compre un caballito para yo pasiar—. El viejecito se lo compró; por cierto que era blanco; el viejecito compró un potrillito para cuando este niño está más grande salga pasiar, y, un día por la tarde, le dice el muchacho a su papá: —Me voy a pasear a caballo—. Le contestó el viejecito: —Vaya, hijo mío, para eso le compré el caballo—. Y el mismo abuelito le acomodó la silla al caballo.

Salió el buen muchacho a pasiar y pasó frente la casa del rey y vio la hija del rey y se gustaron ambos, cuando este joven le dio las buenas tardes, pero él no le dijo más nada. El pasó.

Pero la niña del rey le dijo un día a su padre que ya estaba aburrida de estar encerrada, que ella se iba a bajar y se bajó, cuando el muchacho criado de los dos viejitos fue cuando pasó la primera tarde el muchacho, y este siguió pasando todas las tardes. Cuando pasó la segunda vez hizo una paradita para ver qué le contestaba la buena niña, pero él no se bajó de su caballo. Pasó la tercera vez, se bajó y lo mandó a sentarse y estuvieron charlando un buen rato y este joven se fue y siguió visitando frecuentemente.

Estos dos enamorados se casaron y el muchacho se quedó con la mujer en la casa del rey, pero él le dijo a su esposa que él no dejaba de ir a ver sus viejos, pero la mujer también le dijo que nunca pronunciara de ir donde sus padres. Pero estos dos personajes nunca se habían declarado sus familias, hasta cuando estos estuvieron el primer hijo cuando fue a bautizarse el primer niño, que el rey quería al nieto locamente, cuando se quedaron los dos en la casa y se sentaron juntos en una hamaca y allí se acordaron de las familias. Entonces le dijo el marido que los dos abuelitos de él no eran sus verdaderos padres, sí que a él lo criaron porque a él lo encontraron en la playa en una canastilla con una chácara de plata en una canastilla y una carta donde decía que quien ayara ese niño, lo criara con esa plata.

Entonces le dijo la mujer que él era su hijo y ya ésta estaba llorando su desgracia.

Cuando vino el bautizo, ya estaba todo servido y el rey atendiendo todos los niños y mayores que estaban evitados y dijo la mamá de este niño, dio las

MARIO RIERA PINILLA

expresiones y dice en voz alta: —Coman pan y beban vino en el bautismo de mi propio hijo y hermano de mi marido—. Y se metió en el cuarto.

El público preguntó qué quería decir. Entonces le dijo el marido que lo que resultaba que él era hijo de ella. Pero como allí llegó el padre que bautizó el niño dijo que ellos quedaban desposado, que él podía casarse con otra mujer.

Entonces, se quedó como hijo, o es decir como una madre y él como hijo y el rey lo quería tanto que no lo dejó salir más de su palacio.

24.
LOS HIJOS DEL REY

Había una vez una reina que tuvo dos hijos: una mujercita y un varoncito; los dos tenían un lucero en la frente. El rey en esos momentos no se encontraba allí y la dejó en manos de unas negras para que la cuidaran; pero éstas eran muy envidiosas y al nacer los niños, les cambiaron por otros feos y morenos, y los hijos del rey los pusieron en una canasta y los tiraron al río.

El, cuando vio sus hijos tan feos, dijo: —¡Esos hijos no son míos!—. Y cogió la reina y la puso en un calabozo. La canasta con los niños fue recogida por un pobre pescador y pasó mucho trabajo criándolos. Trabajó mucho. Cuando murió, los niños estaban grandes y les dejó un castillo.

Al tiempo de estar allí, una bruja hechicera les dijo: —Su castillo está bonito, pero mejor se vería con el gallo que canta y el árbol de cristal—. Entonces Juanito, el hijo del rey, se fue a buscarlo.

Caminó mucho hasta que llegó a la casa de un anciano y éste le dijo que estaba cerca de la casa que tenía el loro y el árbol, pero que cuando llegaba, lo iban a molestar y a hablarle para que mirara para atrás se quedara encantado. El le dio las gracias y fue, pero apenas llegó lo tocaron por atrás y él volvió a ver y se quedó encantado. Pero Juanito le había dejado a su hermana una daga y le dijo que si sudaba estaba trabajando, y que si sudaba gotitas de sangre, estaba muerto.

Pero cuál fue su sorpresa al mirar la daga: tenía gotitas de sangre y el día siguiente se vistió de hombre y se fue a buscarlo.

Cuando llegó a la casa del anciano, le dijo éste: —Usted no fue el que pasó por aquí en estos días; ella le dijo que era mujer y que estaba buscando a su hermanito. El le refirió lo mismo y ella le dijo que haría lo posible por no mirar para atrás.

Cuando la niña llegó, comenzó a rodar una pelota y ella no miraba para ninguna parte y no le quitaba la vista a la bola y cuando se paró la bola y entonces se le paró un loro en la cabeza y después en el hombro y después en la mano y fue cuando cogió un ramo de olivo y echaba unas gotitas de sudor y ella lo regaba con las piedras y se iban desencantando príncipes, reyes, y eso parecía un pueblo. Todos se querían casar con ella; pero ella estaba triste porque no había conseguido a su hermano y al salir de la última piedra, lo encontró y se abrazaron y se pusieron muy contentos.

Se fueron al castillo y la bruja no estaba contenta y le llevó un chisme al rey y los dos convinieron en matar a los niños con el fin de quitarle el loro.

Fueron a la fiesta del rey y los dos iban a dejar el loro; pero el loro dijo que él quería ir porque les iba a salvar las vidas y que cuando ellos iban a comer, él les iba a avisar.

Cuando llegaron, le pusieron una lora muy bonita al loro y le pusieron la comida y refirió la historia de los niños y el rey, muy contento, abrazó a sus dos hijos y mandó a sacar a su esposa del calabozo y a las dos negras y a la bruja las amarré a caballos briosos que las descuartizaron y la reina y el rey y sus dos hijos vivieron muy felices.

25. LOS TRES INFANTES

Hubo una vez un rey que se quería casar con una muchacha, con el requisito de tenerle tres hijos, que sean la luna, el sol y la estrella del oriente, los tres infantes, y al frente de todo esto salió una joven, la cual fue la esposa del rey. El rey y la muchacha se casaron, pero al tiempo éste tuvo que ir a otra ciudad y mientras, su esposa quedaba en casa, bajo la custodia de sus dos hermanas, cuñadas del rey.

El día en que la esposa del rey dio a luz a tres seres, los cuales eran los tres infantes, estos fueron tomados por sus tías y arrojados al mar por la envidia que le tenían a su hermana, esposa del rey. De regreso el rey a su pueblo, se encuentra con la noticia de que su señora había tenido a tres perros en su cuarto y le da castigo a su esposa enterrándola hasta el cuello debajo de la mesa donde el rey cenaba; aquí sólo podía comer ésta las migajas que le echaban y las que se caían de la mesa.

Los niños, que fueron arrojados al mar en una caja de madera, fueron encontrados por un pescador. El pescador los crió y, al morir el pescador, ellos siguieron sus mismas costumbres y, estando bien crecidos los niños, estos se hacen una casa cómoda y con todo lo que la niña luna quería porque los dos varones le daban y conseguían todo lo que ella les pedía. Y un día en que se encontraban los dos varones en sus trabajos y la niña en su casa, haciendo de comer para cuando ellos venían, fue visitada por una niña que estaba complicada para hacer desaparecer por medio de un encanto a los tres niños por mandato de sus dos tías, porque si los niños se daban cuenta de este lío y se lo decían a el rey, ellas serían castigadas.

La bruja, en su visita, le dice a la niña que su casa es un palacio y está muy bonito y más bonito estaría si estuviera el árbol de todas las flores y ella le

pregunta que dónde se encuentra; la bruja le da la respuesta y después se despide. De vuelta los varones de sus jornadas, la niña se los dice, y su hermano mayor, el sol, se compromete a traer ese árbol.

Este sale de mañana y más allá se encuentra con un anciano y éste luego le dice cómo debe hacer; éste luego llega al regreso, después de cortar el árbol, se queda encantado. Los dos hermanos, la luna y la estrella del oriente, se encuentran preocupados porque no ha vuelto su hermano; más tarde la bruja de nuevo visita a la niña y nuevamente le dice que más bonito sería su palacio si estuviera el árbol de todas las flores y el pájaro de todas las armonías. Ese mismo día, después que la bruja se va, viene su hermano y le dice y la estrella del oriente le promete traer lo encargado y venir con su hermano. La estrella del oriente sale a buscar lo encargado por su hermana luna y más allá se encuentra con un anciano y le pregunta que para donde se dirige; éste luego le dice; pero el anciano le cuenta el secreto y le dice cómo su hermano se ha quedado encantado. El niño se despide del señor y después de caminar mucho tiempo, llegó al árbol, lo cortó y, de regreso, éste también quedó encantado, porque fue muy llamado y hasta por su hermano y en ese momento la estrella de oriente miró hacia atrás quedándose encantado.

La niña luna lloraba porque sus hermanos no habían regresado. Esta fue otra vez visitada por la bruja y la luna le cuenta todo lo sucedido, pero la bruja le dice que vaya ella en busca de sus hermanos y de lo último que ella conoce que es el pozo de todas las fuentes. La bruja y la niña se despiden; la bruja va a donde las tías de la luna y le cuenta todo, diciéndole que lo único que falta por eliminar es a la niña luna y le cuenta todo, y que también ella sale mañana para allá.

La niña, en la noche, se alista y muy de mañana sale y, a una distancia lejos del pueblo, se encuentra con un anciano que le dice todos los secretos para sacar a todo lo que ella iba a buscar. Le dice: —Cuando tú llegas el árbol, cortas la rama y miras para arriba y, si el pájaro está despierto con los ojos abiertos, cójelo porque está dormido y si está dormido, déjalo y espera que se duerma porque entonces está despierto. Y para que traigas el pozo de todas las fuentes, llena el coquito y de esas piedras que tú ves, una de ellas serán tus hermanos que te llamarán, pero tú no mires para atrás y después que tú sales del encanto, regrésate y con la cola del pájaro, pégale a todas las piedras. El anciano instruyó a la niña luna y ésta se despidió y le dio las gracias.

Después de caminar la niña un rato, llegó a el árbol y lo cortó; el pájaro estaba despierto y se lo llevó y llenó el coquito de agua y también hizo lo que el anciano le mandó; después de salir del encanto, regresa y le pegaba a las piedras con la cola del pájaro: así lo hizo y ella después se vio una procesión detrás y después cada uno se dispersó y la niña y sus dos hermanos se fueron para la casa, donde sembraron el árbol de todas las flores, el pájaro de todas las armonías y el pozo de todas las fuentes.

La propiedad de los tres hermanos se convirtió en la mejor del pueblo y el rey, padre de ellos, se enamora de la niña luna; pero el pájaro de todas las armonías se los dice y también les hace recordar que de ahora para adelante soy yo quien mando aquí y decirles a dónde pueden ir a comer, sentarse y todo.

El rey, emprendado de la niña luna, hace una gran fiesta y manda a invitarla con sus tías, pero sus tías no van y mandan a la bruja; ésta los invita y ellos le dicen: —Pregúnteselo al pájaro—. Y el pájaro ordena ir.

Llegó el día de ir y se alistaron y luego salieron para la fiesta y por último, el pájaro les dijo: —Ustedes no comen y dígale al rey que sí comen pero si suelta a esa mujer que está debajo de la mesa—. Y así fue y el rey les preguntó y ellos le dijeron que esa era su madre; todos ellos estaban llorando porque nunca habían sabido quién era su madre, y entonces el rey sacó a su esposa y la adornaron y a sus dos hermanas junto con la bruja las mandó a matar.

El pájaro señaló a las comidas que podían comer y dónde sentarse. Por último llamó al sol y a la estrella del oriente y les dijo: —Vengan conmigo; ellos fueron y en la montaña mandó hacer una hoguera; ellos la hicieron y les dijo: —Echenme en ella— y ellos no se atrevieron y entonces dijo: —volteen la espalda—. Y ellos en esa posición, el pájaro les dijo: —Hasta aquí los acompaño y me acompañarán—. Ellos se viraron y no vieron a más nada.

26.
SOPITA DE MIEL Y SOPITA DE HIEL

Ésta era una vez un señor que tenía dos hijos. Haría más de un año que su esposa había muerto. En ese lugar había una señora que quería mucho a los chiquillos y todos los días les daba sopita de miel.

Un día los chiquillos le pidieron al papá que se casara con esa señora, que era muy buena porque les daba sopita de miel. El papá les contestaba: ¡Ay, hijitos! Hoy es sopita de miel y mañana será de hiel.

Pasó un tiempo, y la mujer se casó con el señor; pero ésta no quería tener a sus hijos y le dijo al papá que los fuera a matar al bosque. Al día siguiente, el papá se fue con sus dos hijos al bosque y los dejó votados, pero como el varoncito era muy vivo, había llevado bastante piedrecitas blancas y las iba regando por todo el camino; cuando ellos vieron que el papá se había marchado comenzaron a llorar.

A la hora de comer, el papá estaba muy triste y cada momento decía: — ¡Ay, mis hijitos! Si ellos estuvieran aquí les daría este huesito—. Ese mismo momento contestaron ellos: — ¡Aquí estamos, papá!—. Ellos se habían venido por las piedrecitas.

De nuevo mandó la mujer a su marido a que los fuera a votar y así fue; al siguiente día los dejó más lejos, pero el chiquillo había llevado ceniza y por donde iban la regaba; pero entonces cayó el aguacero y borró toda la ceniza.

Los chiquillos se pusieron a llorar más. Al varón se le ocurrió treparse a un palo a ver si veía humo. Así fue que se trepó y vio salir de una casita un humito. El y su hermanita se fueron allá. Cuando estuvieron cerquita, oyeron al loro que decía: — Por el lao tuerto va—. Y como allí había una vieja bruja, contestaba: — ¡Ay, mis sisitos: déjame las torrejas!—. El chiquillo quiso ir a coger unas torrejas y le dijo a su hermanita que lo esperara afuera, pero la

chiquilla no quiso y se fue detrás del hermanito. Cuando el chiquillo metió la mano para sacar la torreja. El loro decía: —Por el lao tuerto vá—. Enseguida la chiquilla comenzó a reírse y la vieja los agarró y les dijo: ¡Ay, mis sisitos!—. La vieja los metió en un cuarto para engordarlos y después comércelos.

Todos los días, la vieja le decía que le enseñaran los deditos por una hendija, pero los chiquillos, en vez de enseñarles el dedito le enseñaban un rabito de ratón que se habían encontrado. Un día se les perdió el rabito y la vieja les pidió que le enseñaran el dedito, pero entonces no les cabían por la hendija de gordos que estaban.

La vieja, de una vez, dijo: —¡Ay, si están muy gordos!— Y los sacó. Al varón lo puso a cargar leña y a la niña a buscar agua. Los dos niños se fueron juntos; en eso la niña vio una paloma y le dijo al hermanito que se la cogiera para ella.

En eso la paloma les contestó: —¡No! ¡No me maten y le digo una cosa!—. Como ellos no le dijeron nada, ella les dijo: —Esa leña y esa agua es para la vieja comércelos a ustedes. Esa vieja les va a decir a ustedes que se trepen arriba a bailar, pero ustedes le contestan que no saben bailar, que baile ella primero—. Así lo hicieron los chiquillos y la vieja se trepó a bailar, pero la paloma les dijo que halaran la soga y la cortaran. Así lo hicieron y la vieja cayó al agua que estaba hirviendo. La paloma también les había dicho que de una teta que le cortaran, le saliría una espada y de la otra un perro, al que le pusieron Fierabrá.

En ese mismo lugar había un castillo que decía: —Irás y no volverás—. El chiquillo dijo que él iba y volvía; así fue que se fue con su perro y su lanza; al entrar al castillo, encontró una vieja bruja que le dijo: —Entra, mi sisito—. El niño entró y la vieja lo trepó a una torre alta donde tenía una trampa que el que la pisaba caía abajo en un hueco; al oír esto el perro, agarró a la vieja y la mordió toda hasta que el chiquillo acabó de matarla. En una tablilla había un líquido y lo derramó por todos los huesos que estaban en el hueco y de allí salió una cantidad de gente, y así se termina el cuento y el que no alza la pata se lo lleva el viento.

27.
EL BAILE DE LA TIRINANA

Había una vez un hombre que vivía con sus dos hijos y al otro lado del bosque había una mujer, que siempre les daba golosina a los muchachitos, y los muchachitos le dijeron al padre que por qué no se casaba con esa mujer que siempre les daba golosinas. Entonces el padre se casó con la mujer.

Un día le dijo el marido a su mujer: —Mujer, quiero comer gallina. Ya estoy aburrido de esta comida. Entonces la mujer le dijo que si no mataba los niños no le daba más comida.

Al día siguiente, el padre le dijo a los hijos que se alistaran que iban a dar un paseo por el bosque; pero a medida que los niños se iban metiendo por el bosque, iban dejando unas cascaritas de caña. Cuando llegaron a lo más espeso del bosque, el padre les dijo: —Espérenme aquí que voy a buscar algo de comer—. Pero el padre, en vez de ir a buscar comida, cogió el camino de la casa, y cuando llegó a la casa, encontró la comida servida con una buena presa de gallina.

Entonces el padre dijo: ¡Ay, tuvieran mis hijitos para darle comida—. Y detrás de la silla salieron los dos niños y dijeron: —No te preocupes que aquí estamos.

Entonces la mujer con rabia, mandó su marido que fuera de nuevo a matar a los hijos, más lejos todavía. Invitó de nuevo el padre a sus hijos a dar otro paseo, pero esta vez, los niños llevaron ceniza; cuando llegaron a la espesura del bosque, el padre les dijo que iba a buscar algo para comer y de nuevo tomó el camino de la casa y dejó los niños botados. Pero esta vez cayó un aguacero y borró las cenizas y los niños no pudieron regresar a la casa. Al día siguiente, los niños divisaron una casita donde vivía una vieja que era tuerta y que tenía un gallo.

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

Esta los cogió en una trampa y les dijo que bailaran el baile de la Tirinana. Ellos le dijeron que no sabían bailar, que le enseñara, y cuando ésta estaba bailando, la mataron y regresaron a su casa.

28.
FLORE⁷

Flore ta bañando en un quebrá y viene un hombre, garraba un zapato, zapato de Flore. Y antonse viene un ñopo y dice: —Usté no tengo mujere. Flore ta bañando, garra zapato de Flore. Si tú garra zapato, tú casa con Flore y antonse tú rico de iguale como rey.

Antonse tá bañando Flore y antonse juí (fue) y garraba un hombre un zapato y ponlo un zapato. Antonse dijo Flore: —¡Ay, que garraba un zapato! Antonse ta bien, que voy casare siempre contigo. Vamo pa la casa del rey.

Antonse dijo rey: —Usté acojtare ejta noche con Flore y mañana parío niyo; antonse tú quedare con plata. Si usté no tenere familia mañana, antonse yo voy a comere, a matare. Antonse, si va tenere hijo, va tenere cuatro baule: doj baule queda pa yerno, doj baule va quedare pa rey. Si Flore no va tenere pa niyo, antonse baule va a quedare pa rey.

Y antonse viene un diablo; puso un niyo chiquito ensima de Flore y antonse diablo va a salvare a ejte hombre pa que no comere del rey.

Y antonse chiyó niyo, diuna vej dijpertó Flore y como Flore tá nuevecita (virgen), ella no supo cuando yegare niyo y dijo: —¡Ay, María Santísima! ¡Yo no sabía que salió niyo!

Y dijo rey: —Pobrecita, que ejpantó Flore y viene rey y aropare niyo con ropa blanca y manesió mañana—. Y dijo rey a yerno: —Doj baule queda pa ti y doj baule queda pa mí.

Y antonse dijo yerno: —Ta bien—. Y antonse dijo rey: —Vaya jasere un trabajo. Un trabajo sembrare un caña ya un monte, jasiendo un cañalaverale, Vaya sere ayá.

⁷ Dictado por Francisco Villord, analfabeta de 25 años de edad, aproximadamente. Vive en el lugar denominado Cabecera de Río San Pablo, al norte de Cañazas. Lo aprendió de su abuelo.

Y seguido hombre juí pa ya; hombre no jiso un cañalaverale. dio peresa hasere. Ni puso sembrare caña

Antonse él pensó él en plata, gajtare plata de rey namá.

Antonse dijo el rey: —Usté no trabaje, usté queda mi plata; entonse usté comprare cuatrociento villona en rese.

Y antonse dijo hombre que cumplió de comprare siempre, y antonse hombre tenía rico iguale como rey.

Y andó de zapato, un vestío bonito, una silla bonito, un sombrero bonito, un sombrero de Cartagena y jandó de rico y compró too, Tenió plata, tenió too bien vestido; tenió toa vaina, tenió too como iguale de rey.

Y antonse dejpué compró un tienda; casa de oro; vara de oro; casa grande, bonita. Antonse él tenió máij. Tenió moso, tenió trabajo, tenió cosinera. Tenió toa vaina pa trabajare pa servicio pa ella (él).

29.
BLANCA FLOR

Había una vez una familia rica que tenía un solo hijo que se llamaba Juan. El muchacho era chingero y todos los días iba a chingear a donde los vecinos. El jugaba plata con diferentes personas de otras partes y a todos les ganaba.

Se regó la fama del gran chingero en todas partes que esto fue oído por el Diablo. Un día, cuando estaban chingueando, cuando llegó un hombre que venía con cuatro mulas que venían con los zurroneos llenos de plata. Jugó con Juan y este le ganó; se fue a buscar más y trajo como en cinco veces los zurroneos llenecitos de plata y los perdió.

Entonces el diablo le dijo a Juan: Vamos jugando la vida—. Y éste aceptó. Cuando estaban jugando, salió de que el diablo se había ganado la vida de Juan. El diablo le dijo que tenía que irse para donde él. Juan dijo que sí, y al día siguiente, muy de madrugada, salió para la casa del diablo. Cuando llegó le dieron su cuarto y comida. Por la madrugada, muy de mañana, llamaron a Juan y le dijo el diablo: —Vete, Juan, para el monte; tienes que derribar, socolar, quemar, sembrar y cosechar y traerme luego, cuando viene, arroz ya macero, cosa de que mañana se almuerce con arroz nuevo, y si no lo hace con tu delgado del pescuezo, paga.

Juan se quedó pensando: —Tener yo que traer arroz nuevo para comer mañana. El se fue con su machete y hacha, dispuesto a que le trozaran el pescuezo, porque era imposible que él iba a hacer eso en un día. Llegó al monte indicado y se quedó pensando. Y lo que pensó fue acostarse a dormir.

El diablo tenía su mujer y tres hijas, la cual, la más chica era graciosa y se llamaba; Blanca Flor. El diablo le dijo a Blanca Flor: —Mi hija, tú tienes que

llevarle la comida al monte, al mediodía al mozo—. Ella le contestó: —Papá, está bien—. Y se fue a llevar la comida.

Cuando llegó lo encontró dormido y le preguntó: —¿Juan, ya terminaste el trabajo?—. Él contestó: —No, niña, yo no he hecho nada. ¿Cuándo cree usted que yo voy a acabar esa tarea?—. Ella le dijo: —Juan, come y ven que te voy a espurgar—. El muchacho comió y se acostó a que la niña lo espurgara; mientras ella lo estaba espurgando, él se quedó dormido. Cuando despertó, vio el arroz ya macero y le preguntó: —Niña, ¿usted lo hizo?—. Ella le dijo: —Sí, cállate la boca—. Y se fue.

Por la tardecita, apareció Juan con el arroz macero y se lo enseñó al diablo. Este no le dijo nada. Y por la mañana, el diablo despertó a Juan y le dijo: —Hoy tienes que hacer una cadena de arena de cincuenta brazas de largo—. El muchacho se acostó pensando en la cadena y por la mañana se paró y se fue; hizo lo mismo, se acostó a dormir. Al medio día fue la niña a dejar la comida; le dijo lo mismo y cuando él despertó, vio la cadena hecha y por la tarde se la llevó al diablo. Éste le contestó: —Juan, mañana va a ser el último para que quedes libre. Él se puso contento y por la mañana la niña lo despertó y le dijo: —Juan, hoy tienes que amansar un potro y cuatro machos. Aliñó un garrote bien grande y ella le dijo: —Métele duro, porque el potro es mi papá, la macha mi mamá y las machas más nuevas mis hermanas y por último, la machita, que soy yo.

El se aliñó de su garrote y se fue; le metió palo hasta que tumbó el potro y la macha y las dos machas nuevas le pegó, pero poco y la última ni siquiera la tocó. Cuando llegaron el potro y la macha a la casa, estaban todo agolpeados. El diablo le dijo a Juan: —Mañana te vas para tu casa; has cumplido bien, así que te vas.

La muchacha dispuso de irse juida con Juan y le dijo Juan: —A media noche te voy a llamar—. Sí, dijo ella, vaya a coger un caballo al potrero de mi papá.

Así lo hizo, cogió un caballo de los más flaquitos y se fueron; el caballo se llamaba Pensamiento; corría bastante, pero había dejado el caballo volador que se llamaba Vuela Más que el Viento. Antes de irse ella, aliñó ceniza, un pan de jabón y alfileres y echó una saliva en la puerta de la cocina, en la piedra de moler, en el rajadero de la leña, en la quebrá y, por último, en el fogón. Por la

madrugada, la diabla despertó y llamó enseguida a Blanca Flor. La saliva fue la que le contestó que dice: —¡Mamá!—. La diabla le preguntó: —¿A dónde estais mi hija?—. Abriendo la puerta de la cocina—. Al rato volvió a decir Blanca Flor: —Mamá, estoy moliendo—. Después le dijo: —Mamá, estoy buscando agua—. Y, por último, la diabla se le imaginó y preguntó: —Blanca Flor, ¿dónde estais?—. Ella le contestó: —Mamá, en el fogón—. Pero ya la saliva se iba secando y la voz contestó ya bajita y dice ella: —Ay, si mi hija se está durmiendo en la piedra de fogón—. Y corrió para allá y no vio nada, Enseguida, rebotó de rabia con el marido: —¿Viste, marido?, se fue Blanca Flor con Juan.

Enseguida le dijo al marido que cogiera un caballo y se fuera a buscar a Blanca Flor. El cogió el caballo y se fue, pero ni siquiera los vio y se regresó: —Viste, mujer, yo no los he visto por allí. Enseguida salió la diabla en el caballo Vuela Más que el Viento, pisá, alcanzarse la hija y cuando iba cerca, dijo la muchacha: —Apúrate Juan que nos alcanza mi mamá—. Y cuando la diabla iba llegando, le echó ceniza; enseguida se volvió una tiniebla que ni se veía, y, con todo y eso, ella pasó. Más adelante dijo la muchacha: —Apúrate Juan que nos alcanza mi mamá—. Y le echaron un pan de jabón. Se volvió una loma lisita. La vieja la subió, luchando y luchando hasta que la subió en ese caballo y cuando se los iba alcanzando, le echaron los alfileres y se volvió un cañaveral y dio la diabla hasta que se pasó. Por último, ya, cuando los iba alcanzando, la muchacha dispuso volverse una sardina y el muchacho una piedra, porque no tenía nada que echarle. Llegó la diabla y se abajó del caballo y se puso con unas hojas a coger la sardinita y vio que no pudo y se fue brava y le echó una maldición a la hija de que el muchacho la olvidara y que tenía que andar llorando para que él la recogiera.

Así fue, cuando la vieja se fue, ellos salieron y se fueron. Al llegar a las cercanías del pueblo, el muchacho le alquiló una casa y se fue donde vivía la mamá para ver si quería que le llevara la muchacha.

Llegó al pueblo y fue a su casa y le contó a sus padres lo que había sucedido y ellos dijeron que sí, que la llevara, que tenían el gusto de conocerla. Pero cuando iba de regreso, habían unas negras y comenzaron a silbarlo y él se quedó viendo quién era y vio las negras y enseguida se encantó y no tuvo por la muchacha. A los días, la muchacha, llorando al verse sin el muchacho,

se volvió una paloma y se fue hacia el pueblo. Cuando llegó, fue a la casa de las negras y pasó y se metió en el cuarto donde dormía el muchacho. El muchacho despertó y salió afuera a lavarse, cuando se le paró la paloma en el hombro. Y le dijo: —Turrututú, palomito, ¿no te acuerdas cuando yo te hice el trabajo del monte y de la cadena de arena?—. Le contestó el muchacho: —Turrututú, palomita, yo no me acuerdo. Le dice ella: —Turrututú, palomito, ¿no te acuerdas cuando mamá nos echó la maldición?—. Le dice el muchacho: —Turrututú, palomita, no me acuerdo—. Y por última vez le dice ella:

Turrututú, palomito, ¿no te acuerdas cuando me dejaste en las afueras del pueblo?—. Entonces le contesta él: —Sí, palomita, ya me acuerdo.

Entonces el muchacho se fue de allí y enseguida ella se volvió la niña bonita que la suegra la adoró. Se casó el muchacho con Blanca Flor y vivieron felices.

30.
JUAN

Éste era un muchacho que se llamaba Juan y fue donde un señor que le diera trabajo. El señor, entonces, le dijo que sí; entonces éste se quedó. Entonces, en la noche, la hija del señor fue donde estaba Juan dormido, lo llama y le preguntó: ¿Estáis dormido?—. Le dice él: ¡No! —Le dice ella: —El trabajo que tienes que hacer es amansar un macho. Dale duro al macho en la cabeza, porque ese macho es mi papá.

Antonces, cuando lo montó, él inclina la vista pa arriba y el muchacho le dio un leñazo en medio de las orejas. Le quitó la silla y se la trajo y le dejó allá, como le había dicho la muchacha.

Le dice la mamá a Juanita: —Anda ver qué le pasa a tú papá que se fue a buscar unos palos de leña y está quedándose por allá.

El otro día, por la tarde, le dice el señor que tenía que almansarle una macha. Le dice Juanita a Juan, en la noche: —Dale duro que esa es mi mamá. Cuando ella alarga la vista para el callejón, ahí cae y le quitas la silla y te la traes para la casa—. Le dice el papá a Juanita. —Anda a ver a tu mamá qué le pasa, que se jue a buscar unas hojas de silantro y se está quedando por allá—. Entonces ese día, en la tarde, el señor le dice a Juan: —Mañana nadie va a hacer un trabajo.

De nuevo, en la noche, Juanita le dice a Juan: —¿Sabes cuál es el trabajo que mi papá te dejó?—. Entonces él dijo que no. Entonces le dice Juanita: —Mañana amanece una mulita. Esa soy yo. Entonces yo me hago la mala cuando me tienen en el graneador. Tú me pones la silla y yo no te hago nada; entonces cuando tú me vas a pegar, has la cataplasma de que me vas pegar; cuando brinco para el callejón, tú alevantas la mano, yo me hago la caída y me quitas la silla y te vas para la casa. Entonces le dice el papá a la mamá de Juanita: —Anda a ver a tu hija que está quejándose por allá.

El señor, por la noche, le dice a Juan: —Tiene que hacerme otro trabajo y es cambiarme un cerro de la mano izquierda a la derecha y del derecho al izquierdo—. Entonces Juan, ese otro día, se fue en ayunas a hacer el trabajo. Juanita se fue a llevarle el desayuno, mientras Juan tomó el desayuno, ella le hizo el trabajo. Al poco momento, llegó el señor a recibir el trabajo echo de Juan. Le dice: —Está bien.

Esa otra noche otra vez le dijo el señor a Juan: —Me va a hacer otro trabajo. Juanita de nuevo va donde Juan; le preguntó ella que si taba dormido y él le dijo que no; entonces le dice ella que el trabajo que le ha dejado es que tiene que tumbar una rosa en que haiga toda clase de siembros, arroz maduro y verde, maíz seco y verde. Pero Juanita le dice a Juan: —Te vas a ir en ayuna. Mientras tú toma el desayuno, yo te hago el trabajo—. De nuevo le dijo que se quedara allí hasta que viniera su papá. Cuando llegó el señor le dijo que estaba muy bien. Bueno, se vinieron para la casa. Por la noche el señor le dijo: —Bueno, por la mañana me va a hacer otro trabajo; es el de hacerme una soga de arena.

Juan se fue sin desayunar, Juanita fue a llevarle el desayuno; mientras desayunaba, ella le hizo el trabajo; le dijo: —Quédate por allá hasta que venga mi papá a las seis de la tarde.

El siguiente día, el señor le dice a Juan de nuevo: —Tiene que hacerme un trabajo mañana, Ese trabajo que le puso el señor, Juanita no lo podía hacer y Juanita halló mejor fugarse con Juan. Le dice Juanita a Juan que aliñara jabón, sal y ceniza. Viene Juanita, al levantarse ese otro día en la madrugada, echa una saliva al pie de la cama. Entonces, al salir a la boca del cuarto, en el fogón, en la piedra de moler, y echa otra en el patio y en el camino para ir para el pozo.

Dice el señor, en la mañana: —¡Juanita!—. Y le contesta la saliva: —Ya me voy a levantar—. Entonces llama de nuevo y le contesta: —Estoy moliendo la tortilla—. Vuelve y la llama y le contesta la saliva que está juntando la candela para asar la tortilla. Después vuelve y la llama y le contesta que está haciendo café. Vuelve y la llama y le contesta: —Estoy en el patio barriendo—. Vuelve y la llama y le dice que va para el pozo a buscar agua. Vuelve y la llama y le dice el señor a la mamá de Juanita: —Fulana, fulana: se fue Juanita—. Entonces se levantó la señora buscando a Juanita

Entonces el señor, viendo que no la encontraba, montó en una mula que tenía y se va detrás alcanzarla y Juanita le dice a Juan: —Apúrate que viene mi mamá y echaron los alfileres y se volvió un espinal; la señora luchó y pasó. Juanita le echa el jabón y se volvió un lajero lisito; la señora pasó. Juanita le echa la ceniza y se volvió un brazo de mar; la señora luchó y pasó. Ya no tenían más salvación y ella se volvió un poco de trigo y Juan un viejo.

La señora llegó y le preguntó al viejo: —¿Por aquí no ha visto pasar dos jóvenes?—. El viejo no le hacía caso y se ponía era a espantar los pájaros. Entonces la señora, viendo que no le contestaba, se regresó para atrás.

Juanita, después que la mamá se fue, agarraron el camino y siguieron.

Entonces la señora llegó a la casa y el señor le pregunta que donde estaba Juanita y ella le contesta que no sabe que topó fue un poco de trigo y un viejo espantando los pájaros.

Le contesta el señor: —¡Tú eres una bruta! Ese trigo era Juanita y el viejo, Juan.

Entonces el señor se va alcanzarlos y viene Juanita y le dice a Juan: —Apúrate, que ahora viene mi papá—. Ya viendo que los iba alcanzando, Juanita se volvió una iglesia y Juan se volvió un padre diciendo misa.

Desde que el señor llegó, se puso a oír la misa y hasta que se llenó de cana de estar esperando que terminaran la misa y se aburrió y se fue para la casa. Juanita, viendo que ya ella no podía seguir con Juan, se tiró en un pozo de coger agua y se volvió una sardinita y le dice ella a Juan: —Tráeme las migas de pan todos los días, que no se te vaya a olvidar—. Juan le tuvo trayéndolas varios días y de pronto se le olvidó que tenía que llevarle las migas de pan a la sardinita y de allí no supo más de su compañera, que lo había salvado de tantos peligros con su padre, y se acabó el cuento y se lo llevó el viento.

31.
JUAN CATORCE

Ésta era una familia muy rica, pero que no tenía hijos. Estos le pedían a Dios que les mandase uno, hasta que Dios los oyó. Les mandó un niño al que le pusieron Juan.

Al nacer, se tomó dos mamaderas, cosa que les sorprendió mucho. Pasó el tiempo y el niño al tener dos años, comía más que tres personas juntas. Al llegar a los siete, el niño no se aguantaba por sus grandes deseos de comer, pues ya que él, solo, se comía una vaca; los puercos se los componían sólo para él.

Sus padres tuvieron que buscar apoyo en el señor rey, que era el padrino de Juan, pues ya estaban en la ruina. El rey aceptó a Juan, creyendo que por pena no comiera tanto; pero al contrario, Juan, según crecía, más comía.

El padrino, viendo que eso no le convenía, decidió deshacerse de Juan en una forma que no se diera cuenta. Así pues, decidió mandar a Juan a un rancho que tenía en el monte y lo cual estaba abandonado por haber un feroz tigre, que no dejaba a nadie, con el cuento de que le fuese a buscar una carga de maíz. Juan, que era bien mandado, fue en una carreta.

Llegó al mediodía y como tenía calor, se fue a bañar al río más cercano. Pero en eso el tigre había tenido una pelea con los bueyes, resultando vencedor. Al ver el tigre a Juan, se le avalanzó; pero Juan, que era más hábil, lo cogió por el pescuezo y lo mordió.

Al fin el tigre fue vencido y Juan lo amarró en un palo de guabo, mientras él se comía el resto de los bueyes. De una vez le puso los zurrones al tigre y se montó encima.

El rey, que lo creía en la barriga del tigre, ni se preocupó de él, pero al verlo venir montado en el tigre, casi se muere del susto. Juan ordenó que le

compusieran el tigre y se lo comió de una vez. Pero el padrino siguió su intento de matar a Juan y lo mandó varias veces a pelear con otros animales.

Viendo que no podía con Juan, pensó que éste podía ser fuerte pero también podía ser miedoso y lo mandó a otro rancho más metido en la montaña, donde no se veía ni el sol y ni se oía otra cosa que el rugir de los tigres y el chillido de los monos; allí habían muerto varios hombres al oír cosas raras.

Juan llegó a la casa como a las diez de la noche y solamente llevaba una cajeta de fósforos y su sombrero. Lo primero que vio fueron unas calaveras en el suelo. Vino él y las apartó y se acostó a un lado. A eso de las once de la noche, oyó como si estuvieran halando cadena, chirreando cueros y se oía el tropel de un caballo con una campanilla. Pero Juan, sin importarle, siguió durmiendo. Al rato, oyó un gemido que venía del caballete del rancho y decía: —Cae o no cae. Cae o no cae. Cae o no cae—. Y Juan, aburrido, dijo: —Caiga pues, si quiere caer.

Al rato vio que caía de arriba una mano de persona, luego una pierna y así, hasta que, por último, cayó la cabeza.

Juan se sentó, prendió un fósforo y oyó que la cabeza decía: —Mira, Juan, como tú no has tenido miedo, te voy a dar una fortuna. Escarba allí junto al horcón derecho. Así verás una cosa—. Así lo hizo Juan y se encontró una tinaja llenita de oro, plata, sortijas y otras cosas.

Cuando Juan le puso la carga a sus bueyes, estos se murieron de tanto peso. Pero Juan se lo puso al hombro y se fue silbando hacia su casa. Al ver el rey tanta fortuna, abrazó a su ahijado y le mandaron dos lechonas. Luego Juan le dio plata a sus padres y a su padrino y se fue a correr mundo para comer lo que quisiera.

32.
RODELO

Había una vez en una ciudad una señora pobrecita que quería tener un hijo y ofreció una manda, pidiéndole a Dios tener un solo hijo porque ella era muy pobre.

Vivía en la cueva de un león y esa cueva tenía una piedra que tapaba la cueva, y la mujer vivía junto con él. Tuvo un hijo con el león; el hijo era velludo y fuerte, que, al nacer, nació caminando, con dientes y gordo y grande.

A los cinco años tuvo el objeto de pedirle a su madre ver mundo, ver tierra, caminar a rienda suelta por el bosque. Su madre le dijo que no, que sólo su padre abría la puerta y salía a buscar alimento. Si lo hacía, lo mataba.

Un día desobedeció a las órdenes de su padre y con una mano dio un fuerte puñetazo y sacó la piedra a diez brazas de distancia, y salió, a ver mundo, ver luz de sol, quedó libre de todas sus acciones. Tomó la piedra y la alzó y la tiró para arriba a una distancia de metros que no se podía contar.

Su madre salió llorando, pidiéndole que se encerrara pronto, porque vendría su padre y los mataba, El contestó: —Yo me voy a andar mundo, a ver quién es más hombre que yo, Rodelo. Usted se quiere quedar, yo voy a colocar la piedra donde estaba. Su madre le echó la bendición y se quedó en la cueva. Creció al tamaño de un gigante. Por el bosque alcanzaba los venados y crudos se los comía.

Un día, muy de mañana, cogió la ruta de andar bosques. En media montaña vio a un hombre que luchaba contra los árboles. De un solo bofetazo, derribaba los árboles y que decía: —Yo soy Barranca Palo—. Y daba otro bofetazo. Ese era su oficio. Rodelo, que estaba desioso de peliar dijo: —Yo soy Rodelo—. Y Barranca Palo lo miró enfurecido. Comenzaron a pelear, hasta que Barranca Palo se dio por vencido y le dijo que se iba con él a rodar tierra.

Al día siguiente, se encontraron con Barranca Cerro. Barranca Cerro, que estaba entretenido derrumbando un cerro, decía: —Yo soy Barranca Cerro.

En ese momento llegó Rodelo y dijo: —Yo soy Rodelo—. Miró Barranca Cerro a Rodelo y le dijo: —¿Tú eres Rodelo? Sé que eres muy hombre y que venciste a mi compañero, que te acompaña; eres muy hombre, yo también lo soy. Si quieres, comenzaremos a luchar ya.

Rodelo golpeaba con toda la fuerza a Barranca Cerro, hasta que Rodelo, viendo ya que Barranca Cerro no aguantaba, le dijo: —No aguantas ya. ¿Te das por vencido? Contestó el otro: —Sí, me voy contigo.

Al día siguiente, ya de tarde, vieron desde muy lejos un campamento de hierro. Luego era muy tarde para llegar allá y esperaron el día siguiente. Muy de mañana, llegaron a donde estaba Masca Hierro, que con los dientes mascaba hierro. Rodelo estaba con miedo de que le diera una mordida con sus dientes tan afilados, pero Rodelo se sentía hombre y digno de pelea. Masca Hierro no quiso pelear. Lo que hizo fue irse con ellos. Los cuatro siguieron la ruta de andar mundo. Más tarde, llegaron a la ciudad de los zorros, donde había un piral, y dos zorros estaban tejiendo sogas, que al llegar éstos, todos proclamaron: —Señores, quédense con nosotros, que más allá hay una ciudad que el que va no vuelve. Hay una casa de fantasmas, de abusiones.

Los tres compañeros de Rodelo que se miraron llenos de terror. Pero Rodelo, confiado de sí mismo, dijo: —Ahora haré lo posible por llegar allá—. A los dos días de caminar, llegaron a una pequeña casa muy bonita y lujosa, donde no vivía nadie, ni siquiera se oía el chillar de los mosquitos. Había una montaña muy grande, y ellos comenzaron a hacer un barco, con el fin de navegar.

El primer día se quedó haciendo la comida, Barranca Palo. Al mediodía, cuando taba todo terminado, venía de la montaña un ventarrón que hacía traquear los árboles y alzarlo él mismo. Apareció un negro que le dijo —¿Tú que haces aquí, so gusanillo de tierra? ¡Lárgate! ¡Me como esa comida!—. Barranca Palo no chistó una palabra. Se comió la comida el negro y cogió las vasijas y las botó. Como a la una de la tarde, llegaron a comer y no encontraron nada con qué aplacar el hambre. Dice Barranca Palo: Yo no vuelvo a quedar aquí solo más; prefiero la muerte. Ha venido un negro y se comió la comida. Mañana te quedas tú, Barranca Cerro.

Bueno, llegó el día y se fueron a labrar el barco. A las doce del día, venía un fuerte ventarrón y llegó el negro y dijo: —¿Qué haces aquí, gusanillo de tierra? ¡Me como la comida!—. Se quedaba Barranca Cerro mirando al negro, pero no le dijo nada. Se comió la comida y se fue.

Luego llegaron los otros; no había nada. Dijo Barranca Cerro: —No vuelvo a quedar solo más, prefiero la muerte.

Al día siguiente se quedó Masca Hierro, que muy temprano hizo todo; limpió toda la casa y sus alrededores. A las doce del día venía un ventarrón más fuerte que nunca. Apareció el negro y dice: —¿Tú que haces aquí, gusanillo de tierra? ¡Me como o no me como la comida? Dice Masca Hierro: —¡Cómesela, pues!—. Y vino el negro y se la comió y botó las ollas y obró todos los horcones. Se fue de nuevo en otro ventarrón. Llegaron todos hambrientos, sin comer tres días almuerzo. Dice Rodelo: —Mañana me quedo yo, a ver qué es lo que pasa.

Los demás se fueron para el bosque y Rodelo fregó todo y hizo la comida. Rodelo tenía un machete de doce brazas de largo, bien amolado. Llegó el negro y Rodelo le dijo: —No te comerás la comida, primero tienes que pelear conmigo. Comenzaron la pelea y Rodelo iba en veces ganándole al negro y en veces perdiendo. Rodelo le quitó un pedazo de oreja al negro. Este huyó desesperadamente. Rodelo lo siguió por la sangre que iba brotando, que, al llegar a un hoyo muy profundo, desapareció. Al regreso, sus compañeros, que hacían que Rodelo se había muerto, lo encontraron vivo. Todos se sorprendieron y dijeron: —Se comió el negro la comida. Dijo Rodelo: No. Pelié con él y le arranqué un pedazo de oreja; se fue huyendo.

Rodelo fue a donde estaban los zorros tejiendo sogas y le dijo que le hiciera una gran cantidad de brazas de sogas; éstos se las hicieron.

Ya el barco estaba terminado y empezaron el viaje en busca del feroz negro. Al llegar al hoyo, marró a Barranca Palo con la sogá y lo tiró. Este pasaba agua de distintos colores: agua fría y caliente. Al llegar al agua caliente, templó la sogá para indicar que estaba en peligro. La sacaron; éste salió desmayándose. Dijo: —No vuelvo a tirarme en ese hueco; prefiero la muerte—. Después fue Barranca Cerro; después Masca Hierro, que bajó un poco más no dioy salió casi muerto. Se tiró Rodelo que bajó a una ciudad encantada. Había un lindo mar donde se veía muchos varios edificios de los más preciosos. Se dirigió a un castillo, donde tenía a un

guardiante en la puerta, que no lo quería dejar entrar. Rodelo le pegó y pasó. Había cuatro cuartos: cada uno tenía a una Joven, hijas del rey.

La primera que lo vio saltó a él: —Por favor, quiero que me saque de este encanto; estamos presas cuatro niñas que desde muy pequeñas estamos aquí; nos cuida un negro el principal.

Cogió la primera aguachinche y la sacó. Estos, que estaban afuera empezaron a pelear a la hermosa joven. Sacó a las cuatro. Cuando fue a subir, le cortaron la soga.

Muy triste, se sentó a la orilla del edificio a llorar en ver lo que le habían sido sus compañeros. Se acordó de la oreja del negro y le dio una mordida. Se le apareció el negro y le dijo: —¿Qué quieres conmigo? ¡Dame mi pedazo de oreja! Dijo Rodelo: —Sí te la doy, pero si me sacas afuera de este encanto—. Dijo el negro: —Móntate arriba de mi espalda y te llevo afuera—. Así fue.

Cuando ya estaba afuera, no vio a nadie ni al barco. Se habían marchado para la ciudad. Dice: —Negro, si no me dices cómo hago para irme, no te doy el pedazo de oreja—. Dice el negro: —Coge un palo y te lo pones en cruz y te tiras al mar.

Le dio la oreja y se fue. Hizo lo que le habían mandado. Las cuatro jóvenes que llorando iban por su suerte, vieron a Rodelo que, sacaron su pañuelo y indicaban que iban allí. Rodelo con la cruz en el cuerpo no le pasaba nada. Llegaron a la ciudad y se dirigieron donde los reyes, padres de las cuatro jóvenes. Ellas decían que estos no eran los que las sacaron del encanto.

Tres días de fiesta para la boda de que se iban a casar. Faltaban sólo dos días, cuando llegó Rodelo que se presentó ante el rey, al cual todas las niñas le gritaron a sus padres: —¡Este señor fue el que nos salvó!

—Por mi corona real, dijo el rey, tú eres ese joven tan dichoso—. Rodelo le contó todo. Dijo el rey: —¿Qué deseas para ellos?—. El dijo: —Que se vayan de aquí.

Se casó con la más nueva y las otras tres quedaron ayudando a esta feliz familia. Aquí termina este cuento del hombre fuerte y trabajador que se llamaba Rodelo.

33.
MARE PIDIÓ TERRENO DE DIO⁸

Mare pidió terreno de Dio. Antonse Dio no quiso entregare esa finca y dijo: —Pero ejta finca yo no entregare pa ti.

Antonse dijo mare: —¡Qué va, si yo coge pa ti!—. Entró toa esa finca y finca mare limpió.

Antonse guardó en un tanque como pa jaserse pájaro y guardó doj namá, hombre y mujere, pa tenerlo pa semilla. Ese hombre y esa mujere era raza Palenque.

Antonse sale arriba Dio. Antonse Dio cojió un muchacho y antonse Dio dijo a mare: —Coje ese terreno—. Dio no quiso que mare no cojió solito finca. Dioj mijmo convino y Dio mijmo no convino.

Antonse pájaro conversó. Perro jabló iguale como gente, y antonse gato jabló; antonse vaca conversó y toíto jabló, y antonse cuando mare pidió terreno, ya iba acabare mundo. Antonse to'ito jabló.

Y antonse muchacho nació chiquito, como medio metro de alto. Y antonse salió muchacho flore en oreja y antonse viene un tomí blanco⁹ y entonse viene de bebero sangre de una oreja.

Y antonse dijo un pájaro un sapo: —¿Usté chifla?—. Y antonse sapo quería chiflare pero no puede chiflaré.

Antonse dijo un pájaro gallinero: —Yo manda chiflare un sapo; usté chifla—. Cuando usté chiflare, yo manda bebero agua un chorro. Chifla sapo, chifla tú también. Antonse gallinero chifló y pájaro dice: —¡Uh! Usté chiflare muy feo. Yo no gusta asina.

⁸ Este relato, que el autor se enorgullece en presentar aquí, es sin duda alguna, un documento de importancia para el estudio de la mitología guaymí. El término “Raza Palenque” nos hace pensar en la influencia maya.

⁹ **Tomí blanco:** colibrí.

Antonse pajarito mandare paloma avisare too venga, too animale venga. Toíto Dio llamare y Dio va bautisare.

Dio dijo: —Usté jablare, usté beber un chorro; si usté no jablare, no beber un chorro.

Antonse too viene y Dio puso nombre de too animale. Dio puso nombre de zorra; Dio puso nombre de conejo; Dio puso nombre de cangreja; toíto Dio puso nombre.

Pajarito ganó todo el mundo de chiflare.

Antonse zorra gallinero dijo: —Yo voy a ponese enamorare un muchacha y le puso de bailare y puso de silbare y dijo: —Chele Chele Chek! Chele Chele Chek!—. Muchacha no gujtare porque chiflare muy feo; bailare muy feo; antonse muchacha no gujtare y se va dormire fogón y se quema cola y dejpuej va comere gallina fogón.

Y antonse salió zorra gallinero, dijo: —¡Je! Cuando yo juí, quemare too rabo; toíta culeca, too gayo, queda pa mí.

Y antonse Dio dijo zorra gallinero: —Usté mijmo bujca muchacha; usté mijmo jué; yo no manda pa ya a tú, y ahora dejpuej tú tái jodiendo, y antonse dise “siempre queda gallina yo comere porque yo quema rabo”.

Y antonse eso acabó. Y antonse jué un trueno. Dijo trueno: —Ejta finca yo voy tirare. Y antonse trueno quemó too, y antonse ardió, tierra; piedra quemó; árbol quemó, toíto alumbró. Venao dijo: —Ese enemigo vamo matare—. Y antonse el venao y el puerco y el ganao, pisa too y trueno no ganó.

Y antonse suquia¹⁰ dijo: —Manda pío¹¹ a bujcare l’agua—. Diuna vez, volaron esa buscaron agua arriba y dinavej topare un chicha; juí pío y topare un comía. Y antonse mucha comía, mucha chicha. Pío no puso sacare l’agua. Tomó chicha, comió bajtante y no puso sacare l’agua y volvió pa tráj. Antonse dijo suquia: —Manda perro—. Perro también puso jugare, no servió pa ná.

Antonse un hombre raza Palenque pasó un río. Gente vive río, gente vive a pique, esa gente no muere. Son coquipelao, blanco, alto,

¹⁰ **Suquia:** hechicero.

¹¹ **Pío:** lechuza.

grande, grueso, no trabaja, no come ni bebe, vive casa piedra, vive jorcón piedra. Esa gente jasío trej piso pa bajo, casa'e piedra.

Antonse esa gente dijero: —Que yo voy a mandare un tomí grande¹² bujcando agua.

Antonse Viejo Palenque anda de paseando río y dijo: —Usté dise Choque manda cuatro cayuco.¹³ Choque, el amo de l'agua.

Salió ese tomí allá rriba, jasta que llegó un casa arriba, toa llesita de agua. No puede entrare, mucho viento, mucho aguasero. No puede entrare allá. Salió viento, salió aguasero y tomí iba volteao pa quí, volteao pa ya. Antonse yega. Jabló con Choque. Choque sentao un tahurete. Choque ej gente no muere. Choque dijo: —¿Qué bujcare tomí grande? Tomí dijo que gente río jabía mandao bujcare agua. Tomí jabló muy ligero, porque él tá cansao. Tomí dijo Maestra: —Maestra mandare bujcar cuatro cayuco. Choque dise: —Yo no mandare cuatro cayuco, sino un cayuco. Usté ejpera cuatro día al aguasero—. Antonse viene tomí abajo; antonse viene tomí; yegó. Antonse él quedó en casa 'e piedra. Tomí él quedó.

12 **Tomí grande:** golondrina.

13 **Cayuco:** fuente de las aguas.

34.
JUAN BIJAO

Juan Bijao era un pobre hombre que no tenía ni qué comer, ni cómo vestirse. Su vestido y rancho eran de bijao. Un día se apareció un conejo, el cual se le brindó para ayudarlo. El hombre resistía, pero al fin quedaron en que el conejo se quedaría cuidando la casa, mientras Juan se iba a trabajar.

No muy lejos de allí, vivía un gran rey que tenía una hermosa hija. Un día, mientras Juan se encontraba trabajando, el conejo se fue donde el rey y le dijo que decía Juan que le prestara la medida para medir plata; el rey se la mandó aunque ésta tenía una rajadurita debajo.

Juan guardaba muy bien dos pepitas: una era de oro y la otra de plata que era todo lo que tenía. El conejo cogió la de plata y la trabó en la rajadura de la medida del rey y se la llevó. El rey, cuando vio la pepita trabada, le dijo que se la llevara a Juan que quizás no se había dado cuenta, y el conejo le dijo que qué va, que él tenía mucho y eso lo había visto y lo había cogido porque no lo quería.

Otro día fue y le pidió la de medir oro, que también tenía la rajadura y le trabó la pepita de oro y sucedió lo mismo que la vez anterior. Juan, al darse cuenta de la desaparición de su tesoro, se enojó mucho.

Otro día fue el conejo donde el rey y le dijo que decía Juan que le diera la hija para casarse. El rey, que lo había deseado, pensando en lo rico que era Juan, enseguida le dijo al conejo que sí, que le dijera que fuera a la casa.

El conejo le contó todo a Juan y él le dijo que por qué había hecho eso si él era tan pobre que no tenía ni con qué vestirse. Antes de llegar a donde vivía el rey, había una quebrada en la cual se quedó Juan esperando lo que pasaba.

El conejo fue donde el rey y le dijo que su amo venía y que la corriente

estaba tan crecida, que se llevó los caballos, la ropa, los zapatos y todo lo que llevaba y por lo tanto Juan se había quedado desnudo tapándose con hojas en la quebrada.

El rey, enseguida le mandó ropa, zapatos y caballo. Juan se fue y lo recibieron con mucha alegría y se dispuso que se casaran enseguida y se marcharan. El conejo se fue adelante y se encontró con una araña que era dueña de grandes posesiones y él le dijo que se metiera debajo de una piedra que venía la guerra. Ella, asustada, se metió; enseguida, el conejo la machucó y se murió.

Y se fue corriendo y le avisó a Juan y le contó todo y le advirtió que mirase todo como si ya él hubiera estado acostumbrado. Así se hizo y tomaron posesión de la gran casa de la araña y les dijeron muchas mentiras a las empleadas y los convencieron. Vivieron felices muchos años.

El conejo le había dicho a Juan que el día que él se muriera, quería que le hiciera una gran sepultura.

Un día, el conejo se enfermó hasta que no respiró más. Juan se acordaba de lo que le había dicho el conejo, pero creyó mejor tirarlo al agua. Cuando lo tiró, el conejo, que se había hecho el muerto, tan solo para probarlo, salió nadando del agua y le contó todo a la muchacha, desde que él había ido a vivir con Juan. Ella se puso furiosa, lo abandonó y lo castigaron, quedando como estaba al principio.

35.
TÍO CONEJO Y TÍO TIGRE

El tigre no sabía cómo hacer para comerse al tío conejo. Entonces dice: —¡Anjá, tío conejo, hoy es el día que me lo como yo!

Entonces dice el tío conejo: —¡Ay, tío tigre, si usted supiera lo que yo estoy comiendo aquí, no me dijera eso.

Dice el tío tigre: —¡Ay, tío conejo, que está usted comiendo ahí?

Dice tío conejo: —¡Queso con raspadura!

Dice tío tigre: —¡Y a dónde consiguió usted?

Dice tío conejo: —Ve, allá; asómese al plan del charco que allá está el queso.

Dice tío tigre: —Ay, tío conejo, y yo cómo hago para cogerlo?

Dice tío conejo: —Vea, amárrese una piedra al pescuezo y tírese allá al plan y lo coge.

Entonces, el tío conejo le amarró una piedra grande, bien grande y lo tiró y se fue huyendo.

36.
EL TÍO CONEJO

Había una vez un señor que tenía un huerto. Este todos los días, cuando lo iba a ver, lo encontraba todo comido y pisado por un conejo. El señor, aburrido, una noche vigiló el monte y cogió el conejo. El señor le dijo a su hijo que lo llevara a su casa y que le dijera a su mamá que lo matara y le guardara la cabeza.

En el camino, le preguntó el conejo al muchacho que qué era lo que le había dicho su papá; el muchacho le dijo que el papá le había dicho que lo llevara a la casa y le dijera a su mamá que lo matara y le guardara la cabeza. Entonces el conejo dijo: —Por eso es que yo digo que los muchachos no saben hacer mandado; lo que tu papá dijo fue que matara el gallo más grande que tenían y que me diera de comer y que me metieran debajo de una batea. El muchacho, al principio, decía que eso no era como decía el conejo, pero después creyó que le había dicho era verdad y así mismo se lo dijo a su mamá.

La mujer mató al gallo, hizo la comida y se la dio al conejo y lo metió debajo de una batea; éste empezó enseguida a hacer un hueco y se fue.

Cuando vino el señor, al ver que no habían matado al conejo, le preguntó a su mujer que dónde estaba el conejo; ella le contestó que estaba debajo de la batea y le contó todo lo que el muchacho le había dicho. El señor se puso tan furioso que le dio una cuera a su hijo y a la mujer, para que no fueran tan brutos.

37.
CUENTO DEL TÍO CONEJO Y TÍA ZORRA

Le gustaba al tío conejo darse importancia delante de la gente. (?) Un día que estaba hablando con algunos acerca de caballos, decíanle aquellos que no tenían ninguno. —¿Cómo?— les preguntó tío conejo—. Yo tengo el mejor del país y es nada menos que la señora zorra.

Esta, que estaba por allí, lo oyó y le dijo a los otros que haría retirar al señor conejo esas palabras. Dijo: —Esperen aquí y verán qué mal rato le voy a hacer pasar.

Corrió a casa de tío conejo y le dijo amigablemente: —Señor conejo, sus amigos van a dar una fiesta y les prometí venir a buscarle—. Este, entrando en sospecha, le dijo que no podía caminar. La tía zorra le dijo que lo llevaría en su lomo, a lo que tío conejo dijo: —Sin silla y brida, no voy—. Aceptó la tía zorra y después de enjaezarla, montó el señor conejo sobre ella, no sin ponerse un par de espuelas puntiagudas que llevaba escondidas. Se pusieron en camino y la zorra se dijo: —Voy a darle a este imbécil un maltrato por llamarme su caballo—. E inmediatamente comenzó a saltar de aquí para allá, avanzando, retrocediendo, con intenciones de tumbar al tío conejo. Pero éste clavó las espuelas con tanta fuerza, que la tía zorra no tuvo más remedio que dar por vencida la pelea.

Al llegar al lugar, tío conejo amarró a tía zorra en la cuadra y entrando en la casa, dijo a sus amigos: —Ves, cómo la tía zorra es mi caballo? Es un poco rebelde, pero ya la amansaré—. Todos fueron a mirar a tía zorra por una ventana.

Terminada la fiesta, montó tío conejo sobre tía zorra y ésta avanzaba lentamente, que el tío conejo, augurando algo, se puso nervioso. Por más que

espuelaba a tía zorra, ésta no avanzaba, pues tumbándose de repente, comenzó a revolcarse y tío conejo salió huyendo para su madriguera. Levantóse la zorra, persiguió a tío conejo y éste viéndose agarrado, se metió en un árbol hueco. Llegó tía zorra y viendo el agujero muy chico, dijo: —De todas maneras eres mío, porque aquí estaré hasta el año que viene.

Al rato pasó tío tigre y díjole la zorra: —Oiga, señor tigre: tengo encerrado al señor conejo en este hueco; así que haga el favor de cuidarme aquí, mientras yo busco un hacha.

Aceptó tío tigre y parándose frente al hueco, dijo: —Señor conejo, ¿tiene algo de comer allí?—. El tío conejo dijo que sí. —¿Cómo?— contestó tío tigre. —Claro que sí, dijo tío conejo, al otro lado del árbol hay una ardilla. Póngase de centinela, que yo la espantaré por acá.

Dio tío tigre la vuelta, y mientras la daba, tío conejo salió a todo correr hacia su madriguera.

38.
EL MUÑECO DE CERA

Éste era una vez un campesino que tenía un maizal y todos los días que iba al monte, encontraba daños en el maíz y no sabía quién podía ser.

Aburrido y cansado de ver tantos males, se le ocurrió hacer un muñeco de cera en el portillo. Cuando tío conejo se fue por la noche a golosear el maíz, se encontró con el muñeco y le dijo: —¡Quítate de ahí si no quieres que te pegue!—. Y vio que no le contestaba, vino y le pegó una trompada y quedó pegado y viendo que no lo soltaba, le dijo: —Suéltame, si no quieres que te pegue de nuevo!—. Entonces le pegó y quedó trabado de las dos manos. Viendo que no le saltaba, le tiró una patada y después le tiró la otra. Entonces vino y lo mordió y quedó completamente pegado.

Cuando llegó el hombre del maizal, se encontró con tío conejo pegado y le dijo: —¡Ayayay! ¡Tío conejo! Así era que yo te quería agarrar!—. Entonces lo amarró y llamó a su hijo para que se lo llevara para la casa y lo mataran.

Cuando salieron, tío conejo y el chiquillo para la casa, entonces tío conejo le dijo al chiquillo que el papá le dijo que mataran el mejor animal y que le dieran la mejor presa, y el chiquillo le dijo que así no era; entonces se pusieron a discutir hasta que lo convenció y así fue. Entonces, cuando llegaron a la casa, el chiquillo le dijo a la mamá lo que le había dicho tío conejo. El conejo se escapó, pero cuando vino el campesino dijo que si ya estaba el conejo y la mujer le dijo que qué conejo. Dijo: —El que trajo tu hijo lo metimos debajo de la paila—. Entonces el campesino, bravo, agarró la escopeta y lo iba a matar pero ya tío conejo se había escapado.

39.
LA ZORRA Y LA GALLINA FINA

Dice que había una vez una gallinita fina que cosía y planchaba mucho; tenía que ir a buscar leña para calentar la plancha.

Cuando salía, dejaba la puerta de adelante cerrada y la de atrás abierta. Pero un señor zorro la estaba vigilando para cazarla; cuando la gallinita entró a la casa, el señor zorro la encerró.

Ya dentro de la casa empezó a correr para cogerla, pero la gallina logró escapar y se trepó al caballete de la casa, pero al tratar de volar cayó mareada y el zorro la cogió y la echó al saco para llevársela y comérsela.

Pero como la gallina era costurera, abrió el saco con una tijera que cargaba en el bolsillo y empezó a recoger piedras para escapar ella y el saco pesaba con las piedras; la gallinita escapó.

Cuando el zorro llegó a su casa, le dijo a la mujer que dónde estaba la paila con el agua caliente para echar la gallina. Cuando abrió el saco con las piedras, creyendo que era la gallina, se vació el agua y se quemó con toda la familia y la gallina no tuvo más peligro con el zorro quemado.

40.
LA ZORRA

Éjta jue una vej una zorra que tenía un hijo y bujó a tío tigre pa que juera padrino der hijo. Tío tigre dijo que sí iba a ser padrino y antonse le jueron a bautisá.

Ar tiempo, tío tigre dijpuso ir a casal alimanes ar monte, y cuando iba de camino, lo vio er ahijao y se antojó dir con er. Tío tigre se lo llevó; cuando llegaron ar monte, se subieron en un palo. Por áhi pasaba toa clase de animal pero er úrtimo que pasaba era er buey.

Tío tigre ejperó que pasaran toítico loj animale y cuando venía er buey, se tiró de arriba er palo y cayó ensima y como er tigre ej tan pesao y lo mató.

Ya usted va a ver: er zorrita quiso jacer las de su padrino, jir a casal, y antonse jué onde su mamá y le dijo que er iba a casal; su mamá le dijo que juera.

Er zorrito se jué y se trepó en er palo y ar rato comensaron a pasal loj animale y de úrtimo venía era buey y cuando yegó junto ar palo onde taba y se le tiró ensima, y como er zorrito pesa naitica, lo que jise fue arañajlo y er animal, ar sentirse eso se restregó con un palo y lo dejó con loj diente pelao.

Antonse la mamá, ar ver que su hijo no yegaba se jué a bujcarlo y lo encontró con loj diente pelau y le dijo: —Veajlo, se está riendo de la yenura; too lo que ha casau, se lo ha comío solo; y lo jue agarrando a cuero y le dijo que cuando se dio cuenta que su hijo taba era muerto, se puso a yorar.

41.
EL TÍO CAPACHO

Éste era un capacho que se forró una patita con cera y al mediodía, la puso sobre una piedra, resultando que se le derritió, y le dijo: —Piedra, tan valiente eres que quemas mi pie—. Y contestó: —Más valiente es el sol que me calienta a mí.

Y dijo el capacho: —Sol, sol, tan valiente eres que calientas piedra, piedra que quema mi pie—. Diciendo éste: —Más valiente es la nube que me tapa a mí.

Y el capacho le dijo a la nube: —Nube, nube, tan valiente eres que tapas el sol; sol que calienta piedra que quema mi pie. Más valiente es el viento que me arrastra a mí.

Dijo el capacho: —Viento, viento tan valiente eres que arrastras la nube, nube que tapa al sol, que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el viento: —Más valiente es la pared que me resiste a mí.

Dijo el capacho: —Pared, pared que resistes viento, viento que corre nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo la pared: —Más valiente es el ratón que me roe a mí.

Dijo el capacho: —Ratón, ratón tan valiente eres que roes pared, pared que resistes viento, viento que corre nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el ratón: —Más valiente es el gato que me come a mí.

Dijo el capacho: —Gato, gato tan valiente eres que comes ratón, ratón que roe pared, pared que resiste viento, viento que corre nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el gato: —Más valiente es el perro que me corre a mí.

Dijo el capacho: —Perro, perro tan valiente eres que corres gato, gato que come ratón, ratón que roe pared, pared que resiste viento, viento que corre nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el perro: —Más valiente es el palo que me pega a mí.

Dijo el capacho: —Palo, palo tan valiente eres que pegas a perro, perro que corre gato, gato que come ratón, ratón que roe pared, pared que resiste viento, viento que arrastra nube, nube que tapa sol, sol que calienta piedra, piedra que quema mi pie.

Dijo el palo: —Más valiente es el hombre que me coge a mí.

Dijo el hombre: —Más valiente es Dios que me manda a mí.

Y allí el capacho se quedó sin hacer sus preguntas, porque se dio cuenta que Dios es lo más grande que hay.

42.
EL ESCARABAJO Y EL ÁGUILA

El escarabajo era un animal que se dedicaba a hacer bolitas de barro para construir su casita. Este era el afán de este animal, diariamente. Un día apareció por la ciudad un águila que se comía toda clase de animal principal. Las gallinas y la pata no sabían qué hacer, porque el águila estaba terminando con sus crías.

Acordose la gallina del escarabajo y fueron a hacerle una visita.

Dijo la gallina: —Buenos días, señor escarabajo.

Contestó el escarabajo. —Buenos días. ¡Qué milagro!

Dijo la pata: —Buenos días, señor escarabajo.

Contestó el escarabajo: —Buenos días, doña pata.

La gallina, como más inteligente que la pata, tomó la conversación con el escarabajo y dice: —Señor, la visita que nos trae a donde usted, es para contarle lo siguiente.

Dijo el escarabajo: —A ver diga.

Dijo la gallina: —En la ciudad donde nosotras vivimos, ha llegado un águila malvada que está acabando con nuestra cría.

El señor escarabajo le dijo: —Dentro de un mes, yo les contestaré.

La visita se retiró y el escarabajo siguió con su trabajo. A los ocho días de haber asistido la visita donde el escarabajo, apareció el águila cerca de la casita de barro. Esta llevaba en el pico una gallina y el escarabajo le dijo: —¡Dejad el animal! ¡No lo matéis! ¿Qué te ha comido ese pobre animal?—. Pero el águila seguía golpeando al pobre animal. El escarabajo, viendo que el águila no le hacía caso, se enfureció y le dijo: —Ese clavo me lo voy a sacar!

El águila le dijo: —¿Cómo? Que un escarabajo se saque el clavo? ¿Estás loco, señor escarabajo?

El buen trabajador le contestó: —Dentro de pocos días te darás cuenta del loco.

El águila alzó vuelo, burlándose del escarabajo. A los días, el escarabajo dejó su oficio y se fue, rumbo al nido del águila. Al llegar al sitio del águila, él se escondió detrás de una piedra. Como el águila no lo había visto, dijo: —Me voy a buscar alimento, porque dentro de pocos días tendré nuevos hijitos.

Ella salió; en cuanto el escarabajo vio que ella se ocultó, empezó a rodar los huevos, uno por uno, como él hacía con las bolitas de barro. Cuando terminó, volvió y se escondió. Al llegar el águila al nido, vio que sus hijitos habían sido estrellados en las piedras, y se puso a llorar. Salió de su escondite y le dijo: —Te acuerdas cuando te dije que dejaras el pobre animal y no quisistes, y cuando te advertí que me vengaría de tí te reiste y echaste vuelo? ¿Ves? Este es el loco.

Mientras que el escarabajo andaba por su venganza, la gallina y la pata decían que se había perdido. Después, cuando supieron la noticia, fueron las mejores amigas del escarabajo.

43.
LA FLOR DE LILOLÁ

Había un señor que tenía tres hijos y el más chiquito se llamaba Manolín, y éste era tan chico que cabía en la bota del papá. Una vez el rey, o sea el papá de estos tres muchachos, se enfermó de la vista y se puso ciego y no hallaba quién lo curara. Un día un señor le dijo que había una flor que lo curaría y le dijo que era la flor de Lilolá, y entonces este señor se interesó en mandarla a buscar con los hijos más grandes, porque eso era por una montaña.

Entonces se fueron los dos hermanos más grandes; caminaron, y caminaron, y al fin llegaron donde una señora que estaba durmiendo un niño y le preguntaron si ella conocía la flor de Lilolá y ella le dijo que sí; entonces, ellos le dijeron que ellos la querían tener y le contaron todo y ella les dijo: —Yo sí les consigo la flor, pero si ustedes me cuidan este niño mientras yo voy a buscarla y ellos le contestaron que no tenían hijo todavía y se fueron sin la flor.

Pero a los días, el rey hallaba que se habían quedado los muchachos, y entonces dijo Manolín, el más chiquito: —Papá, yo voy a buscar a mis hermanos y a buscar la flor y si no me demoro, papá yo voy. El papá no lo quería dejar ir, pero al fin le dejó ir el rey, de tanto rogarle el muchachito, le dijo: —Anda, hijo, con mucho cuidado y no te demores—. Y el muchachito se fue. Al tiempo de estar caminando, llegó a la misma casa que habían estado los hermanos y le contó a la señora y ella le dijo lo mismo y él le dijo que con mucho gusto el quedaría con el niño, pero que le consiguiera la flor y así fue: él se quedó cuidando y ella se fue y le trajo la flor y le dijo: —Anda y vete y dile a tus hermanos, si los topas y si te preguntan si tú la llevas y dile que no y métetela en los zapatos. Y Manolín lo hizo así; pero cuando se topó con sus hermanos, ellos le preguntaron si él había hallado la flor y él les dijo que no. Pero ellos le

dijeron: —Tú la tienes; dánola. Y el muchachito no quiso porque él quería llegar con la flor para hacerle ver al papá que él era el que la había conseguido, pero no pudo, porque los hermanos mayores le quitaron las tres flores que él llevaba y lo mataron y lo enterraron y le pusieron una flor de lilolá en la sepultura y le llevaron las otras dos al papá y él se curó y pudo ver. Pero preguntaba por su hijo más chico y los hermanos grandes no decían nada, hasta que un día un señor que era correo, pasó por la sepultura y la pisó y salió una voz que decía así: —No me pises, no me pises, que mis hermanos me mataron por la flor de Lilolá. Y el correo que sabía el cuento y se fue y se lo dijo al rey y el rey fue y se paró encima de la sepultura y le dijo: —No me pises, no me pises padre mío, que mis hermanos me mataron por la flor de Lilolá. Y entonces puso al hermano más grande y decía: —No me pises, no me pises hermano mío, que tú fuiste el que me mataste por la flor de Lilolá. —Y fue el hermano menor y decía la voz: —No me pises, no me pises hermano mío que tú fuiste el que me enterraste por la flor de Lilolá. Y enseguida quedó el muchacho parado encima de la sepultura y el padre se enteró de lo que habían hecho los hijos más grandes y los mandó a matar a los dos y se quedó con su esposa y su hijo Manolín.

44.
LOS TRES HERMANOS

Dice que Pedro, Juan y Manuel salieron a caminar en busca de una flor de medicina para su abuelita. Cuando iban adelante, cada uno cogió un camino.

Se fueron y estuvieron caminando largos días para poderse encontrar; cuando se encontraron, caminaron un rato juntos. Después se desviaron y cojieron otro camino. El primero en llegar fue Pedro; llegó donde una viejita; la viejita le preguntó que qué deseaba, lo atendió muy bien. Como a la hora llegó Juan; también le preguntó la misma cosa, y como a la otra hora llegó Manuelito.

Se quedaron allí durmiendo aquella noche. Al amanecer del otro día se fueron y más adelante se encontraron con otra viejita. La viejita les preguntó que qué buscaban y ellos le dijeron que buscaban una flor que se llamaba San Antonio.

La viejita les dijo que no tenía. Entonces Pedro, que era el mayor, cuando ella le dijo que no tenía, le salió con una grosería; Juan le contestó lo mismo. Partieron y dejaron a Manuelito.

Manuelito se quedó hablando con la viejita. Entonces él le contó a la viejita el comportamiento de ellos con él; la viejita se condolió del muchacho más nuevo. Entonces ella sí tenía esa flor que ellos buscaban; como él se portó bien con la viejita, ella le dio la flor y le echó una bendición y entonces él le dijo que cuando regresaría, llegaría allí mismo.

Se encontró con los hermanos en la ciudad vecina; ellos le preguntaron que por qué él se había demorado; entonces él no les contestó nada. Ya él se puso a pasear y caminar en la ciudad. Al día siguiente, Pedro le dijo que tenía que ir porque la mamá lo esperaba. Partieron. Manuelito, el día siguiente fue el último en llegar. Llegó donde la viejita de nuevo a que le diera la flor; se fue y

más adelante lo estaban esperando los otros hermanos donde otra viejita. Allí donde ellos estaban, los hermanos de Manuelito, durmieron. Cada uno cogió su caballo y se fué; cuando a medio camino, los hermanos le preguntaron a Manuelito que sí él tenía la flor, lo registraron y no le encontraron nada. Como dos horas después, Juan le dijo a Pedro que se le había pasado una cosa que no le había registrado, que posiblemente en las medias la tenía; entonces se bajaron de los caballos y se la encontraron en la media. Entonces Pedro dijo que tenían que matarlo; lo mataron y lo enterraron a orillas de una quebrada. Cuando lo enterraron, se fueron para la casa a terminar de llegar.

Cuando llegaron a la casa, la mamá les preguntó que dónde estaba Manuelito; ellos le contestaron que él salió adelante y no lo vieron más. Entonces el padre mandó comisiones a la otra ciudad donde ellos estuvieron; entonces consiguió que le dijeran que ellos salieron juntos. También la comisión que nombraron, llegó a donde la viejita. La viejita les contó todo, se regresaron y entonces le contaron lo que les había dicho la viejita.

Como al mes, se fue un cazador a cazar por allí cerca de donde lo habían enterrado. Como a las tres de la tarde se sentó cerca de la quebradita y allí donde lo enterraron había nacido un palo de papalla y el palo tenía varias papallitas y él tumbó dos y se las comió porque tenía mucha hambre. Tomó agua, después tumbó una hoja y como esas hojas tienen un carrizo largo, hizo un pito del carrizo, comenzó a tocarlo y le salió una música distinta a lo que él tocaba. La música decía: —Mis hermanitos me mataron en playa menuda, menuda me enterraron. Por la flor de San Antonio que la abuelita me dió—. Cuando él oyó eso, dejó de tocar y se llevó el pito para la ciudad, para su casa. Cuando llegó allá, comenzó a tocarlo.

Los chiquillos al oír esa música, corrieron a ver qué era; entonces unos chiquillos que eran vecinos del papá y la mamá de Manuelito, les fueron a avisar lo que el hombre estaba tocando. El papá mandó a buscar al hombre con la flauta; entonces el papá se comprometió pagar al hombre veinticinco pesos al hombre de la flauta para que le tocara. Entonces el papá le dijo que lo llevara donde él había cogido esa flauta. Entonces el señor le dio tres hombres más y fueron allá con pico y pala.

Cuando llegaron allá, vieron un alto donde lo habían enterrado los hermanos. Comenzaron a cavar y cuando lo cavaron, resucitó y entonces le contó al

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

papá lo que habían hecho los hermanos con él. Entonces el viejo se fue con él y los otros hombres al pueblo e hicieron una gran fiesta. El papá mandó a los verdugos y el verdugo le dio una gran limpia a los otros hermanos.

EL COMPADRE POBRE Y EL COMPADRE RICO

El compadre pobre tenía siete hijo. Entonse el compadre rico lo convidó un día: —Vamo al platanar, compadre—. Cuando llegaron ayá, el compadre rico le dijo: —A ver, compadre, cuár de esa cabeza quiere?—. Le contejtó el otro: —Vea compadre, esa tá muy galana—. Le contejtó el compadre rico: —El que trabaja tiene.

Entonse ya, a las últimas, cuando ya habían andao too er platanar, le regaló una movía y cuando yegó a la casa el compadre pobre, dice: —Mirá, mujer. Mirá lo que traigo—. Ella le dijo: —Ay, jijo; argo es argo.

Entonce a loj cuatro día, le dise la mujer del compadre rico a su marío: —Oye, por qué no le daj máj pa que siquiera entretengan a loj muchacho con chicheme—. Despuéj volvió y le dijo la mujer der compadre rico a éste: —Regálale una tejnera—. Le contejta el marío:

—Ombe, si yo taba pensando lo mijmo—. Le regaló la que el creía que se moría.

Cuando yegó a la casa el compadre pobre, la mujer le dijo: —Y qué tar er regalo de mi compadre?—. Dice el compadre pobre: —Yo creo que mañana amanece muerta.

Al mej, jue er compadre rico a ver er regalo der compadre pobre, ¡cuando ejtaba mejor que laj otra!

Entonse dise: —Mujer, no la voy a dar; lo que voy a jacer ej que la voy a matar pa dajle el cuero—. Mató la novilla y dejpué yamó er compadre rico: —Compadre venga a bujcar el cuero de su novilla.

Entonse er compadre pobre se jue a bujcajla. Dise la mujer: —Tú si que tienej coraje! Yo tú no la cojería!—. Dise er compadre pobre: —Ejperate, que yo se lo que jago.

Se jue para la suidá a vendel er cuero. Entonse, vendía hajta el pelo. Cuando lo vendió, compró doj cabayo, pasó por delante de la casa der compadre rico y le dise er compadre rico: —Compadre, ¿y en dónde se aliñó?—. Entonse él puso a loj negro a matal ganao. Cuando cojieron loj cuero, er se jué a la suidá a vendejlo como er compadre pobre. Entonse lo cajtigaro a ér porque jue una pejtilancia y jue que ér cojió dijtinto cuero y los ajuntó y se puso en la mitá de la suidá a vendejlo y el gobiejno lo cajtigó, lo encarceló.

Cuando taba ahí, dise: —Jueputa, complace er diablo, cuando voy lo mato—. Yegó a la casa y dise: —Mujel, hajta hoy vive mi compadre. Dise ella: —Er no tiene la curpa.

Entonse er cojió er tinaco de ejcremento y entonse lo aguaitó onde ér taba dormío y se lo tiró ar pobre.

Elloj se alevantaron ahogao en er excremento y se jueron a bañal a hora de la noche. Entonse er compadre pobre recojió lo que pudo. Er siguiente día, se jué con er tinaco y er ejcremento pa la suidá. Cuando yegó, er dijcurrió, “aquí lo voy a vendel”. Too el que pasaba, le desía: —Oiga amigo: doj reale por ver y cuatro por joler—. Como ér se había puejto en la entrá der pueblo, too er que pasaba, iba a ver, disía er: Doj reale por ver y cuatro por joler—. Entonse la gente le disía: —Ejto yede a mierda—. El disía: —Ejto yede a mierda, pero ejto ej y no ej.

El juntó regular cantidá de plata y compró cuatro bejtia. Entonse, cuando regresó, pasó por delante der compadre rico. Le dice er compadre: Compadre, y eso que’ la pasa a usté? Bueno compadre que con er ejcremento suyo — contejtó— tuve pa compral ejto.

Entonse dise er compadre rico: —Mirá, mujel, de ejta no se ejcapa porque lo ajorco.

Entonse er compadre rico le dijo ar pobre: —Compadre, se viene connmigo pa metejllo en un saco—. El compadre pobre le contejtó: —Compadre, ejtoy dijpujto pa lo que usté quiera—.

Entonse se jueron por un cayejón y le dise er compadre rico: —Métase en el saco. Lo guindó en un palo que taba en la oriya del camino. Entonse venía una saca grande. Entonse er compadre pobre empezó a disil: —Yo no quería, pero ahora sí quiero.

Entonse yegó er dueño de la saca, oyendo que dise: —Yo no quería casarme con la hija del rey, pero ahora sí quiero.

Entonse se paró el amo der ganao y le preguntó: —Cómo ej que tú dise que haj dicho “¿yo no me quería casar con la hija der rey, pero ahora sí?”.

Entonse el amo de la saca le dijo otra vej: —No erej tú sino yo—. Entonse ér se metió en er saco y le dise: —Er ganao ej tuyo y laj arfolja yena de plata—. Y se quedó.

Er compadre pobre se jue con er ganao y loj peone y pasó por delante der compadre rico, gritando: —¡Oh! ¡oh! ¡Si máj arto me hubiera jondiáo, máj dinero hubiera sacao!

Entonse er compadre rico se jue, arrebatoo; ñamó a loj peone der y le dise que lo jueran a jondíar al cayejón, pero máj arto todavía que'l otro. Se quedaron loj doj ahí: el amo de la saca y él.

46.
LAS BRUJAS Y EL DIABLO

En un pueblo muy pequeño vivían dos compadres; el compadre pobre y el compadre rico. El compadre pobre le pedía todo al rico, hasta la surrapa del café.

Un día el compadre rico amaneció de mal humor y le negó la surrapa al compadre. Cuando el pobre llegó a la casa, su mujer se puso a llorar y le dijo el marido: —No llores; yo veré lo que voy a hacer.

Se fue el señor; caminó todo el día y lo cogió la noche debajo de un palo de nance y él se trepó arriba. Él, que estaba dormido cuando sintió que llegó un poco de gente, él se asustó: eran las brujas y el diablo, que ese era el sitio donde ellas se reunían para bailar y cantar. Comenzaron a cantar y decían así: —Lunes y martes, miércoles tres—. Les contesta el hombre arriba del palo: —Jueves y viernes, sábado seis.

Ellas se quedan asustadas y vuelven a cantar; les vuelve el hombre a contestar: Dicen ellas: —¿Quién será ese rey que nos ha interpretado bien nuestro canto? Vamos, vamos a bajarlo para que nos ayude a cantar—. Ellas subieron y lo bajaron y se pasaron toda la noche cantando y bailando. Ya por la madrugada, lo abrazaron y le dieron bastante plata que el hombre ni podía con la carga. Cuando el señor llegó a la casa, mandó a comprar la comida y prendieron el fogón.

El compadre rico vio salir humo de la casa del compadre pobre y dice: —Esto no puede ser; mi compadre no ha venido a pedir surrapa hoy y ¿por qué sale humo de su casa?—. Y fue que no esperó que se fue hasta en calzoncillos para la casa del compadre y le dijo: —Compadre, y ¿cómo ha hecho usted para conseguir dinero?—. Le contestó él: —Mire, compadre, ayer usted me negó la

surrapa, yo me fui, me cogió la noche debajo de un palo de nance; entonces llegaron las brujas y el diablo y comenzaron a cantar “lunes y martes, miércoles tres”, y entonces yo le contesté: “jueves y viernes, sábado seis”. Ellas me bajaron del palo, me abrazaron y me puse a cantar con ellas. Por la madrugada se despidieron de mí, me fueron llenando de plata que ni podía con ella.

El rico ni esperó que el pobre le acabara de contar; se fue para su casa, mandó a ensillar un caballo y se fue. Lo cogió la noche allí mismo en el palo de nance. Cuando llegaron las brujas, se pusieron a cantar: —Lunes y martes y miércoles tres; jueves y viernes, sábado seis—. Contesta el hombre: —Arriba del palo: domingo siete.

Dicen las brujas: —¿Quién será ese simplote que nos ha dañado nuestro canto?. ¡Tírenlo al suelo!— Se subió una bruja, lo tiró de arriba del palo; cuando cayó, lo agarraron las otras a puño.

Por la madrugada se fue el compadre rico que ni podía caminar, todo adolorido, hinchado de los golpes. Llegó a la casa y a los tres días murió.

47.
LOS SIETE LADRONES

Dice que una vez había un compadre rico y un compadre pobre. Luego el compadre pobre se fue a rodar tierra, hasta que llegó a una montaña y vio siete hombres que se pararon en la pata de un palo y oyó que dijeron: “¡Abrete, perejil!”

Entonces, el árbol se partió en dos tapas y entraron los siete hombres. Al rato oyó un ruido, como que vaciaron plata de un saco; luego vio salir los siete hombres que montaron en sus caballos; luego salieron a robar. Entonces el compadre pobre se fue a la pata del palo y repitió las palabras dichas por los ladrones y enseguida se abrió el tronco dejando a su vista gran cantidad de monedas de oro y plata, también licores; luego trajo su mula y dos gangochos que cargaban; los llenó y los puso encima de la mula; partió para la casa.

Cuando llegó, el compadre rico vio que el compadre pobre traía grandes riquezas; el compadre rico, envidioso, di una vez le preguntó dónde había sacado tantas riquezas. El compadre pobre le contó todo y lo convidó que fueran de nuevo. Entonces el compadre rico llevó cuatro mulas y el pobre sólo llevó una. Cuando llegaron, repitió las palabras y enseguida quedó abierto el árbol; inmediatamente, el compadre rico vio en abundancia cómo estaba el licor y como era vicioso, se puso a tomar y quedó borracho, mientras que el pobre llenó sus sacos, se lo puso a la mula y partió, dejándolo borracho, dentro del árbol.

Al rato, llegaron los ladrones y entraron al árbol y vieron al hombre dormido; todos pidieron la muerte, pero como tenían jefe, no pudieron matarlo, sabiendo el jefe que con ese hombre podían saber quién los había traído.

Despertaron al hombre, luego le preguntaron quién lo había traído a él; él contestó que un compadre pobre que salió a rodar tierra y los había descubierto a ellos.

Repusieron los ladrones: —Usted tiene que llevarnos a esa casa para matar a su compadre—. Luego, vestidos de mercaderes, llegaron a la casa del pobre que ya se había hecho rico, le pidieron posada, para matarlo en la noche.

Habían dos tanques llenos de miel. La sirvienta, que era muy golosa, fue a tomarse la miel, pero cuando tocó el tanque, oyó una voz que dijo: “Ya es hora”, y la negra, asustada, respondió que no. Luego le contó a su patrón que lo querían matar. Entonces el patrón los mató a todos ellos y le quedó todas las riquezas de los siete ladrones.

EL COMPADRE POBRE Y EL COMPADRE RICO

Había una vez un compadre rico y uno pobre. El rico le había sacado un ahijado al pobre. Cierta día, le dijo el rico al pobre: —Tráigame a mi ahijado para que se pase un rato con nosotros—. El pobre lo trajo y se trajo un motete. En la casa del rico estaba la comida botada y el pobre con hambre.

Dijo el rico: —Vamos al monte—. Lo primero que pasó fue por un platanal. Dice el pobre: —Compadre, los guineos están maduritos—. Dice el rico: —No los toque, que el que trabaja tiene—. Pasó por un arrozal, cafetal, maizal, cañaveral; el pobre le decía para ver si el rico se condolía y le regalaba y el rico le decía: —El que trabaja tiene.

Ese otro día le dijo el compadre pobre a la mujer: —Hoy vas donde mi compadre y le pides el afrecho de maíz, me haces una tortilla que yo me voy a rodar tierra.

Así lo hizo su mujer; muy temprano siguió el compadre rumbo a la montaña. Camina, camina y camina, duró quince días caminando, hasta llegar a una quebrada. Se sentó, tomó agua, se terminó de comer su tortilla y llegaba la noche y tuvo que quedar durmiendo allí. Se echó a dormir en una cueva de tigre, pero él, con la precaución de que el tigre lo fuera a devorar, no durmió.

Llegó el tigre y le dijo a la tía noneca que había llegado también de un castillo. Dice: —Buenas noches tío tigre—. Le dijo entonces el tío tigre a la tía noneca: —Buenas noches, tía noneca—. Le preguntó la noneca que cómo le había ido por la caza y tío tigre le contestó que muy bien, que había cazado dos venados, una chiva y que se iba a quedar arriba de la piedra, acompañando a la noneca, porque si bajaba

se podía caer y mejor se quedaba descansando arriba.

Antes de dormirse, le dijo la noneca al tigre: —No sabe que donde yo voy no puedo ni con las cuencas que me como. Si usted supiera que con el cogollo de este palo y un mazo que pese cien libras, usted saca agua.

Resultaba que en ese país no había agua y la gente se estaba muriendo de sed.

Siguió la noneca diciendo que en el primer hachazo usted tiene que buscar donde hay cascajo; al dar el primer hachazo, haces hueco; al segundo, sale un poquito y al tercero, se llena el pozo de agua.

El compadre estaba oyendo lo que la tía noneca estaba diciendo; esperó la mañana; cuando el tigre se fue, se fue él también. Cogió un cogollo y se fue camina y camina. Llegó a donde una vieja, le pidió un poquito de agua y le dijo la señora: —Mire señor, yo no le regalo agua porque aquí el agua hay que comprarla y estamos muriéndonos de sed.

Dijo el compadre: —Mire señora, yo le voy a decir que yo estoy preparado para dar agua a este país; así que lléveme donde el rey—. Dijo la señora: —¡Bueno señor!— Cuando estaba donde el rey, dijo la señora: —Este señor se compromete a dar agua a esta ciudad—. Dice el rey: —Mire, yo le doy la mitad de mi dinero y a mi hija para que se case con ella—. Dijo el compadre pobre: —Bueno, consígame un mazo de cien libras—. Empezó a trabajar; buscó el lugar donde había cascajo; dio el primer hachazo, abrió el hueco, dio el otro mazo, manó agua. Cuando iba a dar el tercero, colocó el cogollo y dio el hachazo y salió agua por tanques que según cuentan casi se mueren hartos de agua.

Dice el rey: —Bueno, usted se casará con mi hija—. Dice el pobre: —No, yo no me puedo casar con su hija porque mi mujer tiene siete hijos—. Dice el rey: —Por eso no, porque yo le voy a mandar la mitad de mi fortuna y usted se casará con mi hija.

Bueno, así sucedió; el rey mandó burros con zurroneos cargados de dinero donde su mujer, la cual se volvió rica.

El rico le dio mucha envidia más de llevar tortilla de arina porque creía que así se iba a poner más rico. Se fue, camina y camina y llegó al mismo lugar donde llegó el compadre pobre, a la cueva del tigre; se comió la tortilla y se acostó en la cueva y se durmió. En eso llegó el tigre y le dijo a la noneca:

—¿Y cómo le fue, tía noneca?—. Muy mal, —contestó— Parece que los montes tienen oído, ya descubrieron el agua y no he podido comer ni una cuenquita. El tigre le contestó: —Y yo también no he cazado ni un mosquito; así que me voy a dormir porque estoy muy cansado.

Cuando llega a la cueva, se encuentra con el compadre rico dormido y le devoró y llegó inmediatamente la noneca a comer cuenquita, y todavía, nada más, se oyen los cuentos y la mujer todavía lo está esperando.

49.
EL CARBONERO

Éste era un hombre que todo su oficio era hacer carbón. Cuando se iba a trabajar, su esposa quedaba en la casa.

Vino el “pecao” y le dijo al carbonero: —Hombre, tú estás trabajando mucho y tu esposa está viviendo con el señor cura; si quieres saber que es verdad, haces un viaje y te devuelves y lo aguaitas—. Así fue que entonces el diablo le dijo al carbonero que le iba a pedir posada y que la mujer lo iba a mandar a buscar hierba de chusolier.

Así pues, la mujer se queja de que estaba muy mal, que el doctor le había recetado esa hierba; entonces el diablo le dijo que se iba a encerrar en un zurrón. Llega el carbonero y le dice la mujer: —Ay, marido, yo estoy muy mal; vete a buscar la hierba de chusolier a tal playa.

El le contesta: —Sí, mujer; me voy mañana—. El se alistó, se fue y por el camino se encontró con el diablo y le dice éste: —Métete aquí en el zurrón—. Se metió y se fueron. Iba el mozo jalando el caballo con una gran fiebre y pidió posada, cuando estaba el cura con la mujer acostado en una hamaca, cantando los dos, y decía ella:

*Ya mi marido se fue,
ya mi marido se fué
por la playa, a buscar,
hierba de chusolier.*

Y le contesta el padre:

*Ah, con esos versitos,
así es que yo estoy engrú.*

El mozo que estaba temblando con la fiebre, decía:

*Ay, el que está en el zurrón,
escúcheme este sermón.*

Entonces el mozo se fue con su carga y por allá se le salió el carbonero y había unos ladrones que tenían una casa de alto y tenían un gancho para halar lo que se robaban. Entonces llegó el carbonero y halla a la mujer con el padre; agarra al padre en una estera, se fue al rastrojo y lo mató. Ellos menieron la sogá y halaron...cuando era el padre—. ¿Y ahora cómo hacemos? Corran a buscar al carbonero que ese sí lo va a encontrar; fueron y llamaron: —¡Fulano! ¡Fulano Ombe, párese pa que vaya enterrar a un padre que se murió—. Y contestó él: —Sí voy por cuatrocientos pesos, y tapo el secreto y lo voy a enterrar.

Había una casa de una gente muy mezquina; el carbonero agarró el padre muerto y se lo llevó a la casa de los mezquinos y dice el carbonero exclamadamente: —¡Ay, qué sede! ¡Ay, qué sede! Ay, por caridad, demen agua! Y gruñen allá, dentro: —No, aquí no hay agua ni para el cura, contimás para los borrachos—. Y siguió repitiendo: —¡Ay, qué sede! Poco después se levanta una vieja a miar; destapa la puerta y enseguida cae el padre muerto a la mitad de adentro. Ella dijo, llorando: —Ay, santísimo, que por no darle agua se ha muerto el cura de sede—. Y dice el viejo: —Corran donde el carbonero, que lo lleve enterrar—. Fueron, lo llamaron: —¡Fulano! ¡Fulano! Ay, levántese pa que nos haga un favor! —El se levanta y dice: —¿Qué será?— Dice el otro: —Ay, una desgracia que ha pasado en mi casa—. Y dice el carbonero: —Por cuatrocientos voy a enterrarlo.

Se vinieron; cogió él su estera y lo envolilló y lo llevó a enterrar, y fue donde estaba un señor que tenía una gran corrución y tenía la vasenilla en el portal. Llegó el carbonero con el padre muerto, teso ya, y le dice: —¡Dame tu vasenilla!— El viejo le contestó: —¡No! Esa no la usa más naide que yo!— El viejo se fue; entonces vino el carbonero y dejó el cura muerto, embrocao encima de la vasenilla y se fue. Cuando apura la necesidad al viejo y va a la vasenilla, cuando ve al cura y le dice: —¡Júiga de ahí!— Y el viejo veía que el cura no se quitaba, entonces cogió un palo, le pegó y lo tumbó de la vasenilla. De una vez pidió una lámpara para ver quién era, cuando era el padre y dice: —¡Ay, maté al padre! ¡Corran a buscar al

carbonero!—. ¡Fueron, y dice el carbonero: —Voy por cuatrocientos pesos—. Dice el otro: —Sí, sí se le paga—. Y el carbonero sabía que el otro padre, porque eran dos, se iba a la una para la hacienda a verla por mucho tiempo, y acostumbraba de dejar el caballo ensillado. Entonces vino el carbonero y tra' el otro padre muerto y lo montó en el caballo del otro padre. Se levanta el otro cura y dice: —Ay, que me he amanecido dormido, ya es de madrugadita—. Y barajusta para donde está el caballo y cuando vee el bulto montado y dice el padre: —El que tá montado en mi caballo, ¡que se baje! ¡Se baja o lo bajo de un garrotazo! Y saca la mano el padre y hace, ¡pum! y cae el otro al suelo y dice: —¡Ay, lo maté! ¡Lo maté! ¿Y ahora, qué hago? ¡Vayan a buscar al carbonero, antes de que amanezca, porque sinó, quedo yo siendo un matador!

Ya el carbonero había sacado los restos de un cadáver de una bóveda. Entonces se fueron a buscar el carbonero y vino y dice el padre: —¡Hombre! Que te mandé a buscar pa que me vayas a enterrar al padre, que lo maté de un garrotazo, porque estaba de necio en mi caballo.

Dice el carbonero: —Bueno, yo voy por ochocientos pesos, porque usted, siendo un cura, ha cometido esa falta. El carbonero, como sabía de la bóveda escueta, se fue con el cadáver, lo tapó en la bóveda y lo dejó allí y enseguida el carbonero se hizo rico.

50.
EL GIGANTÓN

Había una vez un hombre que se llamaba Gigantón, que tenía su casa y su esposa, y Gigantón también tenía un taller de herrería muy bien arreglado y todo el tiempo lo pasaba en el taller trabajando con sus empleados; muy poco venía a la casa. Por el día, desde las seis que se iba, no volvía hasta las seis de la tarde.

Cuando se le presentó un trabajo a Gigantón en otra ciudad, éste se arregló y se fue a hacer su trabajo, y el trabajo le duró mucho tiempo, que no vino hasta que no terminó de hacer el trabajo. Pero Gigantón había dejado a la esposa embarazada y él se fué.

Gigantón y su esposa tenían mucha amistad con el padre de ese pueblo; así, cuando se fue Gigantón a hacer su trabajo, siguió el padre diendo más amenudo a la casa de Gigantón y al fin este padre estaba enamorado de la mujer de Gigantón. Lo que es que el padre, un día, le dice a la mujer de Gigantón que ella estaba embarazada y le dice la señora que sí estaba, y le dice el padre: —Pero no tiene ni ojos ni narices la criatura—. Contesta la mujer: —¿Cómo va a ser eso, padre?— Y dice el padre: —Sí, hija mía: la criatura va nacer imperfecta—. Y pregunta la mujer: —Pero padre, ¿esto no tendrá remedio? Le contesta el padre: —Sí, yo puedo hacerle los ojos y las narices—. Y dice la mujer: —Bueno, padre, encárguese de hacerme ese trabajo, porque Gigantón no está aquí para que buscara quien lo hiciera. Conque usted me lo va a hacer—. Y dice el padre: —Vamos al cuarto—. Y fueron, y el padre la mandó a acostar y es decir, el padre vivió con la mujer; y cuando terminaron, le dice la mujer que cuánto le debía y él contestó que nada. Pasó algunos días, cuando llegó Gigantón y sale la mujer a decirle que él no sabía hacer las cria-

turas, que las hacía sin ojos y sin nariz—. Preguntó Gigantón: —¿Y quién te dijo eso? Y contestó la mujer que era el padre.

El padre tenía una hija. Entonces Gigantón dispuso hacer un banquete y convidó todos sus amigos y principalmente a la hija del padre. Y así fue que cuando esta niña llegó al banquete, le comenzó a dar Gigantón bastante vino para jumarla y con efecto fue así, que la jumó, y cuando se encontró jumada le dice a Gigantón que le diera donde acostarse, y este tenía ya la cama y el cuarto donde la iba a acostar. La acostó y él se fue a atender a los otros invitados y cuando recordó la hija del padre con la sortija perdida, pero ya Gigantón se la había sacado del dedo. Cuando esta se levantó y fue Gigantón al cuarto donde ella y se fue ella otra vez con Gigantón y le dice Gigantón: —Usted tiene la sortija en el ombligo—. Y dice la niña: —¿Cómo hago para sacarme la sortija para llevarla en la mano?— Le dice Gigantón: —Muy fácil—. Pero Gigantón llevaba la sortija en la mano, y cuando terminó de hacer el trabajo, le dice: —Aquí salió su sortija—. Y se fue esta muchacha y le pregunta el padre cómo le había ido y le contesta: —Muy bien.

Y dijo lo que le había pasado con la sortija, que Gigantón se la había sacado. Y dice el padre: —Me jodió Gigantón. Y se quedaron allí. Cuando va el padre al taller de éste y le da los buenos días, le dice: —Buenos días Gigantón, saca sortija del boquerón—. Y contesta Gigantón: —Buenos días señor cura, hace ojos y narices a las criaturas.

Y allí se aguantaron los dos las dos cosas y no se dijeron más nada; todo se quedó clavo por clavo.

51.
EL LADRÓN POR ESTRELLA

Había en una ciudad una mujer muy rica que quería tener un hijo; ofreció una manda. Tuvo un hijo.

Este, cuando tenía siete años, se robó un zapato de la vecina y lo escondió; buscó su mamá el zapato y la señora también y no lo encontraron; él lo buscó después y lo entregó.

A los diez años se robó, de día, una gallina del gallinero de la misma vecina; ella fue a buscar la gallina y dijo que el muchacho se había robado la gallina. Su madre lo regañó y le dijo que no lo hiciera más eso de robar. El contestó que eso de robar “sería su estrella”.

A los quince años, le pidió la bendición a su mamá y se fue a rodar tierra. Camina, camina y camina, allá muy lejos, en la montaña virgen, se encontró, sentado en las raíces de un árbol coposo y alto, a un hombre pensando. Le preguntó que qué pensaba y éste le contestó que pensaba robarse los huevos de una águila; él le dijo que se los robara porque él era un ladrón igual que él.

El ladrón subió y con mucho cuidado cogió los huevos y los echaba en una chácara; el ladrón por estrella hizo un hueco en la chácara y cuando el otro echaba un huevo en la chácara, él lo apañaba.

El ladrón se bajó, creyendo que llevaba los huevos. Más allá le preguntó que le enseñara los huevos; el otro corrió a enseñarlos y no encontró ni un huevo. El ladrón por estrella los sacó del bolsillo y se los enseñó; el otro dijo: —Yo soy ladrón, pero tú eres más ladrón que yo.

Llegaron a una ciudad, adonde una abuelita, y le pidieron posada. En esa ciudad había un rey muy rico que vivía en un castillo de oro.

La primera noche fueron y hicieron un hueco por el techo y se robaron una gran cantidad de oro y plata. Ese rey tenía un ladrón ciego que adivinaba;

el rey corrió enseguida y le preguntó al ladrón ciego; éste contestó: —¡Ah, qué ladrón! ¡El Ladrón por Estrella! ¡Si yo tuviera vista, con él anduviera!

El ladrón por estrella tenía en la mano una estrella, que cuando esa estrella alumbraba, era día o noche de robar.

Un día se levantó temprano y no vio su estrella resplandecer. No quería ir a robar esa noche; el otro quería robar; le aconsejaba que no fuera, pero éste rogó hasta que fueron; pero el ladrón por estrella no se metió a robar. El otro, tan innoce, se metió; debajo había una paila con brea y cayó dentro y no había otro escape que morir. El ladrón por estrella le cortó la cabeza y se la llevó para donde su esposa.

El rey fue a buscar al ladrón y encontró sólo el cuerpo sin cabeza. Corrió donde el ciego, que dijo: —Cogieron a un ladrón, pero no al Ladrón por Estrella, que si vida tuviera, con él anduviera.

Vino el rey, cogió el cuerpo y mandó arrastrarlo por todas las calles de la ciudad y a poner un número en la casa donde lloraban.

El ladrón por estrella dispuso de partir una sandía y decirle a la esposa del ladrón que el muerto lo arrastraban, que cuando lloraba no pronunciara su nombre del esposo. Así fue, cuando traían al cuerpo, se cortó el dedo y la mujer decía: —Ay, mi pobre hijo que se ha cortado la mano!—. Los hombres corrieron a ver quién lloraba; la mujer salió y dijo: —Mi hijo, que se ha cortado. ¡Mírenlo!—. Y corría la sangre. Pero los hombres pusieron el cartelón que decía: “Aquí lloraron”. El ladrón por estrella iba atrás, pegando también cartelones, hasta en la casa del rey.

Cuando el rey preguntó: “¿Encontraron el ladrón?”, los hombres dijeron que sí. El rey corrió a ver, pero en todas las casas había papeles escritos: “Aquí lloraron”. No pudo el rey saber dónde había sido que lloraban.

Por astucia del ladrón ciego, dispuso velar el muerto en el centro de la ciudad y el primero que llegaba a robarse el muerto, era el ladrón por estrella.

Puso a centenares de personas con armas a coger el ladrón por estrella. Estaban velando al muerto, cuando venía un pobre leñador en un caballito, chiquito y flaquito, con unos haces de leña, con unas botellas chocando. Los soldados quedaron despiertos; decían unos: “Yo lo mato”; decían otros: “No,

no, es un pobre leñador”.

Dijo el ladrón por estrella; —Buenas noches mis nietecitos, buenas noches; vengo de muy lejos. Voy para la ciudad a vender esta leña para alimentar a mis pobres hijos. ¿Ustedes no tienen frío? ¿No tienen ganas de fumar— Dice un soldado: —Deme su pipa para echar una fumá—. Este le gustó mucho el tabaco y le pidió tabaco. Vino el ladrón por estrella y repartió un tabaco a cada hombre. Comenzaron a fumar y se cayeron de la juma del tabaco. Vino el ladrón, cogió él el muerto y lo enterró en el cementerio. Muy de mañana llegó la invasión, sin coger el ladrón por estrella y sin el muerto.

Corrió el rey, le preguntó al ladrón ciego, que contestó: —¡Ah, qué ladrón! Si yo tuviera vista, con él anduviera. Ese si es ladrón entero: el muerto en el cementerio, ¡como yuca!

A la siguiente noche, recogió el rey otro ejército para tomar al ladrón y decía: —El que pase por allí primero, es el ladrón.

Sacaron al muerto del cementerio y lo pusieron a velar en los matorrales más lejos, donde había pista que pasara el ladrón. A las doce de la noche estaban los soldados esperando el momento; unos caían de sueño, otros caminaban de un lado, otros de otros, cuando venía un padre rezando: —Padre Nuestro; Ave María!—. ¡Decían los soldados: —¡Yo lo tiro, lo mato!— Decían otros: —¡No, que es un padre!

Dijo el padre: —Buenas noches, queridos hermanos. Vengo de una ciudad lejos, con una misión y visitando cementerios; ando por todas partes, bendiciendo las sepulturas.

Llevaba unas botellas con bebida preparada para adormecer los soldados. Y dijo: —Bueno ustedes tendrán frío. ¿Cuántas noches tienen de estar aquí?—. Contestaron: —Dos, señor; esperando el ladrón por estrella—. Respondió, haciéndose el sorprendido: —Nunca había oído decir que había un ladrón por estrella. ¿Quieren tomarse un trago para soportar el frío?— Todos gritaron: —¡Sí! Les dio unos tragos, todos cayeron dormidos. Vino, los vistió de curas y les peló el coco. Se llevó el muerto y lo enterró.

A las seis y media estaba una señora moliendo masa en una piedra, cuando vio venir una misión de curas y corrió para la casa cural a avisar al padre que venía una misión; corrió el padre y se fue a tocar las campanas: “¡Talán! ¡Talán! ¡Talán!

Se pusieron las gentes de la ciudad a hacer la venia a los curas que llegaban. Corrió el padre y les preguntó qué venían a hacer; dijeron todos: —Nosotros no somos curas, somos soldados del rey. Se fueron a donde el rey que se sorprendió de ver llegar tantos curas a su castillo. Dijo: —¿Y el ladrón? ¿Y el muerto?— Contestaron los soldados: —Se nos escapó; si usted nos quiere ahorcar, nos puede matar. Lo que somos nosotros no vamos más a cuidar ese muerto; el ladrón se lo llevó— Dice el ladrón ciego: —¡Ah, ladrón! Enterró el muerto en el cementerio!

Volvieron y sacaron el muerto y lo estaban velando en la iglesia. Por la noche, a la una de la mañana, quedó el rey atemorizado y su gente salieron a huir: venía llegando cien cabezas de chivo que traían en cada cacho una vela encendida; el ladrón con una máscara de diablo y montado en el chivo más viejo y grande. También traían una campanilla colgada debajo del pescuezo. Decían: —¡Júigan, que viene el diablo!

Los chivos venían trotando y llegaron a la iglesia y todos brincan a huir y dejaron al muerto; él se lo llevó y lo enterró.

El rey le propuso al ladrón por estrellada que si él era ladrón, que se robara la manta de su hermano, mandando avisar y la hora. Así fue que a las doce de la noche, había mandado a decirle esa propuesta. El hermano del rey lo sabía, había escondido su manta debajo de su cuerpo y no dormía. En un momento le entró un sueño y se quedó como moribundo y llegó el ladrón y se robó la manta. Cuando despertó al momento, no encontró la manta.

De nuevo el rey le propuso que se robara a su hermano. De nuevo está el hermano bien despierto, cuando en eso se apareció adelante de él, San Juan, que le dijo: —Oye, ha llegado el momento que Dios te mandó a buscar; dijo que te echaras en este saco y que yo te llevara—. El hombre le dijo que sí y lo echó en el saco y por el camino lo tiraba por el suelo. Aquel decía: —¡Ayayay! ¡Ayayay! ¡Qué dolor!— Él le dijo: —¡Estás pagando tu pena!

Al llegar al palacio del rey, lo tiró duro que cayó arriba del último piso; se rompió el saco y salió el hermano del rey y se le arrodilló creyendo que había llegado a la gloria.

Dijo el rey: es mi hermano. El rey le mandó a decir que si era muy ladrón que se robara su caballo.

Arregló su caballo con la montura y la caballería que lo cuidaba. Los

caballeros cuidaron el caballo tres noches, y la última, como estaban muy cansados se durmieron y llegó el ladrón y se llevó el caballo.

El rey estaba muy pobre porque todas sus riquezas el ladrón se las había robado. Propuso encerrar todos los hombres de la ciudad con su hija, y que el que dormía con ellos, era el ladrón. Así fue que el ladrón por estrella se acostó con la hija del rey; ella, con mucho cuidado, le cortó el cuello de la camisa. El ladrón por estrella vino con una tijera y a todos los que estaban, les cortó la punta del cuello.

Por la mañana, corrió el rey a ver quién había sido y todos salieron iguales. Dice: —Todos estos hombres han sido de mi hija? ¡No puede ser! ¡Qué desgracia!

El ladrón por estrella, viendo que el rey no podía atraparlo, se presentó ante el rey y le entregó el dinero que se había robado. El rey le entregó la corona y se casó con la hija del rey y no volvió a robar más. Así termina este cuento de un joven que robar era su estrella.

EL ASNO TRANSFIGURADO

Éste era una vez un hombre que era muy distraído, que se llamaba Cándido. Este caminaba llevando de un bozal a su asno que caminaba detrás de él.

Dos ladrones lo vieron; el más astuto de los dos ladrones, le dijo al otro: —Voy a apoderarme de ese burro—. ¿De qué manera?, le preguntó su compañero—. El más vivo se acercó sin hacer ruido y cogió la soga con que el señor llevaba su burro y se la entregó a su compañero, y poniéndose la soga alrededor del cuello de su cabeza, se dejó remolcar por el hombre distraído, con el fin de darle tiempo a su compañero para poner el asno en un lugar seguro.

Entonces éste se paró rápidamente; el buen hombre tiraba y tiraba, pero la bestia seguía atacada. Al ver esto, el señor se volvió y vio con gran asombro que lo que tiraba era una soga que rodeaba el cuello de un hombre. —¿Qué hace allí?, preguntó—. Y éste le contestó: —Pues, te diré: yo soy tu asno, y te lo voy a explicar: yo tengo una madre anciana y una vez yo, borracho, levanté la mano sobre ella para pegarle. Mi madre invocó una maldición sobre mí y me transfiguró en un asno. Y veo que mi padre a pedido clemencia a Dios para que le devuelva su hijo—. El señor, al oír esto, le dijo que le devolviera su rienda y que se fuera.

Al llegar a su casa, le contó todo a su esposa. Su mujer se creyó esto y alabó la grandeza divina. Al día siguiente fue al mercado en el cual estaban todos los animales atados, y lanzó un grito de asombro: entre los asnos en venta estaba el suyo. Se acercó a éste y le dijo: —Miserable, veo que te has entregado a la bebida y le has vuelto a pegar a tu madre; pero por más que tienes buena apariencia, yo no soy tan bruto de volverte a comprar.

53.
EL SEÑOR DEL DOLOR DE MUELAS

Dice que este era un hombre que vivía en el campo y le debía a todos los del pueblo. Dice que él no podía pagarle a ninguno y entonces inventó hacerse el malo y era con un dolor de muelas. Entonces se metió dos corozos en los cachetes y entonces le dijo a la mujer que él se iba a meter dos corozos en los cachetes y se iba a hacer bien malo y de eso se iba a morir; la mujer le tapó todito, y le dijo que taba bien.

Ese otro día se corrió la bola de que el hombre se había muerto, y todos fueron a verlo si era verdad. Entonces lo perdonaron, le rezaron y llevaban cosas a su mujer.

Pero dice que él tenía una vecina que fue la única que no lo perdonó; ella decía que alguna cosa le quitaba a la mujer, mas que fuera una gallina. El muerto estaba acostado en la mitad de la casa, en una mesa, y tenía puesta cuatro velas. Entonces toda la gente, en el día, estaban en la casa del muerto y en la noche se iban para su casa; nada más las que velaban el muerto eran la vecina y su mujer.

Dice que como a las doce de la noche, venían unos ladrones de una ciudad y no hallaban donde repartir las cosas y entonces vieron la luz donde estaba el muerto y llegaron ahí y comenzaron de una vez a repartir el oro, la plata y las herramientas. Entonces, sobraba una punta de cruz y entonces el que repartía le dijo a los otros que ninguno se pusiera bravo por la punta de cruz que había sobrado, que iban a jurgar el muerto.

El muerto, que estaba oyendo todo eso, se levantó y los robones que vieron que el muerto se paró, salieron huyendo y el muerto se fue detrás y entonces los robones no vinieron más y dejaron todo lo que habían

MARIO RIERA PINILLA

robado; entonces él se fue otra vez para la casa a decírselo a su mujer que estaba dormía y la vecina se paró y le dijo que le pagara lo que le debía y entonces él le dio una bolsa llena de plata porque fue la única que no lo quiso perdonar.

Ese otro día, por la mañanita, se fue al pueblo a mercar unos cajones para meter la plata que los robones le habían dejado; entonces la gente del pueblo lo vieron y comenzaron a cobrarle y entonces él dijo que él no le debía a ninguno nada, porque todos lo habían perdonado.

Él hizo una casa en el pueblo para vivir con su mujer y dice que vivieron muy a gusto.

54.
NO HAY MUJER HONRADA

Había una vez un comerciante que era casado y muy rico; él viajaba frecuentemente para las otras ciudades y éste se demoraba en esos viajes, un mes y dos meses; así eran sus viajes siempre.

Este rico quería a su mujer y la adoraba; cuando se le ocurrió salir, como acostumbraba, al parque, cuando se encuentra con otro hombre rico, pero este era soltero y se pusieron a conversar de la vida y se acordaron hasta de las mujeres. Este joven soltero le decía que no había mujer honrada y el casado decía que sí, que su mujer era honrada; le dice el hombre soltero que hicieran una apuesta de fortuna por fortuna o quiere decir, todos los intereses de ambos.

Este hombre comerciante dijo que si hacían la apuesta, esta apuesta era en serio. Le dijo el comerciante: —Palabra de dos hombres como si fuéramos dos reyes. Esta apuesta quedará con un plazo de un mes y otro mes para entregar el que pierde.

Esta apuesta quedaba, y el comerciante se iba para sus diligencias y le dice el comerciante: —Si usted me consigue una prueba de mi mujer, perderé todo; si usted no me consigue nada de prueba, también perderá todo.

Así que estos se separaron y quedó el soltero pensando cómo iba a hacer; porque este soltero no sabía ni en dónde vivía el hombre casado, mucho menos la esposa; ni sabía a dónde quedaba la casa.

El hombre se rompía la cabeza pensando y ya le faltaban nada más que tres días para el plazo que se había puesto, y éste estaba llorando en el dicho parque, cuando llegó una vieja y le dice: —¿Qué le pasa buen joven?— y le contesta: —¿Para qué le voy a decir?— Y dice la vieja: —Males comunicados, si no se quitan se alivian.

Entonces le comenzó a contarle a la vieja, cómo había hecho la apuesta, y le contesta la vieja: —¿Por eso es que usted está triste? ¡Lo más fácil!— Dice éste: —¿Cómo lo más fácil?—. ¿Y dice la vieja: —¿Qué me daría usted, si yo le consigo algo de esa señora?—. ¿Dice el soltero: —Yo le hago una casa buena y bonita—. Esta vieja vivía en un ranchito, era pobrecita.

La vieja se fue para la casa de la mujer casada, pero la vieja le dijo al hombre que la espere allí mismo y éste la esperó.

La vieja se fue y le da los buenos días y fue bien atendida de la casada y comenzó la vieja a decirle que tenía mucho tiempo que no la veía y ella venía a verla y a bañarla como ella la bañaba cuando estaba chiquita y que también le había dado de mamar el pecho.

Tanto le dio que cuando la mujer se fue a bañar, se fue la vieja y comenzó a restregarla y le untó jabón bastante en los ojos, y tenía tanto jabón que la mujer no los podía abrir y, en esto, medio le surró el dedo y le sacó la sortija de matrimonio y se la guardó. La niña no se dio cuenta cuando se la quitó.

La vieja se fue a entregar la sortija al dicho hombre, que ya estaba llorando; ya éste se quedó contento porque ya tenía la prueba al hombre cuando venía el comerciante.

Cuando llegó el comerciante, se regocijó con su señora y salió después de haber llegado, al día siguiente. Salió a verse con el dicho hombre de la apuesta y le preguntó al comerciante: —¿Qué tienes de prueba de mi señora?—. Y le enseña la sortija, y dijo: —¡Está bien! Pero lo que te pido es un mes de plazo para yo arreglar mis cosas—.

Y buscó carpinteros para construir una gasolina y la hicieron lo más bella, que quedó adornada con alhajas de oro y piedras preciosas. Esta gasolina la pintaron de blanco y le puso un letrero que decía que el que encontrara esa gasolina que abra la puerta y verá lo que tiene.

El comerciante, cuando terminó la gasolina, convidó a su esposa a pasiar a la playa, pero la mandó a arreglarse con el traje de matrimonio y las más lujosas joyas que tenía. Se fueron para la playa y esta mujer iba con el credo en la boca que creía que el marido la iba a matar, pero esto no lo pensó nunca su marido.

Así, cuando llegaron a la playa, vio la inocente mujer la gasolina y dice: —¿Qué linda esa gasolina!—. Y le dice al marido: —¿Quiere verla? Dice ella: —

Sí, vamos allá—. Así que entraron, él se salió disimuladamente y le trancó la puerta y le cerró el candado por fuera y comenzó a empujarla para afuera de la playa; así que ya no pudo empujarla más, la dejó que se fuera con el golpe de las olas y quedó la gasolina ambulante. Y él se vino para la casa y fue a entregar todos los bienes al dicho hombre soltero.

El hombre de la pérdida, después que entregó todo, se puso a chupar aguardiente y se puso que era un borracho despreciado; ya nadie lo consideraba como un hombre honrado, ya que era un parrampán. Se sometió a la borrachera para morirse borracho, para no saber ni entender de nada; se puso insostenible que él no tenía a dónde dormir ni a dónde comer; ni trabajaba; él se juntaba con los otros borrachos y le daban y se jumaban; ya estaba perdido; ya no se acordaba de su mujer.

La gasolina andaba ambulante por la mar, a los golpes de las olas; pues esto no duró mucho tiempo, porque a pocos días pasó un barco, y un marinero le dice al capitán del barco: —Allí viene una gasolina sin quien la maneje—. Y el capitán arrió a donde estaba la gasolina y la remolcó o, es decir, que cuando éste cogió la gasolina se fijó en el letrero que dice que: “que el que encontrara esta gasolina, ábrala y verá lo que tiene”—. Cuando este capitán abrió la puerta, lo primero que ve es la señora y le dice: —Usted qué hace aquí, señorita?—. Y le dice ella: —Señor, muy bien, pero yo no soy señorita; soy una señora casada, que yo no sé por qué mi marido me tiene aquí. El me ha encerrado que no ha sabido cuáles son los motivos. ¿Aquí todos son hombres, verdad? Entonces me van a guardar el secreto de no decir que yo soy mujer y usted que me va a sacar a tierra, me va a tuser como hombre y cuando salimos a tierra me va a hacer un gran favor de comprarme una muda de ropa de hombre: camisa, pantalón, calzoncillo, camisetas y corbatas y mi terno entero para que salga conmigo. A ver si encontramos quien nos compre esta gasolina. ¿Usted cree que no habrá quien me la compre?— Y salieron.

La demora fue decir que vendían una gasolina muy bien arreglada con muy buenas condiciones, muy bien adornada, que era muy lujosa y la fueron a ver y, apenas la vieron, no tuvieron trastorno en decir que sí. Preguntaron que cuanto valía y le dijeron que quince mil pesos valía la gasolina y se los dieron.

Inmediatamente así que ella recibió su plata, pagó al capitán y se equipó de ropa y le pidió al capitán que la llevara a buscar un trabajo, y el capitán tenía un

amigo que era el gobernador de esa ciudad y le pidió trabajo para un joven que era desconocido en ese pueblo y encarecidamente le pidió que le consiguiera un trabajo. Pero el gobernador le preguntó que si él sabía escribir en máquina y le contestó que sí; este gobernador no tenía secretario y lo colocó el gobernador.

Ésta siguió trabajando porque ese capitán era de lo más noble y bueno que fue con la señora. En ese mes que ella estaba trabajando el nuevo secretario, nadie desconoció que era una mujer. En ese tiempo que ella estaba trabajando, aclamaban a ese gobernador la gente de su pueblo que les mandara un gobernador nuevo; el que tenían no sabía hacer buenas leyes y por eso pedían otro gobernador de esa otra ciudad. El gobernador de esta ciudad le dice al secretario: —Yo mucho lo siento el separarme de usted—. Y contesta el secretario: —Si usted cree que yo puedo ser un gobernador, lo que usted diga—. Dice el gobernador: —Bueno, te vas mañana—. El gobernador comunicó a ese pueblo que ya estaba en camino el nuevo gobernador, que lo esperaran, y estaba la multitud de gentes esperándolo y así que lo recibieron muy bien, lo llevaron a la gobernación y después al hotel donde iba a vivir.

Al día siguiente, salió el gobernador nuevo al balcón y lo primero que ve es su marido borracho y tirado en un portal sucio, barbón y con el pelo largo; pero ella, por encima de todo eso, lo conoció y mandó al agente de policía que le llevaran ese borracho a la policía a dormir, que días de trabajo no se estaba en esas condiciones; el policía no quería llevarlo porque ya ese hombre no tenía precio. Dice el nuevo gobernador: —¡Vaye y llévelo! Y si no puede, llame otro que lo ayude y lo llevaron entre dos agentes y lo estuvo ese día guardado. Pero le mandó a hacer comida entera para desde el desayuno. Al otro día, llamó por el bejuco al capitán de la policía, diciéndole que necesitaba un preso para mandadero, y le contesta el capitán que pidiera el que quisiera y dice el gobernador: —¡Mándeme ese borracho!

Llevaron al borracho por delante de un policía y lo mandaron sentar y le dice el gobernador: —¿Por qué estás así? ¿No tienes otra ropa?— Le dice él que no. El gobernador mete la mano en el bolsillo y dice: —Señor agente: vaye a la tienda con él y le compra zapatos y un vestido y sombrero para que se cambie—. Y lo mandó a pelar y afeitarse y el peluquero no quería pelarlo porque no tenía con qué pagar. Pero éste, antes de ir a pelarse, le dice al

gobernador: —Señor gobernador: yo no ha hecho nada. No ha matado a nadie, ni cortado, ni peliado. ¿Por qué me cargan así?

Dice el gobernador: —No, que tú te vas para la cantina y no te tusas ni te raspas la barba y te chupas la plata—. Dice él: —Por Dios, señor gobernador: déjeme ir solo, que yo si voy a la peluquería. Como esta peluquería quedaba al frente de la gobernación, él salió a ver dónde se metía y vio la discusión que tenía con el peluquero y desde acá habló el gobernador, y siempre lo arreglaron y lo mandaron a bañarse.

Cuando estuvo un lugar, le preguntó al hombre botel a buscar la comida y comieron juntos y siguió el mandadero buscando la comida para el gobernador. Pero el agente de policía le había dicho todo, cómo era este hombre que era muy rico y por una apuesta perdió toda su fortuna y la mujer la metió en una gasolina que mandó hacer; dice él que la hizo muy bien acondicionada y muy lujosa, adornada con piedras preciosas muy finas.

Este gobernador estaba trabajando muy bien y condicionando todos los papeles de la gobernación que estaban muy esparatiados, que no tenían orden.

Cuando estuvo un lugar, le preguntó al hombre borracho que lo tenía de madadero. Le pregunta: —¿Por qué estáis tú en ese estado?— Le contestó el mandadero: —Yo estoy en este estado porque yo hice una apuesta con otro rico que nos topamos en el parque y nos pusimos a hablar de la vida de todos y llegamos hasta a hablar de las mujeres y él me dijo que no había mujer honrada. Y yo le dije que sí había porque mi mujer era muy honrada y hicimos la apuesta con un mes de plazo; si él me daba una prueba de mi mujer; que yo me voy a un viaje y me voy un mes, cuando vengo me darás la respuesta. Pero yo vine, me tenía la sortija de mi señora y yo le dije que me había ganado. Yo lo único que le pedí fue que me diera un mes de plazo y busqué carpintero para hacer una gasolina.

Le pregunta el gobernador que si esa gente, él y la vieja todavía estaban vivos y cuando le dicen que sí, entonces hizo una orden para el dicho soltero y le mandó con un policía y el soltero no se la recibió porque él no tenía nada que hacer con el gobernador, que él no lo conocía y se puso muy bravo y dijo que no venía.

El gobernador jaló por el bejuco y llamó al capitán de la policía, para que fuera al día siguiente con cuatro policías más; que lo trajera vivo o muerto.

Éste se opuso y le habló el capitán: —Vamos a la buena, porque tengo orden de llevarlo vivo o muerto—. Cuando este hombre bravo, vio la cosa seria, se alistó y se vino con ellos y llegó a la gobernación con altanería y tuvo el gobernador que callarlo y decirle que bajara esa voz, que no eran iguales. Dice el otro: —¿Para qué me quiere?— Y dice el gobernador: —¿Para qué lo quiero? ¡Por algo lo mando a buscar!

Llamó al mandero y salió el mandero y dice el gobernador: —¿Usted conoce ese hombre?— Y le dice el otro que no. Y le dice lo mismo otra vez que si no lo conoce y le contesta otra vez que no. Le repite el gobernador: —¿No lo conoce?— Entonces le dice el otro: —¡Ah! Sí. Este hombre es un hombre que yo hice una apuesta y yo se la gané—. Y le contó todo como había pasado esa apuesta. Y le dice el gobernador: —¿Y qué consiguió usted de prueba de la mujer de este hombre?— Y le dice: La sortija de matrimonio. Pregunta el gobernador: ¿Y cómo consiguió usted esa sortija? Si usted no conocía a la mujer de ese hombre, ni a dónde vivía, entonces cómo hizo?— Dice: —Ya como me faltaba nada más que tres días para cumplirse el plazo de la apuesta, estaba yo muy triste en el parque, cuando se me apareció una vieja y me dice que qué me pasaba, y le contesté que para qué le iba a decir y me dijo la vieja que le dijera que males comunicados, si no se quitan se alivian, y le comencé a decir y la vieja me dijo que qué le daría yo si me conseguía algo de esa niña...

Le dice el gobernador: Tienen que irme a buscar esa vieja y traérmela aquí—. Y se fue la policía a buscarla y la trajeron y le hace la pregunta el gobernador que cómo hizo para conseguirle la sortija a ese hombre, y dice la vieja: —Muy fácil. Yo me fuí a la casa de ella y le dije que yo la quería bañarla como cuando estaba chiquita, que la bañaba y le daba la teta y yo le dije que la quería bañar porque hacía mucho tiempo que no la veía y nos metimos al baño y le unté bastante jabón en los ojos y en las manos y le saqué la sortija y se la di y él me dio una casa buena.

Entonces le dice el gobernador al malvado hombre, que él había perdido su apuesta porque él no había conseguido nada, porque él no conocía si quiera a esa mujer para que la hubiera censurado su vida; que tenía que entregar todos sus intereses, los suyos y los de él y usted queda preso y la vieja queda presa por tres días y la casa es de este señor.

Al mandero lo guardó en el cuartel mientras le entregaban sus intereses.

Cuando le fueron a entregar sus intereses, salió y se fue para su casa. Pero éste, mientras estuvo trabajando con el gobernador, éste dormía siempre en el cuartel y cuando recibió sus intereses, se fue para su dicha casa, y le dice el gobernador: —Ahora que te vas para tu casa, me vas a dar un lado de tu casa—. Y le dice el mandero: —¡Como no! Todo lo que usted quiera.

Entonces dijo el gobernador: —Yo te aviso cuando yo quiero irme—. Pues ya el gobernador tenía un mes de estar trabajando allí y cuando ella consiguió lo que quería, pidió su renuncia al otro gobernador. Le dijo éste:

—La gente de esa ciudad te quieren y me piden que no te acepte la renuncia; en ese caso se te aumenta el sueldo.

Entonces este gobernador le escribió una carta bien explicada, diciéndole por qué pedía la renuncia, que ella no era tal gobernador, sino que ella quería hacer esta sentencia, porque ella tenía que castigar, porque así se lo había pedido a Dios y se lo consiguió. Cuando mandaron el nuevo gobernador, lo esperó; cuando entregó la gobernación mandó a avisar a su mandero que lo viniera a buscar y se fueron conversando, hasta que llegaron a la casa y el dicho gobernador le decía: —¿Tú no te acuerdas de tu esposa, del físico?— Decía el hombre: —Si yo la viera, la reconocería—. Y así le dijo muchas veces y no pudo conocerla; hasta que le dijo ella que no podía conocerla, lo llamó para el cuarto: —Ven acá para que veas!—. Y entraron al cuarto y comenzó a desnudarse, a quitarse la camisa de franela y pantalón y calzoncillo y quedó en calzonario y fue cuando la conoció y se regocijaron con abrazo y beso y casi amanecen hablando y quedaron felices nuevamente.

55.
LAS TRES TORONJAS

Había una viejita, y esa viejita todos los días iba donde un rey a pedirle limosna al rey; éste le daba y le daba hasta que un día se aburrió.

El rey le daba la limosna por una ventana. Le dijo la viejita: —Buenos días, señor rey—. Y él le dijo: —Buenos días—. Ella le dijo que venía a buscar la limosna; él le dijo: —¡Espérese, que ya voy a dársela!— Y entonces le echó una basenilla de miao que tenía recogido y la viejita le dijo: —¡Anda! ¡Perdió usted lo que le iba yo a regalar!

Entonces dijo el rey: —Venga acá señora, que le voy a dar todo lo que usted quiera—. Dijo ella: —Mande a la casa—. El mandó a un muchacho y la viejita le entregó tres toronjas y le dijo: —Bueno, usted las abre donde hay agua.

Entonces el muchacho no aguantó a abrir donde hay agua y la abrió donde no había: salió una niña bonita que le dijo: —Dame agua—. Y él no le dio porque no había y se murió. Entonces se fue y dijo: —Yo voy a abrir esta otra y la abrió y salió otra niña y se murió porque no había agua, y se llevó la otra donde había agua, la abrió, le pidió agua la niña, que era muy bonita y él le dio el agua.

Entonces viene él y la trepó arriba del palo y le dijo que lo esperara, que él iba a buscar al papá y a la música para llevársela. La niña era tan bonita que el agua brillaba. Entonces bajó una negra que era moza de allí y se quedó admirada de ver a la sombra tan bonita y entonces dijo: —¡Je! Tan bonita yo y cargando agua. A peso no puede ser—. Quebró el cántaro y entonces volvió y se fue para la casa y volvió con otro cántaro y lo volvió a quebrar; entonces se fue otra vez y le volvieron a dar

otro, pero ese si era duro porque estaba hecho de hierro y entonces volvió y lo llenó y comenzó a llenar y lo tiró al suelo y no lo podía romper por más que lo tiraba. Al ver eso, la niña se echó a reír; la negra miró para arriba y vio la niña y le dijo: —Usted quiere que yo le espurgue los piojitos. Entonces ella siempre se subió arriba y la comenzó a espurgar y le clavó un alfiler en la cabecita y se convirtió en paloma. La negra se quedó trepada allí en el palo.

Entonces cuando venía el rey con la música y vieron a la negra, le dijo el rey al muchacho: —Bueno: ¿dónde está la niña? Si allí hay es una negra—. Y le dijo al muchacho que se tenía que casar con ella. El muchacho le dijo que no se casaba, y el rey le dijo que eso era por pegar mentiras.

Se llevaron a la negra con la música para la casa y el rey hizo casar al hijo con la negra y después de casado, el muchacho se encerró en su cuarto a llorar.

Él tenía un mozo que le regaba el jardín y en el jardín había una palomita que decía: —¡Titi-buy! ¿Qué jadrá la reina mora, que a veces canta y a veces llora?— Y los mozos se lo dijeron al patrón, que allí estaba la palomita que decía sí. Él le dijo que se la cogieran; entonces se la llevaron a él y se puso a espurgarla y entonces le halló el alfiler y entonces se lo sacó y quedó la niña como era cuando la dejó en el pozo.

Entonces mandó a llamar al papá que fuera a ver a la niña, que era la que él decía y él la fue a ver y se quedó admirado y dijo al mozo: —Vayan a buscarme dos machos de los más bravos que tenga, para montar a la negra una pierna en cada macho, y salieron esos machos huyendo y descuartizaron a la negra.

Entonces el muchacho se volvió a casar con la niña.

56.
LOS TRES PAÑUELOS

Había una vez un rey y una reina que tuvieron una hija a la que pusieron por nombre, Rosalinda, pues era muy bella. A los pocos días de haber nacido, se celebró en el palacio una fiesta para bautizar a la princesita; a esta fiesta fueron invitadas siete hadas. Las tres más viejas se escogieron para que fueran madrinas.

Cada una de ellas, después de darle los dones que fueron así: el Hada de la Belleza le obsequió un pañuelo al cual tocó con su varita mágica y le dijo que cada vez que lo estrechara contra su corazón, resplandecería más bonita y hermosa que nunca. El Hada de la Bondad le dio otro pañuelo, diciéndole que cada vez que ella sintiera alguna pena, se enjugara las lágrimas y enseguida el dolor desaparecería. Y, por último, el Hada más vieja de todas, le dio como regalo otro, diciéndole que cada vez que estuviera enferma, buscara su pañuelo y lo agitara tres veces pidiéndole la salud.

La princesita fue creciendo cada día más bella, pero cierta noche que andaba de paso por el jardín, le dio una corriente de aire y le dio un fuerte resfriado; enseguida, todos los médicos de la corte fueron llamados, pero todo fue en vano: Rosalinda empeoraba cada vez más, hasta que por fin, un día, su madre se acordó del pañuelo mágico, el cual guardaban en un cofre de oro; no hizo más la princesa que agitarlo y enseguida desapareció el resfriado.

Años después, la princesa perdió su madre. La princesita no hacía más que llorar; por suerte, su doncella se acordó de su lindo pañuelo que el Hada de la Bondad le obsequiara; apenas se enjugó sus lágrimas, dejó de llorar. La bella Rosalinda lloró tanto que su rostro perdió su acostumbrada belleza, pero al estrecharse el pañuelo que años anteriores le regalara el Hada de la Belleza, quedó más bella que nunca.

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

Un príncipe vecino más tarde se casó con ella, que había quedado heredera de la corona y todos los bienes de su padre. Sus súbditos la querían mucho por lo bondadosa que era con ellos.

57.
EL TAMBOR DEL PIOJO

En un país muy lejano vivió un rey que tenía una hija muy bonita que tocaba un tambor que se oía a lo lejos.

Como los reyes acostumbraban hacer fiestas en sus palacios para invitar príncipes para que sus hijas escogieran al que le gustaba, el rey hizo un banquete para que fueran príncipes a adivinar de qué material estaba hecho el tambor de su hija.

Ninguno llegó a adivinar, pero la princesa quería a un príncipe de su pueblo, pero era enemigo de su padre y no se atrevía ir a palacio a pedir su mano. Un día la princesa estaba en el balcón y el príncipe en la ventana de su palacio; ella le dijo desde acá: —Ven a adivinar y di que el tambor está forrado del cuero de un piojo que me halló la empleada en mi cabeza—. Pero como el príncipe estaba lejos, no oyó lo que la princesa le había dicho.

Abajo del palacio estaba un viejo y oyó lo que la princesa había dicho. Enseguida pidió permiso a la guardia para entrar a adivinar. Cuando el rey lo vio le dijo: —Como no adivines, pasarás por la horca. Bueno, si eres adivinador, dime de qué está hecho el tambor de mi hija?—. El señor contestó: —Este tambor está forrado de la piel de un piojo que la empleada le encontró en la cabeza de la princesa y usted con la piel se lo mandó a hacer—. Como los reyes lo que decían tenían que cumplirse, llamó a su hija que tenía que casarse con el anciano. Por más súplicas de la princesa, los casó y la mandó que se fuera enseguida con su esposo.

La muchacha ideó invitar al viejo a bañarse a un río que tenía un gran salto; se fueron a bañar y cuando el viejo se durmió en el borde del salto, lo tiró abajo y se esnucó, pero se le trepó a la muchacha una potra en el hombro que cuando hablaba, la potra le contestaba.

Se fue andando, cruzando montañas, ríos, caseríos, hasta que llegó a una ciudad donde vivía un rey que tenía un hijo muy simpático; se hizo la muda para que nadie se enterara de que la potra le contestaba. En casa del rey la emplearon de cocinera; la llamaban La Muda.

El príncipe, cuando conoció a la nueva sirvienta, le gustó y él se decía en su mente, que esa empleada no parecía ser una joven humilde, sino una princesa. El muchacho se enamoró de una muchacha de esa ciudad. El día del compromiso fue una gran fiesta en el palacio y se comunicó la fecha del matrimonio.

Un día, le dijo la reina a la muchacha que se hiciera una mazamorra de masa. Cuando la puso a cocinar, que ya estaba gruesa, le dijo a la potra: —Ay, mi potra, ¿quieres bajarte al brazo?—. La potra le contestó: —Chí, como no—. Cuando estaba en el brazo, ella le dijo: —Ay, mi potra, bájate a la mano—. La potra le dijo: —Chí, como no!

De nuevo le dijo que se le bajara a la punta del dedo, y la potra le contestó lo mismo. Cuando la potra estaba colgando del dedo, cogió un cuchillo y se cortó la punta del dedo y tiró a la potra en la mazamorra. Comenzó a decir: —Ayayay! Ayayay! Me estoy quemando!—. Pero no la sacó, sino que habló y, al verse libre, quedó contenta, pero no dijo más nada; la reina halló muy sabrosa la mazamorra.

Por la tarde, La Muda sacó un traje verde, se puso unos zapatos del mismo color, se pintó, y, como era una princesa, quedó muy linda.

Ella sabía en donde vivía la novia del príncipe y pasó enfrente y en el balcón estaba el príncipe con la novia. El, al verla tan linda, se quedó asombrado y de pronto le dice: —Oh, Muda, pareces ser la princesa con quien ha soñado mi corazón—. Ella le contestó: —Ha visto su princesa en sueño, pero ahora la ve en realidad.

El príncipe se desprende del brazo de su novia y sale corriendo donde estaba la Muda y le dice: —¿Cómo es posible? ¡Tú no eres ninguna muda!— La toma del brazo y la conduce a un coche, para llevarla al palacio, para celebrar el nuevo compromiso, que fue una gran sorpresa para los dos reyes al oír relatar la historia que la muchacha les contaba.

El día del matrimonio invitaron a todos los reyes de los países vecinos y a su boda asistió el papá y la mamá de la princesa que fue muy feliz con su príncipe azul.

LA CASA DEL HOMBRE LLAMADO PIÑA

Como antes había la costumbre de que el que gobernaba era un rey, en una ciudad gobernada por el rey sucedió esto que le voy a contar.

Se cuenta que el rey perdió un anillo muy valioso, por el que ofreció gran suma de dinero por el astrólogo que le dijera el fin de su anillo. Entonces había un hombre que podíamos decir que era un campesino y que al oír lo que ofrecía el rey por el encuentro de su anillo, se interesó para ir hasta el rey.

Este hombre se llamaba Piña, pero éste no tenía nada de civilización. El hombre fue a donde el rey y le dijo que era capaz de encontrarle el anillo. Este le expuso sus razones como para convencer al rey de que era un astrólogo, pero el rey rehusó de su propuesta. Pero como siempre a los adivinadores o astrólogos le ponen ciertas cosas para que adivinen, al señor Piña le pusieron una.

En la ciudad en donde vivía el rey, ni en los alrededores se conocía la piña. Entonces el rey le mandó a servir una comida al señor astrólogo, poniéndole varias clases de comidas y frutas; entre ellas se encontraba la piña.

El rey, como sabía que nadie conocía esa fruta en la ciudad, le dijo al astrólogo que le dijera el nombre de esa fruta. Este se puso turbado y un poco nervioso y dijo: —¡Piña, Piña! ¡En lo que te has metido!

El rey, al oírlo, díjole: —Basta, señor! Anda al apartamento a estudiar las estrellas—. El señor Piña pasó en el observatorio, comiendo y bebiendo de lo más sabroso.

El campesino a pesar de ser inorante, era muy astuto; observaba mucho a los criados cuando iban a servirle su comida y notaba que estos hablaban en

secreto. A los pocos días de estar en el observatorio, fue su esposa a visitarlo. Se puso muy contento al ver a su esposa. Este, lo primero que le dijo a su esposa, fué: —Quiero que me hagas un favor; te vas a poner debajo de la cama y cuando ves que los criados llegan a dejar la comida, al primero que llegue le dices con voz de tumba: —¡Ladrón!— Su esposa hizo lo que su esposo le ordenó.

Cuando llegaron los criados con la comida, lo primero que le dice una voz de tumba, fue: —¡Ladrón!— El criado miró a sus lados, se puso nervioso. Enseguida entró el otro y le repitió lo mismo; éstos salieron inmediatamente, secreteándose; pensaron enseguida de que los autores del robo eran ellos.

Así fue en realidad: eran ellos. Dijeron entre ellos: —Tenemos que darle nuestro tesoro al astrólogo para que no nos denuncie el robo. Así fué: llegaron donde Piña y le propusieron; éste aceptó y les dijo que fueran al jardín y que hicieran de que el pavo que estaba allí, se tragara el anillo. Los criados fueron y lo hicieron.

Entonces el señor Piña fue donde el rey le dijo que matara el pavo del jardín, que ése era el que tenía el anillo. Así fué: lo mataron y tenía el anillo. Adentró el rey, y el astrólogo fue muy bien obsequiado. Y aquí se acaba el cuento y se lo lleva el viento.

59.
MANUELITO

Este era un muchacho muy valiente; él estaba buscando empleo y no encontraba dónde trabajar. Por fin, Manuelito vió un palacio, entró y habló con el rey y éste le dio trabajo en su palacio.

Este rey era muy rico: tenía trece haciendas y entonces Manuelito tuvo que cuidar las haciendas. Entonces unos tres negros que tenía el rey empleados, pusieron a Manuelito a mal con el rey, porque estos negros le dijeron al rey que Manuelito se atrevía a coger el satir macho y traérselo a puerta de palacio.

El rey mandó a buscar a Manuelito y le dijo que él tenía que traer el satir macho y Manuelito le dijo al rey que le diera una manila, una palangana, una botella de vino, dos reales de pan y un pito. Manuelito se fue para la montaña y se trepó en el palo más alto y pitó su pito, puso la palangana con el pan y el vino debajo del palo y vino el satir macho y se comió todo. Cuando acabó de comérselo, cayó al suelo, borracho, y Manuelito lo embosaló con la manila y lo echó para abajo de la montaña, pa que siguiera adelante.

Este pasó por una casa por donde había nacido un niño y lloró el satir macho. Más adelante, pasó el satir y había una casa donde había un velorio de un niño; el satir se sonrió. Siguieron su camino y llegaron a puerta de palacio. Los negros corrieron a decirle al rey que Manuelito había cogido el satir macho y que se atrevía a coger el satir hembra y hacerla hablar en puerta de palacio.

Cuando el rey vio que Manuelito vía cogido el satir macho, quedó admirado de lo que veía y le dijo: —Si no me lo haces hablar, pagas con lo delgado de tu pescuezo.

Manuelito le pidió al rey un mulero y le pegó al satir macho y le dijo: —Dime o no me dirás, por qué motivo cuando pasamos por la casa donde había

nacido el niño, lloraste? El satir le contestó: —Cómo no había yo de llorar, si ese niño ha nacido en el mundo para pasar trabajo!

Después le preguntó que por qué cuando pasaron por la casa del velorio, se había sonrió?— El satir le contestó: —¡Cómo no me he de reír, si ese niño va a gozar del trono de Dios!

Y Manuelito le preguntó al satir que por qué se sonrió cuando llegaron a puerta de palacio. El satir le contestó:—¡Cómo no me he yo de reír, si el rey con todos sus batallones no me había podido coger y me ha cogió ahora un niño!

El rey abrazó a Manuelito y mandó a matar a los tres negros, porque ellos querían que el rey matara a Manuelito, porque lo que ellos le habían dicho al rey de Manuelito era mentira. El rey le dejó a Manuelito todos sus bienes por ser tan bueno.

60.
EL TORO GARRAPATOSO

Cierta vez un rey tenía una gran hacienda y en la hacienda había un toro muy bonito, pero era garrapatoso.

Este rey tenía un mayoral que le cuidaba su reino, y, todos los días, cuando iba el mayoral, le decía al rey: ¡Buenos días, buen patrón!— Y el rey le preguntaba: —¿Y qué es del toro garrapatoso?

Pasaron varios meses, cuando un día llegó un rey de otro país a visitar al rey de ese país. Y al llegar el mozo por la mañana el visitante oyó lo que le decía el mozo al rey, y le dijo que si él no creía que ese mozo lo estaba traicionando. Y el rey le contestó que no, que eso nunca, que ese mozo lo quería mucho a él.

El visitante le dijo que apostaran el reino y el rey aceptó.

El rey se fue a su país y mandó a su hija mayor donde el mozo. Al llegar la princesa donde el mozo, la atendió y le preguntó que deseaba dormir esta noche con él.

El mozo le buscó un cuarto aparte, pero la princesa le dijo que ella quería dormir con él. Cuando llegó la noche, la muchacha le dijo al mozo que matara al toro garrapatoso, y él le dijo que no, porque ese toro era el más querido del rey.

La princesita le dijo que se casaba con él y le hizo miles propuestas, pero no llegó a convencerlo. Después vino la segunda vez y le pasó lo mismo. La tercera quería venir, pero su padre no quería; pero a tantas insistencias, el padre accedió y la dejó ir.

Llegó a donde el mozo y le dijo que se casaba con él si le mataba el toro garrapatoso y le daría la lengua y así quedarían siendo reyes de ese territorio.

El mozo aceptó, y la princesa estaba bien emocionada por esto. Se fue, y a la mañana siguiente, al llegar el mozo al palacio, dijo el rey: —Buenos días, mi buen pastor—. Contestó el mozo: —Buenos días, señor rey—. Y preguntó el rey: —¿Y qué es del toro garrapatoso?—. El mozo se quedó pensativo y a pocos segundos, le contestó: —Yo lo cambié por unos muslos muy blancos y hermosos.

El rey quedó triste y el otro dijo: —¡Viva mi mozo!—. Y le colocó la corona y se casó con la princesa el mozo.

El rey se fue de su reino y dejó a su hija y yerno encargados del reino que se había ganado. fue uno de los matrimonios más felices del mundo.

61.
A PIE Y A CABALLO

Hace mucho tiempo, en una apartada ciudad, existió un rey muy poderoso que tenía una hija muy bella. Muchos reyes y príncipes se disputaban la mano de la princesa, pues ella tenía edad para casarse. Pero el rey los desechaba, pues él quería que su hija se casara con un hombre listo e inteligente, por lo que mandó a pregonar por todas las calles su mandato.

Muchos príncipes y reyes se dirigieron al palacio para demostrar sus habilidades e inteligencia, pero el rey dijo que no servían y que sólo concedería la mano de su hija a aquel que se presentara ante él, a pie y a caballo al mismo tiempo; pero nadie podía hacer las dos cosas al mismo tiempo.

Entonces un muchacho que llamaba Juan, que tenía como veinte años de edad, y que era hijo de unos campesinos muy pobres, dijo que él se presentaría ante el rey en la forma que éste exigía.

Tomó un caballo pequeño y se montó en él. El caballo era tan chiquito que los pies de Juan tocaban el suelo.

Al verlo el rey, dijo que Juan se había ganado la prueba, pero como éste era pobre, no quería que su hija se casara con él y le puso otra prueba al muchacho, pensando que en la segunda prueba no podría.

Le dijo que debía presentarse ante él vestido y desnudo al mismo tiempo. Juan, que conoció a la princesa, quedó enamorado locamente de ella y se propuso ganar y después de mucho pensar, se presentó ante el rey, desnudo y con una red encima, ganando la competencia.

El rey, no contento con esto, le dio una tercera prueba, dándole su palabra de rey que si triunfaba le daría por esposa a su hija, La tercera prueba consistió

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

en presentarse ante él riendo y llorando, al mismo tiempo. Juan tomó gran cantidad de cebolla, se la restregó en los ojos y rompió a reírse. El rey se vio obligado a cumplir su palabra y Juan se pudo casar con la princesa.

Al pasar los años, el rey murió y Juan pasó a su puesto y con su bondad se ganó el cariño de todos.

62.
JUAN PEREZOSO

En un remoto pueblito vivía una humilde señora, acompañada únicamente por su hijo Juan. A éste le apodaban “Perezoso”, pues no le gustaba trabajar.

Un día en que no tenían ni un centavo, la señora le dijo a Juan que fuera donde el rey, que era su padrino, y le pidiera algo. Pataleando se fue, Juan, y, al llegar al palacio se halló una gata hambrienta; la cogió y se la echó al bolsillo. Cuando llegó donde el rey, éste lo recibió muy alegre; después de darle regalos y dinero, le dio un pedazo de pan para su mamá.

Juan, creyendo que llevando todo eso era mucho trabajo, botó todo y se quedó sólo con el pedazo de pan; se lo echó al bolsillo en donde mismo había echado la gata y se encaminó hacia su casa. Al llegar, su madre lo abrazó contenta y le preguntó: —Hijo mío, qué te ha dado tu padrino?—. Él le contestó: —Un pedazo de pan y una gata; aquí están en el bolsillo; sáquelo usted misma.

Corrió ansiosa la señora a buscar el pan, pero cuando metió la mano, sólo sacó migajas de pan, pues la gata se lo había comido. Lloró y regañó a su hijo, pero éste ni siquiera se conmovió.

Al día siguiente volvió a ir Juan donde su padrino y éste le dio un trozo de mantequilla, pero como Juan era tan perezoso, creyó que llevándolo en la mano era mucho trabajo, así pues, cogió la mantequilla y se la metió en el bolsillo. Así llegó a su casa; la pobre señora, esperando algo bueno, salió a recibirlo. —Dime, hijo mío, qué te ha dado tu padrino?—. Juan contestó, furioso: —Un trozo de mantequilla; sáquelo usted misma.

La señora metió la mano para sacar la mantequilla, pero sólo logró hallar un poco de grasa derretida, pues con el calor la mantequilla se había derretido. La pobre señora lloró y le pidió a Dios que compusiera a su hijo.

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

Al otro día se regó la noticia de que la única hija del rey estaba enferma, pues ni hablaba ni se reía y que el rey prometía al que la salvara, la mitad de su trono.

Como los días anteriores, Juan se encaminó donde el rey y le pidió algo de comer; el rey, como estaba tan triste, le dijo que cogiera lo que quisiera. Juan cogió un ternero, pero como no quería hacer fuerza llevándolo a su casa, se lo amarró al hombro. Al pasar por la calle, la princesa salía al balcón y al verlo, también se rió mucho y se compuso.

El rey, agradecido, lo casó con su hija y a su muerte, Juan reinó. Todos los meses mandaba emisarios con dinero y víveres donde su madre. Juan fue muy feliz, pues entonces sí le gustaba trabajar.

63.
FLOR DE ARENA

Había una vez un rey que tenía una hija que estaba enamorada con un joven llamado Manuelito. A los meses de estar enamorados, se casaron, con el compromiso de que cuando se moría uno de los dos, se enterraran juntos.

Pasaron los tiempos y Manuelito se enfermó, pero a los días, se mejoró. Después se enfermó Lucindita; Manuelito con miedo de que se fuera a morir, desesperó buscando medicina, pero todo fue imposible porque siempre se murió.

Manuelito mandó hacer una bóveda donde cupieran los dos, como le decía su compromiso. Repartió todo lo que tenía entre los más pobres del lugar.

Manuelito, antes de entrar a la bóveda, se llevó un vaso de agua. En la noche, ya estando en el cementerio, enterrado, vio cuando se mete a la bóveda dos culebras y se ponen a pelear; una de ellas mata a la otra, trozándola por la mitad; entonces se fué. Cuando regresó, trajo una florecita y se la puso a la culebra en la herida, regresándole la vida. Las dos culebras se fueron y dejaron la flor dentro de la bóveda.

Manuelito cogió esa flor y se la puso en la boca a la esposa y ella enseguida se sentó, pidiéndole agua. Manuelito le dio agua, salieron de la bóveda y se fueron a rodar tierra porque ya no tenían nada; Manuelito lo había repartido entre los más pobres del pueblo.

Después de haber pasado varios ratos de éstos, caminando, llegaron a una playa. Manuelito se acostó en las piernas de su esposa y se durmió. Cuando venía un barco. Lucindita era tan bonita que el capitán del barco se enamoró de ella y se la llevó, dejando a Manuelito acostado en la arena.

Manuelito despertó espantado al no ver a su esposa y se desespera buscándola, pero todo fue imposible. Cogió su camino y se fue en busca de trabajo; cuando se encuentra con un barco y comenzó a trabajar allí.

Presta la casualidad que en ese mismo barco andaba la esposa y cuando la vió, Lucindita le dijo al capitán que lo matara. El capitán le dijo que él no lo podía matar, porque no había hecho nada. Pero Lucindita siempre lo convenció diciéndole que le metiera su anillo en el bolsillo, cuando estaba dormido, y que en la mañana lo registrara a todos y el que lo tenía lo matara.

Así fue, le metieron el anillo a Manuelito en el bolsillo y en la mañana comenzaron a registrar a todos y Manuelito tenía el anillo.

Manuelito cobró su dinero y lo repartió y le dijo a uno de los mozos que lo matara, pues que si él lo enterraba en flor de arena, él quedaba vivo.

Así fue, mataron a Manuelito y le pusieron la florecita en la boca y quedó vivo. Cuando vio que el barco iba lejos, se levantó y se fue a rodar tierra. Llegó a una ciudad donde todos estaban de duelo; él le preguntó a una señora que por qué todo el mundo estaba vestido de negro; ella le dijo que porque la hija del rey estaba muy grave. Manuelito dijo que él la curaba, pero cuando la señora llegó a la casa del rey, ya había muerto.

La señora regresó llorando y Manuelito le dijo que si había muerto, él todavía se atrevía a revivirla. La señora fue corriendo donde el rey y le dice que el señor decía que él la revivía. El rey contestó que lo llevaran y que sino la revivía, lo mataban.

Manuelito fue a casa del rey, pidió un vaso de agua y que lo dejaran solito con ella. Después de haberla revivido, llamó al rey y se la entregó viva. El rey le dijo que tenía que casarse con su hija, pero él le contestó que ya él era casado y le contó toda su historia.

El rey le contestó que él era el dueño del barco donde él trabajaba y que iba a matar esos bandidos. Cuando el barco llegó, el rey mandó a bajarlos a todos; a Manuelito lo encerró en un cuarto. Llamó al capitán y le preguntó que si conocía a ese hombre y el capitán le contestó que era la primera vez que lo conocía. Llamó a Lucindita y también le dijo que no lo conocía. Entonces llamó a los trabajadores y dijeron que ese era Manuelito, un íntimo amigo y le contaron lo que había pasado.



MARIO RIERA PINILLA

Entonces el rey mandó a el capitán y a Lucindita amarrados de unos machos, que los descuartizaron, y entonces casó a su hija con Manuelito y les dio la mitad de su fortuna y quedaron viviendo muy felices.

LA LLUVIA DE LOS BUÑUELOS

En cierto lugar había una pareja de esposos que tenía de particular, de que, siendo el hombre un señor de bastante edad, la esposa era una joven de bastante ingenio.

Francamente, era de admirar ese matrimonio, ya que no había movido a la joven para casarse, el oro, porque, al contrario, el viejo era bien pobre y lo pasaban muy mal.

La esposa era quien tenía que procurarse el sustento de los dos, por lo que siempre andaba viendo la manera de conseguir dinero. Un día estaba ella en una de sus andanzas, cuando se encuentra con un lindísimo collar; lo coge, corre a su casa, contenta y lo muestra a su esposo; el cual, siendo persona exageradamente honrada, le dice que lo devuelva en cuanto averiguan por él y prefirió ayunar ese día, a vender el collar. Poco después tuvo que entregarlo a su dueño a instancias de él y así sucedió con muchas cosas; hasta que un día encontró ella un saco lleno de oro y el cual no quiso mostrar a su esposo, por temor de que éste le hiciera devolverlo.

El esposo vio cuando ella arrastraba un saco hacia la casa; entonces le preguntó qué era eso, respondiendo ella que era un saco de piedras. El viejo no lo quiso creer, pensaba que era algún otro hallazgo de ella y la esposa decidió no dejarse quitar su tesoro y se ingenió para esto. Le dijo al esposo: —Mira: tienes que ir a la escuela porque todos los hombres tienen que ir y el que no va, lo castigarán—. Así es que, el viejo, por temor, fue a la escuela.

Ella misma lo llevó y le dijo a la maestra que lo recibiera por un día siquiera, que al viejo se le había metido ir de todos modos. La maestra, en vista de esto, lo recibió. Ella, entre tanto, en su casa, comenzó a hacer bastante buñuelos y cuando llegó el señor de la escuela, le dio de comer y lo acostó a dormir.

Cuando estaba el viejo durmiendo, subióse ella al tejado, hizo un agujero y empezó a tirar buñuelos encima del esposo. Este despertó sobresaltado y pregunta a su esposa qué estaba ocurriendo. Ella le responde que era una lluvia de buñuelos, y el viejo lo creyó. Después limpió bien la casa, de manera que no quedaran rastros de la lluvia de los buñuelos.

Al día siguiente, se aparece un señor preguntando si habían visto un saco lleno de plata que había perdido, diciéndole el viejo que su esposa había encontrado un saco y que le había dicho ésta que era un saco de piedras, pero que él creía que era el saco perdido.

Llama a la esposa y le dice que entregue el saco que había encontrado, pero ella le dice al señor que no era tal cosa que su esposo estaba loco y le daba por decir tonterías. El seguía insistiendo en que lo entregara y le decía: —Mujer, acuérdate que fue cuando yo fui a la escuela y que también ese mismo día cayó la lluvia de los buñuelos.

Al oír esto, el señor creyó que el viejo estaba loco y se fue, quedando la mujer feliz de haberse quedado con el tesoro.

65.
EL GRANITO DE FRIJOL

Ésta fue una vez que una señora iba a tener un hijo, y cuando dio a luz, resultó que el hijo había sido un frijol. Un día la señora quería mandarle la comida a su esposo que estaba trabajando en el monte; la señora estaba brava porque no tenía con quien mandar la comida.

El granito de frijol dijo: —Mamá, yo la llevo; busca el burro, le pones la enjalma y pones la comida y a yo me echa en la oreja—. El granito de frijol le llevó la comida a su papá. Cuando él regresó le dijo a la mamá que el papá le había dicho que le matara el mejor de los patos que había en la casa.

La mamá, de lo entusiasmada que estaba, le quitó la enjalma al burro y se le olvidó sacar el granito de la oreja. El burro se fue y al revolcarse, el granito se salió.

Venía una vaca rumiando y se tragó el granito; en la madrugada, un empleado del rey que fue a ordeñar la vaca, oyó que adentro de la panza de la Vaca, decía: —Lechero, lechero, deja leche para el ternero—. El lechero se asustó y fue donde el rey y le contó lo que había sucedido.

El rey fue también y le pasó lo mismo; mandó a matar la vaca para ver qué era lo que tenía. El frijolito contestó: —Yo soy un frijolito que mi madre se descuidó y me dejó ir en la oreja del burro y el burro, al revolcarse, me arrojó en el potrero y la vaca me tragó.

66.
LA MUJER QUE TRAICIONABA
A SU MARIDO

Ésta era una vez que una mujer traicionaba a su marido; pero él no se daba cuenta de lo que pasaba y un amigo le dijo: Oye, ven acá: tú no sabes que tu mujer es bruja?— ¿Cómo va a ser eso?—. Dijo el otro: —Sí, hombre: aguáitela esta noche.

Y llegó la noche y se acostó, pero no se durmió, pero no vio que lo puyó para ver si estaba dormido y cogió un coco y dijo la mujer: —Diablo, si tienes poder, elévame hasta donde tú sabes habitas—. Se fue volando.

Al decir ella así, el hombre hizo lo mismo y llegó allá: vio su mujer bailando y vio el diablo con los ojos coloraditos y dijo: —¡Alabao sea el Santísimo!— El diablo sabía y lo hizo venir, porque él tenía que trabajar. Cuando llegó no vio nada y llevaba ají y cosas que picaba y fue a dar donde estaba en el río bañándose con el diablo y le echó eso en la piel a la mujer. Cuando llegó a la casa, ella decía: —Ay, me muero por el ardor!— Y se murió y se le pegó una pelota de carne en el hombro y aburrido de esto, se fue a rodar tierra.

Llegó a una casa donde había una señora haciendo manjar blanco y quiso ayudarle y él probaba y le pedía y le decía a la pelota: —Abájate más y te doy—. Al fin la pelota se le abajó y le dio un cucharazo y la mató y quedó libre toda su vida.

67.
LA DEMANDA

Había una vez un campesino que tenía un arrozal y existía otro de apellido Espinosa, que tenía un caballo. Dicho caballo era muy goloso: se metió en el arrozal y se lo comió.

El dueño del arrozal se dirigió a la alcaldía del pueblo y le dijo al alcalde: — Señor Alcalde: vengo a ponerle una queja del caballo de mano Espinosa; se metió en mi monte y se comió todito el arrozal. Quiero que me lo jale y que me pague el arrozal—. Entonces el alcalde le dijo: —Pues llévele esta orden—. Dijo el campesino: —No señor, que usted se lo mande con un policía, que ese hombre es muy jodido—. El alcalde le contestó: —Ven mañana temprano, a ver qué dice Espinosa.

Le llevaron la orden a Espinosa y ese otro día, en la alcaldía, dijo: —Yo no pago ese arroz porque no tengo plata—. El hombre se fue sin pagar el arrozal que se había comido su caballo.

A los días, el dueño del arrozal tenía que hacer un viaje y no tenía caballo; en ese momento pasó el caballo de Espinosa por allí; el hombre cogió el caballo haciendo pago del arroz que el caballo se comió y se lo llevó para el viaje; el viaje duró tres días, ida y vuelta.

El hombre del caballo se dio cuenta que éste se le había perdido y le dijo al alcalde que a su caballo se lo habían robado. El alcalde estuvo investigando el paradero del caballo. Ya el dueño del arrozal había llegado a su casa, donde comía un maestro y le dijo: —Oiga, maestro: ¿tiene un cartón por allí? Quiero que me ponga esto así mismo como le voy a decir:

MARIO RIERA PINILLA

*“Caballo, dile a Espinosa
que no me tenga antipatía,
que aunque te tuve tres días,
no te hice ninguna cosa;
me llevaste, me trajiste,
muy cómodo me cargaste,
ahora sí que me pagaste
el arroz que te comiste.”*

Y cogió el cartón y se lo puso en el pescuezo del caballo. Cuando llegó el caballo donde Espinosa, lo leyó y así terminó la demanda.

68.
LA MUJER VIDAJENA

Dice que esta era una señora que le gustaba coser tarde la noche y en el día se la pasaba vidajeneando a los vecinos.

Una noche estaba cosiendo, cuando ella oyó una bulla muy grande y salió a la ventana para ver qué era lo que sucedía, y era una procesión de padres sin cabeza que llevaban velas encendidas y el cajón del estado.

El último que quedó, fue donde la señora y le entregó un cartucho y le dijo que el día siguiente lo venía a buscar. La mujer, como era tan vidajena, vio lo que había dentro del cartucho y eran tres huesos de muerto.

En ese mismo momento salió corriendo para la casa y le dijo al sacerdote que se consiguiera un niño recién nacido y que lo pusiera en una ventana con el cartucho y que cuando viniera el hombre, peñiscara al niño para que llorara.

Así lo hizo y apenas peñiscó el niño, el hombre salió saltando y quedó en el patio echando chispas por todos lados y gritándole a la mujer: —¡Te has salvado! ¡Te has salvado por el niño! Para que sepas que de día se trabaja y de noche se descansa!

69.
UNA LEYENDA DE BARRANQUILLA

Ésta era una vez tres hermanas que tenían la costumbre de coser por la noche y descansar por el día.

Una noche que las muchachas estaban cosiendo y comiendo, porque a esas horas ellas hacían comida, tocaron la puerta tres veces. Las muchachas fueron a ver quién era y el que tocó la puerta fue un señor que le dio a las muchachas tres velas para que se las guardaran.

Las hermanas se las guardaron para entregárselas al día siguiente, como habían convenido. Bueno, y entonces el señor se fue y las muchachas siguieron cosiendo. Entonces una de ellas se levantó y fue a ver las velas y cuando las vió, se dio cuenta de que eran tres huesos de muertos.

La muchacha, espantada, se lo dijo a las hermanas y entonces las tres fueron al pueblo a esa hora de la madrugada para ir donde el padre. Entonces el cura les dijo que tenían que partear a una señora, para librarse de este mal espíritu y que pagaran todos los gastos y que una de ellas fuera madrina del chiquillo. También le dijo que entonces cuando llegara el hombre a buscar las velas, le dieran un peñisco al chiquillo.

Entonces, cuando llegó el hombre, las muchachas le dieron un peñisco al niño y las tres velas. Entonces el hombre, al oír el grito del chiquillo, pegó un brinco y quedó en la mitad del patio, echando candela por todos lados y le dijo a las hermanas que se habían salvado por eso, si no él les hubiera enseñado que de noche no se trabaja, sino de día y desapareció. Las tres hermanas, espantadas no lo hicieron más, pues les sirvió de escarmiento.

VOCABULARIO

- Abajó*, bajó.
abuelita, anciana.
aguantar, esperar, resistir.
aguaitala, vigilala.
agiuelito, abuelito.
ajorcó, ahorcó.
alante, adelante.
alevantó, levantó.
antonse, entonces.
añingotarse, ponerse en cuclillas.
argo, algo.
asina, así.
ataú, ataud.
ayegaron, llegaron.
barajusta pa yá, corre hacia allá.
basenilla, bacinica.
cacicón, ave de rapiña, gallinazo.
canalete, remo.
cayejonada, callejón.
coco, *cráneo*; vasija hecha del fruto del calabazo.
confisionario, confesionario.
comilona, banquete.
conversal, conversar.
- coquito*, diminutivo de coco
chácara, bolsa tejida.
chiflar, silbar.
chinguero, que juega juegos de suerte y azar.
chuparse la plata, gastar el dinero en borracheras.
chuso, espina.
dar la teta, amamantar.
de seguida, en seguida.
dejar limpiesito, quitar todo el dinero.
dejpencar, despencar.
dichoso, dicho.
dijera, dijera.
dirse, irse.
diuno, de uno.
dólares, dollars.
donde había pista, donde había indicios.
dormilona, arete.
echar a la escuela, enviar a una persona a estudiar.
echar el cuento, relatar el cuento.

<i>ejboquinarse</i> , desprenderse el hacha de su mango.	<i>malditura</i> , maldad.
<i>el cajón del estado</i> , ataúd pagado con fondos municipales.	<i>mañanítica</i> , madrugada.
<i>en la pata de un palo</i> , al pie de un árbol.	<i>mare</i> , mar.
<i>enantito</i> , hace poco tiempo.	<i>marrar</i> , amarrar.
<i>envolilló</i> , envolvió.	<i>mata</i> , arbusto, arboleda.
<i>esparatiados</i> , dispersos.	<i>méndiga</i> , mendiga.
<i>este momento</i> , en este momento.	<i>miel de tierra</i> , panal que hacen algunos insectos bajo la tierra.
<i>fregao</i> , en situación difícil, de mal genio.	<i>momentico</i> , en un instante
<i>gangochos</i> , ganchos.	<i>naide</i> , nadie.
<i>güeno</i> , bueno.	<i>neblinal</i> , niebla profusa.
<i>guindó</i> , colgó.	<i>ñamó</i> , llamó.
<i>hereje</i> , incrédulo.	<i>ñopo</i> , hombre blanco.
<i>hombre</i> , hombre.	<i>pa</i> , para.
<i>incuentra</i> , encuentra	<i>pasan días y ven días</i> , pasaron y vieron los días.
<i>indino</i> , indigno.	<i>pagar con lo delgado del pescuezo</i> , pagar con la vida en la horca.
<i>innorante</i> , ignorante	
<i>jaló por el bejuco</i> , habló por medio de la vía del teléfono.	<i>peje</i> , pez.
<i>jambre</i> , hambre.	<i>pelotito</i> , pelotita.
<i>jierro</i> , hierro.	<i>peñisco</i> , pellizco.
<i>jija</i> , hija.	<i>puya</i> , púa.
<i>jondiar</i> , lanzar, empujar.	<i>que llamaba</i> , que se llamaba.
<i>jotoi</i> , otoe.	<i>regresándole la vida</i> , resucitándole.
<i>jué</i> , fué.	<i>ricuerdo</i> , dormido.
<i>jueputa</i> , hijo de puta.	<i>robones</i> , ladrones.
<i>jumarse</i> , emborracharse.	<i>ruma</i> , montón.
<i>lajero</i> , conjunto de lajas.	<i>sajunta</i> , en el lugar donde se cruzan ríos y caminos.
<i>le preguntó</i> , le dijo.	
<i>máj</i> , más.	<i>satir</i> , sapir.
	<i>sede</i> , sed.

sentenciar, maldecir.
socolar, limpiar de malezas un terreno.
sonrío, sonriente.
suidá, ciudad.
surrapa, residuos de café que quedan al pasarlo por un colador.
tamaño chuzo, espina muy grande.
tarde la noche, hasta la media noche.
tava, estaba.
telega, talega.
tenía una impresión, tenía la impresión.
toas, todas.
too, todo.
topar, encontrar, pelear.
totuma, vasija hecha con el fruto del calabazo.
trajiera, trajera.
valorosa, valiente.
vayáij, vayas.
venáu, venado.
vía, había.
vidajena, chismosa.
yedor, hedor.
zurrón, bolsa grande tejida.

ÍNDICE

Isaías García Aponte
NATURALEZA Y FORMA DE LO PANAMEÑO

- 3** **Isaías García Aponte: naturaleza y forma de lo panameño,**
por el Dr. Julio C. Moreno Davis.
- 13** **Lo negativo y lo afirmativo en el caracter social panameño,**
por Diógenes de la Rosa.
- 25** **Introducción.**
- 33** **Capítulo I: *Lo panameño y su problemática***
- 35** 1. Planteo de la cuestión.
- 39** 2. Esencia de lo panameño.
- 45** **Capítulo II: *La panameñidad como conciencia***
- 48** 1. Justificación del ser.
- 51** A. Justo Arosemena o el furor de ser.
- 57** 2. Afirmación del ser.
- 60** A. Pablo Arosemena o el afán de salvación.
- 66** B. Eusebio A. Morales o la conciencia crítica.
- 73** 3. Definición del ser.
- 74** A. Octavio Méndez Pereira.
- 77** B. Diógenes de la Rosa.
- 80** C. Diego Domínguez Caballero.
- 85** **Capítulo III: *La panameñidad como estilo***
- 87** 1. Comunidad y estilo.
- 89** 2. Soledad y extraversión.
- 94** 3. Inmadurez e inestabilidad mental del panameño.
- 100** 4. Panameñidad y americanidad.

107	Capítulo IV: <i>Ideas sobre la cultura</i>
109	1. La cultura como objetivación del espíritu.
114	2. Cultura y concepción del mundo.
119	Capítulo V: <i>El drama de nuestra cultura</i>
121	1. De nuestro presente.
128	2. De nuestras posibilidades.
133	Capítulo VI: <i>Cultura panameña y cultura americana</i>
141	Consideraciones finales.
147	Bibliografía.
	•••••
	Baltasar Isaza Calderón
	PANAMEÑISMOS
155	Baltasar Isaza Calderón: La lengua y la identidad nacional, por Ricardo Segura J.
161	Introducción
167	Diccionario de panameñismos.
	•••••
	Mario Riera Pinilla
	CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ
245	Prólogo
251	Introducción
253	Estudio del cuento folklórico en Panamá.
257	1. El Rey y Pedro animal.
259	2. Pedro y Juan.
261	3. Pedro animal.
263	4. Pedro animal.

CUENTOS FOLKLÓRICOS DE PANAMÁ

- 264 5. Pedro animale.
268 6. Los cinco hermanos.
274 7. El elefante Alejandría.
284 8. Juanito y el ogro del palacio encantado.
286 9. Don Luis el encantado.
289 10. El pájaro grifo.
292 11. El agua de la vida.
295 12. El navío.
300 13. No, María.
304 14. El príncipe lagarto.
306 15. El pescador.
308 16. El príncipe serpiente.
309 17. El rey pajarino amor.
312 18. La rana encantada.
314 19. La ranita encantada.
316 20. La madrastra envidiosa.
320 21. Isabelita.
322 22. El peje pascual.
326 23. Coman pan y beban vino en el bautismo de este niño, hijo de mi propio hijo y hermano de mi marido.
329 24. Los hijos del rey.
331 25. Los tres infantes.
334 26. Sopita de miel y sopita de hiel.
336 27. El baile de la tirinana.
338 28. Flore.
340 29. Blanca flor.
344 30. Juan.
347 31. Juan catorce.
349 32. Rodelo.
353 33. Mare pidió terreno de dió.
356 34. Juan Bijao.
358 35. Tío conejo y tío tigre.
359 36. El tío conejo.
360 37. Cuento del tío conejo y tía zorra.
362 38. El muñeco de cera.
363 39. La zorra y la gallina fina.

- 364** 40. La zorra.
365 41. El tío capacho.
367 42. El escarabajo y el águila.
369 43. La flor de Lilola.
371 44. Los tres hermanos.
374 45. El compadre pobre y el compadre rico.
377 46. Las brujas y el diablo.
379 47. Los siete ladrones.
381 48. El compadre pobre y el compadre rico.
384 49. El carbonero.
387 50. El gigantón.
389 51. El ladrón por estrella.
394 52. El asno transfigurado.
395 53. El señor del dolor de muelas.
397 54. No hay mujer honrada.
404 55. Las tres toronjas.
406 56. Los tres pañuelos.
408 57. El tambor del piojo.
410 58. La casa del hombre llamado Piña.
412 59. Manuelito.
414 60. EL toro garrapatoso.
416 61. A pie y a caballo.
418 62. Juan perezoso.
420 63. Flor de arena.
423 64. La lluvia de los buñuelos.
425 65. El granito de frijol.
426 66. La mujer que traicionaba a su marido.
427 67. La demanda.
429 68. La mujer vidajena.
430 69. Una leyenda de Barranquilla.
431 *Vocabulario.*

Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá. Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos**.
- **Tradiciones y cantares de Panamá. Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
Cuentos folklóricos de Panamá. Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la Independencia de Panamá**, Ernesto J. Castillero R.
Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.
Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.
Luna verde, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.
Sin fecha fija, Isis Tejeira.
El último juego, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.
El ahogado, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
Manosanta, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.
Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña. Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.
El Canal de Panamá. Un estudio en derecho internacional y diplomacia, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.
- **Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: cronología de una lucha, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, varios autores.
Las manifestaciones artísticas en Panamá. Estudio introductorio, Eric Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza**.
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos. Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903 (Tomo I)**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indolegable
con el destino soberano de la Patria.